



escuela virtual

HISTORIAS EN
YO MAYOR 7

Heptamerón

Memorias de una cuarentena creativa

Organizan



Heptamerón

Memorias de una cuarentena creativa

Heptamerón:

memorias de una cuarentena creativa

Historias en Yo Mayor 7

Organiza

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

Antología, corrección de estilo y compilación

Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama

Equipo de Fundación Saldarriaga Concha:

Soraya Montoya González, Directora Ejecutiva

Norma Constanza Sánchez, Gerente de Operaciones

Lina María Aristizábal Durán, Líder de Educación y Formación

Laura Inés Pareja Ayerbe, Líder de Comunicaciones

Diseño

Mobs Audiovisual

©Varios autores.

ISBN 978-958-59913-6-1

Primera edición digital, 2020

Hecho en Colombia

ÍNDICE

Proemio	7
Semana primera	
La casa y el tiempo. Por Camilo Eraso Enríquez	13
Por más rey que sea, pa' fuera. Por José Tomás Castro	16
Y nos encontrábamos de vacaciones. Por Dora Luz Muñoz	19
Mi Chapinero. Por Bertha Lucía Munévar	24
Cómo vimos cambiar nuestros lugares. Por Myriam Rosa Pinzón de Tang	27
Un noviembre a la justicia la secuestraron y... Por Luz Marina Natalia Cediel León	33
La casa que no me llevé/Trato de romper. Por María del Socorro Gómez Estrada	36
Semana segunda	
Correo al cielo. Por María Inés Sarmiento	41
Los amores que se acaban antes de empezar. Por Óscar Peña Granados	43
Eliza. Por Vicente Javier Giraldo	48
Carta al ayer. Por Enrique Álvaro González	53
Un primer beso que no fue glorioso. Elvira Restrepo Perdomo	57
Regresando al cielo. Por Katika de Estrada	61
Las galaxias del amor. Por Jorge Enrique López	63
¡Ébano vivo! Por Inés Elvira Rivas	66
Semana tercera	
La primera muenda. Por Fernando eterno	70
Justos por pecadores. Por Aldo Forero Góngora	73
Pilatunas esmaltadas. Por Gloria Ismenia Suárez	77
La muñeca Lulú. Por Maria Gladys López	80
Pasapoga. Por Luis Eduardo Gama Díaz	83

El encierro en el caserío de Córdoba (Quindío). Por Uriel Quiroz Córdoba	87
El buche. Por Juan de J. Herrera González	92

Semana cuarta

El desconocido. Por Juan José Baena Restrepo	96
La laguna encantada. Por Luis Alberto Pachón	100
Mitos y leyendas en San Martín de Loba. Por Isidro de Jesús Mora Barrios	104
Espantos del espíritu burlón, en la finca La Soledad. Por Arnulfo Arias García	108
Hombre muerto. Por Hilda María Posada	111
El fantasma del clóset. Por Jorge Forero Quintero	115
El grito. Por Édgar Tarazona	121
Mi amigo el fantasma. Por Ernesto Luna (Q.E.P.D.)	124

Semana quinta

¡Ay juelita, mi sombrero! Por Omar Herrera	130
Las delicias de la tía Mechy. Por Alberto Alandete Carballo	134
En abril hormigas mil. Por María Victoria Bermúdez	141
Verónica. Por Luz Marina Torres	146
Receta antigua fácil. Por Amparo Peña E.	151
Canto de arreo. Por María Nohemy Salazar	154
Golviendo a mi pueblo Por Rita Julia Sandoval	159
A tres voces. Por Marcela Acevedo, Giovanni Carmen y Diana Carvajal	162

Semana sexta

Buena educación. Por Myriam Fernández Duque	167
Ocho días escondido de la muerte. Por Fidel Eslava	171
Las ovejas. Por Orlando Alberto Molano	175
Curiosidad mortal Por. Mirtha Díaz	178
Rosillo. Por Luis Becerra Parra	182
Escalofriante irrupción. Por Yolanda Camacho	185
La negrita. Por Aura Encinales	188

Semana séptima

Viaje con retorno a medias. Por Maria L. Moreno de Murcia (Tina)	193
El paseo ecológico. Por María Mercedes Luna	199
Viaje al suroeste. Por Walter Navarrete Jiménez	203
Lentejas mingas. Por Carlos Rolando Gallo Gómez	207
Náufragos en los mares del sur. Por Carlos Álvarez	212
Sufrido regreso. Por Fernando Dávila Gallego	219
El viaje impredecible. Por Magda Becerra	224

Conclusión	228
-------------------------	-----

Lista de participantes de la Escuela virtual de Historias en Yo Mayor	229
--	-----

PROEMIO

Aquí comienza el libro llamado Heptamerón: memorias de una cuarentena creativa, denominado también Historias en Yo Mayor 7, en el que hay cincuenta y dos narraciones, referidas en cuarenta y nueve días, durante siete semanas, por veintiséis damas y veintiocho mozos.

“Es humano tener compasión por los afligidos; y si en cualquier persona parece esto bien, debe exigirse aún más en aquellos que necesitaron consuelo y lo encontraron en otros”. Reza así el párrafo inicial del célebre libro ‘El Decamerón’ de Giovanni Boccaccio.

Los expertos aseguran que el autor concibió *El Decamerón* después de la peste bubónica y terminó su escritura en 1353. Para tejer las historias que lo componen, estructuró el libro en 100 relatos breves que se alternan en la voz de un grupo de diez jóvenes (siete mujeres y tres hombres), todos ellos refugiados en una villa a las afueras de Florencia, resguardándose del contagio. Su método de catarsis fue contarse historias para superar el tedio que les producía el encierro.

Estamos en el año 2020 y en el contexto de la contingencia ocasionada por el COVID-19, que cobra la vida de millones de seres humanos a lo largo y ancho del planeta, una vez más el relato ha demostrado su efectividad como cura inexorable al confinamiento; todo esto gracias al trabajo de la Fundación Saldarriaga Concha y la Fundación Fahrenheit 451.

Durante siete semanas, cerca de 200 personas mayores de 16 departamentos de Colombia (Antioquia, Atlántico, Bolívar, Boyacá, Caldas, Caquetá, Cundinamarca, Huila, La Guajira, Magdalena, Meta, Quindío, Risaralda, Santander, Sucre y Valle del Cauca) participaron en el proyecto de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor, un reconocido concurso de cuento y narración oral que, tras seis versiones y ante el aislamiento impuesto a las personas mayores en Colombia, decidió convertirse en el más cómodo y reconfortante de los refugios; uno muy especial, porque, a través de la web, burló el riesgo de contagio del virus con actividades y contenidos que aún pueden disfrutarse en la página www.yomayor.co.

Fueron en total 1176 horas condensadas en un “Kit de la creatividad” compuesto por 7 guías descargables y adaptadas a formato audiovisual, 35 clubes de lectura, 7 radiocuentos

sonorizados, 7 podcast y 7 conversatorios con reconocidos artistas y creadores.

En total, más de 16.500 asistentes participaron de los conversatorios con Ricardo Silva Romero, Melba Escobar, Alberto Salcedo Ramos, Amparo Osorio, Isaías Peña, Hugo Chaparro y Álvaro Bayona nutriéndose de su experticia y recomendaciones. 9630 personas mayores acompañaron en las noches la franja del club de lectura con transmisiones en vivo que exploraban sus propias creaciones. 800 tomaron clases semanales y 1712 lo hicieron a través de las redes sociales.

Es importante destacar la actitud propositiva y amable de los integrantes de la Escuela Virtual que, en muchos casos, debieron aprender a familiarizarse con la tecnología y las plataformas empleadas en el proyecto en muy poco tiempo. Lo anterior supone un gran aprendizaje en términos de alfabetización digital en un país que requiere conectarse y ofrecer acciones concretas de inclusión a las personas mayores.

El resultado de este maravilloso proyecto, del que participaron también estudiantes de Chile, Perú, República Dominicana, Argentina y Venezuela, son los 52 relatos que compendia este volumen. A diferencia de *El Decamerón* de Boccaccio no se trata de personajes ocasionalmente ficticios que narran, sino de 54 autores de carne y hueso, mayores de 60 años, que decidieron atreverse a contar y a nutrirse de las historias de sus colegas.

Resulta difícil no encontrar coincidencias entre las formas premonitorias de este clásico de la literatura y esta época nuestra donde la ciencia acomete quizás su más desesperada carrera en búsqueda de una vacuna. Con diferencia de siglos, *El Decamerón* nos grita a los cuatro vientos que compartir entre seres humanos ha sido el único camino viable para sobrellevar el aislamiento en un tiempo en el que, paradójicamente, asumimos la ausencia del contacto con los otros como una de las pocas tablas de salvación de nuestra especie.

Alcohol, geles, desinfectante, cloro, jabón y antibacterial; vidrios, guantes, caretas, mascarillas y gafas. Cada cuál construye, según sus medios, un muro de seguridad con la esperanza de preservarse. ¿Y qué preservamos?

Ante la amenaza de la peste bubónica y la incertidumbre de una vida posible más allá del contagio (se estima que el número de muertos llegó a los 50 millones en Europa), Giovanni Boccaccio desarrolló en *El Decamerón*, al menos, tres temas principales: el amor,

la inteligencia humana y la fortuna. Encontramos en sus páginas cuentos de amor que van de lo erótico a lo trágico, relatos de ingenio, bromas y lecciones vitales.

En pleno 2020, ¿qué nos gustaría preservar?

El poeta senegalés Leopold Sedar Senghor decía que cuando un anciano muere es como si se quemara una biblioteca, no en vano nuestros pueblos originarios conceden a los mayores de la tribu la responsabilidad de tomar las decisiones más importantes, su sabiduría es la base espiritual y cognitiva que habrá de encarar el futuro. Debe preservarse como el más valioso de los tesoros porque es el más valioso de los tesoros.

Ante la incertidumbre del mañana, las siguientes páginas suponen un compendio de aquellos conocimientos que las personas mayores de nuestro país han decidido recaudar como los temas centrales de su existencia. Son el producto de una reflexión profunda y potente sobre su propia memoria que, de manera privilegiada, las Fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 hemos podido acompañar y disfrutar.

La transformación de los lugares del pasado (recordados con nostalgia, pero a veces también con dolor y hasta humor); el erotismo y el amor (correspondido, fatal y eterno); la crianza (en la ciudad, en el campo o en medio de la guerra y la tragedia); las historias de miedo y espanto (manifestaciones espectrales y leyendas); la riqueza tradicional de nuestro país y sus regiones (gastronómica, poética y medicinal); los animales (cómplices y enemigos de la vida) y los viajes (escogidos o forzados), hacen parte de este volumen que orgullosamente entregamos a los lectores con la esperanza de construir, al igual que Boccaccio, una ventana de reflexión que nos permita pensar más allá de la tragedia y, al mismo tiempo, trascender del encierro.

La selección de las temáticas, divididas en los 7 capítulos que conforman este volumen, responde al contenido de las más de 8000 historias que a lo largo de 9 años el proyecto de Historias en Yo mayor ha ido recopilando con la misión de mantener viva y difundir la sabiduría de las personas mayores en Colombia. Son los intereses y preocupaciones, entre muchos otros, en los que los participantes concentraron su atención con mayor frecuencia. De hecho, sus propias narraciones fueron la base del modelo pedagógico que acompañó a los miembros de la Escuela Virtual durante estas siete semanas y que hoy puede acompañar a cualquier persona mayor que quiera dar rienda suelta a su creatividad (es importante

destacar que el “Kit de la Creatividad” está dispuesto gratuitamente en la página web con opciones de descarga para aquellas bibliotecas, centros de atención de personas mayores o municipios donde la conexión de internet no sea estable).

Sin embargo, el valor de estos relatos no puede apreciarse exclusivamente a la luz de una situación excepcional de nuestra especie, como lo es una pandemia. Si algo nos enseña *El Decamerón*, además de la efectividad del relato compartido como espantapájaros de la soledad, es también el gozo inherente que nos produce contar historias. El disfrute del relato (dicho y escuchado). Quizás eso sea la música, ver un cuadro, leer un libro o bailar.

En el año del centenario del escritor estadounidense Ray Bradbury, valga la pena traer a colación quizás una de sus más grandes enseñanzas. En el fondo, somos las historias que podemos contar a otros, lo que invariablemente significa también que somos aquellas que elegimos y podemos recordar.

Que este *Heptamerón* del siglo XXI, inspirado en *El Decamerón* del siglo XIV, nos permita aprender que nada se desvanece en el tránsito de la vida si es susceptible de convertirse en relato.

Como bien reza el eslogan de este proyecto, “la creatividad no entra en cuarentena”.

VIMOS CAMBIAR *nuestros lugares*



Comienza aquí la primera semana del Heptamerón, en la que, después de exponer el motivo por el cual las personas mayores se reunieron virtualmente para razonar conjuntamente, se habla de la transformación de los lugares que habitaron en el pasado. De las montañas de Nariño (donde el verde es de todos los colores), pasando por la expulsión del Rey del fútbol en Bogotá hasta la familia Muñoz, en Cali, que se salva de un gran estallido por estar de vacaciones. También Bertha recorre los pasos de su infancia en las calles de Chapinero (que ahora le resultan irreconocibles) y una casa antigua se resiste a desaparecer en Bucaramanga ante los embates del desarrollo. En 1985 es asesinada Ana Beatriz Moscoso en la retoma del Palacio de Justicia y María se arrepiente, con nostalgia, de no haber llevado consigo la casa de su crianza.

JULIO CAMILO ERASO ENRÍQUEZ

Vio la primera luz, cien días después de la muerte de Gaitán, bajo las faldas del volcán Galeras en San Juan de los Pastos. Estudió primaria y bachillerato en su ciudad natal y luego, en la capital del país, se convirtió en ingeniero electrónico. Después de una vida dedicada a cargos profesionales y gerenciales, al pasar a disfrutar de los beneficios de la jubilación, se ha dedicado a ser feliz con tres cosas que las responsabilidades laborales no le habían permitido desarrollar: disfrutar más de la compañía de su familia, jugar tenis y escribir.

LA CASA Y EL TIEMPO

Por Camilo Eraso

Con el aldabón herrumbroso doy tres golpes en la puerta de madera. Estoy expectante, los segundos me parecen siglos. Con fuerza y sin esperanza, asesto cinco golpes al viejo madero. Con mi oído sobre la puerta escucho leves movimientos. Los goznes oxidados gritan al abrirse la puerta. Aparece Héctor con el cabello desteñido por las cenizas del volcán y las afugias de la vida, cuerpo tembloroso y cortos pasos titubeantes. Los años se cuentan en sus arrugas resaltadas por la ruana blanca. Con voz gangosa y lenta dice:

—¿Qué se le ofrece?

Me presento, pero no me reconoce. El peso de los años ha encogido y encorvado su cuerpo, a la vez que ha cubierto con lama sus recuerdos. Le repito los nombres de mis padres y de otros conocidos, le recuerdo pasajes de los tiempos idos; nada logra abrir una sola rendija de su memoria.

Desde el fondo oscuro del cuarto, Luz grita:

—¿Quién es, papá?

En respuesta le digo mi nombre; rauda llega a la puerta con un nietecito en brazos.

La angosta carretera pavimentada serpentea para subir la montaña. El “verde de todos los colores” de Aurelio Arturo cubre la sinuosa cordillera; el azul intenso y las grisáceas nubes multiformes, típicos de los paisajes andinos, completan el cuadro.

En los últimos años he pasado varias veces por aquí sin detener mi mirada en aquella casa; tal vez iba distraído o quizás no se había entronizado en mí la añoralgia por esos ya remotos años.

Esta vez, cuando el carro termina la curva, la casa resplandece frente a mí, enciende los reflectores de los recuerdos, saca de la oscuridad momentos sentidos del pasado.

La casa sigue allí, imperturbable, igual a cuando la fotografió mi mente hace más de cincuenta años. Paredes blancas de tapia pisada, dos puertas, dos pilares y una pequeña ventana arrodillada de madera café, cubiertos por tejas de barro ennegrecidas por el tiempo, el sol y la lluvia. Ya descolorido sigue allí el aviso de Morasurco café puro; solo falta la banca de madera recostada sobre la pared entre las dos puertas. Parece que las manecillas del reloj

se hubieran detenido por más de medio siglo.

Sus puertas están cerradas. ¿En dónde están los cariñosos moradores que nos recibían con un pocillo esmaltado de café negro con panela mientras hacíamos el trasbordo del carro a los caballos? ¿Viven todavía allí, o para ellos no se detuvo el tiempo y nos esperan con el alma abierta en la otra orilla del camino?

Con Luz nos damos un abrazo estrecho; me invita a seguir y sentarme en un taburete de color indefinible. Me cuenta que después de la muerte de Matilde, su madre, ella volvió para acompañar a Héctor, estropeado por el trajín físico del trabajo del campo. Junto con ellos también viven allí su hija y su pequeño nieto.

Con la ayuda de Luz, rayos de luz iluminan la memoria de Héctor, quien revive con alegría momentos y pasajes arropados en heladas tardes al pie del volcán. Una tenue sonrisa muestra su boca desdentada. Con el calor y el afecto de siempre bebo a sorbos café con panela en un florido pocillo de esmalte.

Con otro abrazo nos decimos hasta pronto. Elevo mis ojos hacia el estrecho sendero de herradura. En mi mente resuenan de nuevo los cascos briosos sobre las piedras en la empinada subida hacia la finca familiar. Las rocas, el pasto, las flores silvestres y las alambradas permanecen imperturbables a pesar de los soplos del viento, los golpes del agua y el giro de los años.

JOSÉ TOMÁS CASTRO R.

Nace el 19 de septiembre de 1946 en Bogotá. Hoy reside en Chía (Cundinamarca). Trabajó en la Rama Judicial. Le gusta el tejo y la cerveza, pasiones a las que les roba un tiempo de cuando en cuando para leer y escribir. Un cuento suyo ganó el concurso del periódico “El Colombiano”; otros cuentos han sido finalistas en otros concursos y algunos han sido publicados. Se deleita escuchando las narraciones orales y leyendo historias del concurso Yo Mayor. Por internet se enteró de la Escuela Virtual y es su deseo seguir vinculado.

POR MÁS REY QUE SEA, PA' FUERA

Por José Tomás Castro R.

Eso fue exactamente el diecisiete de julio de mil novecientos sesenta y ocho en “El Campín”. Lo que pasó esa noche nunca lo voy a olvidar.

Llegué pasadas las once y media de la mañana, el gigante de la cincuenta y siete empezaba a despertar con la bulla de aficionados que parecían hormigas a su alrededor. Compré una boleta para la Tribuna de los Gorriones, que eran las más baratas por ser la tribuna gratis para los niños que no superaran en estatura una marca que había en la pared, pero en partidos nocturnos no había entrada para ellos. Luego me fui al Palacio del Colesterol a dar rienda suelta a la gula. Estaba repleto. En las mesas humeaban los platos de cuchuco con espinazo, mientras que la morcilla, el chicharrón y demás miembros de la fritanga hacían ojitos desde los calderos que sudaban encima de las estufas que trabajaban a todo vapor. Pedí una picada y me senté afuera en el pasto. Había familias completas piqueteando al aire libre en las zonas verdes aledañas al estadio. Hoy el panorama cambió porque el progreso transformó el verdor por cemento y el piqueteadero, por parqueaderos, aunque dicen, de este último, que su agonía comenzó con la llegada de las barras bravas. Eso dicen, no sé. Pero bueno, eso es harina de otro costal.

A las nueve de la noche salieron los equipos a la cancha: Santos de Brasil, con Pelé a la cabeza, y nuestra selección, que se preparaba para los olímpicos de México. La algarabía que causó la presencia del Rey Pelé calmó quince minutos después, entonces arrancó el partido. El Nemesio Camacho “El Campín” enmudeció, nadie se movía. Con el transistor pegado a la oreja para dar credibilidad a lo que veían nuestros ojos seguíamos el juego. A los cuatro minutos, ¡tenga!, nos empacaron el primero, como no fue de Pelé, ni de la selección, nos pareció un gol insípido y no lo celebramos.

Con la llegada del gol de Colombia, llegaron los problemas. Lima, delantero de Brasil, alegó, pataleó, discutió que había fuera de lugar y, como no le pararon bolas, le hizo zancadilla al árbitro; éste reaccionó y le metió un gancho de izquierda y le encimó la expulsión. Ahí duró un rato suspendido el partido, lo que caldeó los ánimos en el campo y en la tribuna.

El clásico se disputaba con ardor y, en una jugada confusa, Pelé reclamó un penal; el

árbitro hizo caso omiso. Pelé, airado, le mentó la madre en portugués y, preciso, era la única grosería que el juez sabía en ese idioma. De manera que, señalando con su índice el camerino —aún no habían inventado la tarjeta roja— le gritó: “Por más Rey que usted sea, pa’ fuera”, y lo expulsó.

Imagínese, las cincuenta mil almas que logramos ingresar lo hicimos para ver al Rey Pelé... ¡Es que, hijo, ese era mucho jugador! No me crean tan pendejo... y nos salen con semejante chorro de babas... Al ver salir cabizbajo a nuestro ídolo, se nos enfundó el demonio. Volaron radios, pilas, monedas, gritería, histeria... hasta que expulsaron al árbitro y entraron de nuevo al crack. Si no es así, el estadio de la cincuenta y siete que ustedes conocen no existiría. El respetable público lo hubiera vuelto “mieeeda”, como dicen los costeños.

Al final perdimos cuatro dos. Pelé nos hizo dos señores goles y nos embelesó con su magia futbolística, pero yo quería más, yo quería saludarlo. Por eso, cuando me enteré de que el árbitro había formulado una denuncia y que El rey del fútbol y su equipo estaban arrestados en la Comisaría del Norte, me dije: “Aquí que no peco”, lo que es me hago llevar detenido a esa Comisaría.

Ofendí y me burlé del primer policía que encontré hasta que me arrestó. “Vámonos, dijo el tomo, que en la Cuarenta nos arreglamos”.

—¡Un momento! Por jurisdicción usted me tiene que llevar a la Comisaría del Norte.

—En condiciones normales, sí —dijo el policía—. Pero ahorita tienen allá al tal Pelé y su cuadrilla. Además, dizque eso está hecho un mierdero de civiles que quieren saludarlo. Así que andando pa’ la Cuarenta.

Por irrespeto a la autoridad fui a parar en un calabozo de la Cuarenta.

DORA LUZ MUÑOZ DE COBO

Érase una vez una niña nacida en Cali, un 14 de noviembre de 1945, año de triste recordación para el mundo, por el lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki. Creció al ritmo del Rock & Roll de Elvis Presley, apasionada de la lectura y la música. Abogada, especialista en Gerencia de Negocios Internacionales. Su carrera profesional estuvo dedicada al comercio internacional. Se casó hace 56 años, con su gran amor, Rodrigo. Tiene dos hijos: Liliana y Rodrigo, y dos nietos: Alejandro e Isabella. En el otoño de su vida, recibió un e-mail invitándola a participar en Historias en Yo Mayor, esto dio un vuelco a su vida; su pasión ahora es escribir: en prosa o en verso.

Y NOS ENCONTRÁBAMOS DE VACACIONES

Por Dora Luz Muñoz

“¡Oh!, Cali, la sultana ciudad de ensueño y adoración. Eres tierra de encanto y del romance, la encarnación. Cantarte como a novia, ese es mi sueño, sueño dorado, mi ilusión...”. Eso suena en la primera estrofa de una canción que mi padre compuso a la ciudad que me vio nacer, pero hoy quiero referirme, no al romanticismo que inspiran las vegas de peñón, sino a cómo un día esa ciudad adorada resultó abatida por la mayor desgracia que ha sufrido.

En nuestras vacaciones escolares mi padre, Álvaro Muñoz Cuellar, solía enviarnos a algún sitio con mamá, Ana Felicia Castro. Así, tanto mis hermanos como yo, tuvimos la oportunidad de conocer a temprana edad, aprovechando el transporte del tren que nos llevaba con su vaivén y sonidos guturales, municipios cercanos a Cali, ciudad donde vivíamos, tales como La Cumbre, con su olor a pino y ese frío entrando a los huesos; y el Puerto de Buenaventura, con esa vibra a madera, donde gozábamos del mar en Juanchaco y del cántico de las olas al romper en los acantilados; ambas poblaciones del Valle del Cauca.

También estuvimos de recreo en la tradicional Popayán y en la fría y pintoresca Silvia, en el Cauca. En una ocasión, papá nos habló de la importancia de conocer la capital del país. Cuando yo tenía 10 años, fuimos a disfrutar en un agosto de 1956 la esperada incursión. Fuimos recibidos en la casa de un buen amigo de mi padre. Él y su esposa nos recibieron con cariño y conocimos los sitios históricos y obligados de la capital del país, junto a algunos de sus alrededores.

Disfrutábamos plenamente de nuestra permanencia en la fría capital, cuando una noche a la madrugada sentimos los grandes sollozos de mi madre, quien acababa de recibir la noticia de una tragedia que había ocurrido en Cali, cerca del sector donde vivíamos. Era de madrugada, las noticias muy difusas. No se sabía a ciencia cierta qué había ocurrido; incluso, hoy en día, 64 años después, no se conoce con certeza las razones de tan terrible desgracia que cambió para siempre una extensa zona de la ciudad, aledaña a la estación del ferrocarril, y las vidas de las personas que fueron impactadas directamente.

Mi madre, desesperada, buscaba la forma de conocer qué habría pasado con mi padre. Estaba todo el tiempo en sintonía de la radio; de pronto, se escuchó que darían cambio a

Cali para conocer más sobre la hecatombe, y cuál no sería nuestra sorpresa, pero también la alegría, al escuchar la voz de mi padre narrando la situación que se vivía. Como periodista y locutor, pero ante todo padre, apenas pasó el primer impacto y dejó a su madre ubicada donde un familiar, subió al transmóvil de RCN radio, el mismo en que transmitía, como ninguno, las vueltas a Colombia y certámenes especiales, y comenzó la narración más dolida de su vida, pero con la convicción de que, a pesar de las circunstancias y ante el caos telefónico y de noticias que se difundían, era el mejor camino para tranquilizarnos y decirnos, a quienes estábamos sin él en ese momento, que gracias a Dios estaba vivo, así como la abuela Pachita.

Con este valeroso gesto comenzó a narrar, a propios y extraños, lo que realmente había ocurrido y, a pesar del dolor inenarrable al ser víctima de esta tragedia, mostrar al mundo entero la situación y consternación en la que se encontraba la bella ciudad que lo había acogido desde niño. La ciudad ahora se encontraba sumida en la tristeza y perplejidad, provocada por un hecho que jamás se ha acabado de explicar, como suele ocurrir con los sucesos imputables a decisiones políticas o administrativas de ciertos estamentos. Mi madre insistía en que debía estar herido y que estaba transmitiendo sólo para calmarnos, para que no fuéramos a viajar, porque no tendríamos a dónde llegar, pues, como supimos más tarde, la violenta detonación nos había dejado sin la hermosa vivienda, que hoy recuerdo con nostalgia, y sin las pertenencias propias de cualquier hogar.

Supimos también cuál era la razón por la que habíamos quedado sin casa. Por una grave imprudencia se habían estacionado siete camiones con dinamita cerca de la estación del ferrocarril, dando origen al gran estallido que acabó con muchas casas a cientos de kilómetros a la redonda. Además, el inmenso hongo, que se originó al estallar las 42 toneladas que había en las 1053 cajas de dinamita, llevaba una potencia en su onda expansiva, acorde con la liberación de gases que al expandirse provocó un gran desbordamiento de energía, que irradió y arrasó 41 manzanas de la ciudad, que en ese entonces solo contaba con 150.000 habitantes; causó alrededor de 5.000 muertes y un sinnúmero de heridos, además de pérdidas económicas nunca bien cuantificadas, así como las secuelas físicas y psicológicas que los grandes desastres dejan en las ciudades y habitantes afectados.

A pesar de la insistencia de mi padre para que no regresáramos aún a Cali, mi madre consiguió los pasajes aéreos y fuimos acogidos en casa de la tía Rosalba, hermana de mi

mamá. Ya en Cali, papá nos contó que el movimiento fuerte del temblor que se originó por la magnitud de la onda y la caída del cuadro del Sagrado Corazón, que había arriba de la cabecera de su cama, lo despertó, encontrándose en medio del polvo, desechos, derrumbe y destrucción por todas partes. En su desconcierto e incredulidad por lo que estaba pasando, el cielo rojo, pero sin luz eléctrica, buscó a tientas a su madre desesperadamente en el cuarto de atrás y, como pudo, la cargó y la llevó hacia afuera, constatando que estuviera bien, en medio de las ruinas de su vivienda. Después, Cali quedó en tinieblas.

Esta tragedia, además de las vidas humanas que nunca se cuantificarán bien, acabó con muchos lugares que desaparecieron. El cráter que abrió fue como si hubiera caído un asteroide. Ahí quedaron enterrados los recuerdos de las personas que simplemente desaparecieron, y, posteriormente, fue utilizado para implantar una cruz.

Cuando por fin nos permitieron conocer el estado en que había quedado nuestra casa, la desolación e impotencia se apoderó de nosotros. Ya no quedaba nada de nada, solo escombros y una que otra pared se sostenía. Algunos objetos fuertes que el impacto no quebró, como los de cobre, la paila de hacer el manjar blanco de la abuelita en diciembre o los estribos que fueron del abuelo Higinio para montar a caballo. Ni el cuadro del Sagrado Corazón que despertó a mi padre al caerle en la cabeza, ni los muebles, ni las plantas de los patios, ni los electrodomésticos aguantaron el remezón, o era tal su estado que impedía su reutilización. Solo los recuerdos de una niñez feliz afloraban en nuestro recorrido, o quizá la “Patasola” con que la abuela nos asustaba, o afiches rotos en el cuarto que nos recordaban a nuestros ídolos musicales, o artistas de cine o campeones deportivos, que con mi hermana mayor de 11 años habíamos conseguido: Elvis Presley, James Dean, Ramón Hoyos, y todos los libros destruidos, en parte por el derrumbe de paredes, así como por la intemperie que habían sufrido.

Fue tan poco lo que pudimos extraer de las ruinas para llevar a nuestra vivienda temporal... aunque siempre teníamos presente el agradecimiento por estar vivos. Al visualizar el estado en que quedaron los cuartos donde dormíamos e imaginar qué hubiera sido de nosotros de haber estado allí, dábamos infinitas gracias a Dios por haber impulsado a nuestro padre a enviarnos a conocer la capital y que tanto él como la abuelita Francisca se hubieran salvado.

Saliendo del recorrido por lo que fue nuestro hogar, pasamos por la otrora hermosa calle

25, avenida que recorriamos muchas veces para llegar a nuestra casa. Observamos con melancolía su destrucción. Aún recuerdo sus hermosas palmeras meciéndose y contoneándose con la brisa de las tardes caleñas. Brisa que recoge esos recuerdos y los fija en la mente y gime lentamente trayendo a mi memoria que, mientras estaba de vacaciones en Bogotá..., la casa de mi infancia desapareció a causa de una absurda y violenta detonación, en un martes 7 de agosto de 1956.

Para fortuna para todos nosotros los caleños, tanto de origen como de adopción, nuestra ciudad emergió, cual gigante adolorido, y poco a poco se fue recuperando, volviendo a vibrar, dos años después, con una fiesta o feria institucionalizada. Lentamente volvió a ser “el Cali adorado, con las calles llenas de sol, como le escribió mi padre, semejando mujer linda, que es de mi Valle la tradición, y se volvieron a escuchar las vegas del peñón vibrar con la música, que el río deja oír siempre al murmurar, y con su Ermita como fiel guardián”; pero los lugares directamente afectados nunca volvieron, como la vieja casa en que viví y que ahora solo está en los hilillos que extraigo de mi cerebro para evocar.

BERTHA LUCÍA MUNÉVAR MOLANO

En 1955, hace sesenta y cinco años, nació ella en Bogotá, una ciudad guarnecida entre montañas. Su niñez y temprana adolescencia pasaron volando entre juegos, libros y amigos. Las ilusiones juveniles de ayudar a la humanidad la llevaron un día a salir de la Universidad Nacional con un diploma de Psicóloga. Treinta y cuatro años pasó su vida tratando de hacer terapia a la pobreza y al sufrimiento; hizo lo que pudo. Recién pensionada, al instante de pasar por última vez el umbral del hospital donde trabajaba, se quitó su traje de psicóloga y olvidó su carrera. Se dedicó a su gran pasión, la literatura. La lectura se convirtió en su oficio principal. Hace algunos años conoció a la Fundación Fahrenheit 451, que le enseñó las primeras letras de la escritura. Desde entonces, le gusta pasear por sus recovecos.

MI CHAPINERO

Por Bertha Lucía Munévar M.

Soy bogotana de pura cepa y, además, chapineruna. Mi infancia transcurrió en sus calles, las huellas están grabadas en las construcciones sobrevivientes de aquella época. Intacta permanece como un faro la Basílica de Lourdes con su arquitectura particular.

Entre mis recuerdos felices brillan los anuncios relucientes de los teatros y el gozo de la función de matiné de los sábados o del matinal del domingo, siempre de la mano de mi papá. Allí penetré en los relatos y personajes ficticios, con su música y sus paisajes. Allí prosperó mi afición a las historias, que bien disfrutaba en las imágenes de las películas o en las palabras de los libros de mi niñez.

Chapinero era un centro de próspera actividad cultural: anticuarios, librerías, restaurantes y salones de onces con sabor santafereño; numerosos teatros de cine exhibían filmes para todos los gustos. A la hora de las funciones se veían largas filas en la calle; en ese entonces no existían las sillas numeradas, había que llegar temprano para coger un buen puesto. Las salas eran inmensas y, aun así, no bastaban ante la concurrida demanda. No importaba, la expectativa era grande.

En estos recintos del séptimo arte se me abrieron las puertas de mundos fantásticos: títulos como *Mary Poppins*, *La novicia rebelde*, *My fair lady* y *La noche de las narices frías*; de personajes inolvidables como *Joselito 'El ruiseñor de oro'* y *Marisol*, los niños del canto deslumbrante; *Cantinflas*, *El gordo y el flaco* con el humor de antaño. Horas felices aderezadas con golosinas traídas desde la casa. Cuando comenzaba la función, las cortinas rojas del escenario se abrían para dar paso a la gran pantalla. El espectáculo lo iniciaba un noticiero, *El mundo al vuelo*, nada de cortometrajes ni anuncios. El suspenso nos silenciaba a todos, la emoción crecía.

Como dice el verso vuelto canción: “Todo pasa y nada queda, pero lo nuestro es pasar...”, el tiempo pasó volando. Una avalancha alimentada por el consumismo, la contaminación y el monopolio económico aniquiló el rostro apacible y acogedor de Chapinero, destruyó su carácter cultural.

Hoy caminar por la avenida principal, la Carrera 13, en donde se concentra la mayor

parte del comercio, es una experiencia agotadora. Una nube de gases contaminantes envuelve a la gente, en medio de un tráfico feroz, pitos, música estridente, algarabía de voces y olores grasientos. En los andenes pulula la sobrevivencia de la informalidad con sus vendedores ambulantes. Multitudes apresuradas, que no habitan en el sector, asfixian cualquier caminata.

Veintiséis teatros perecieron, no tuvieron oportunidad de evolucionar a otras expresiones artísticas. Solo uno se salvó: el teatro La Comedia, ahora sede del grupo del Teatro Libre, resto del pasado esplendor. Los cinemas de los centros comerciales sustituyeron a los antiguos cines: Libertadores, Aladino, Metro Riviera, Cinelandia, San Carlos y demás. En el presente los ocupan discotecas, iglesias pequeñas o almacenes. Mis recuerdos infantiles solo persisten en la nostalgia.

Una parte importante de la historia bogotana se perdió, los testigos son escasos. La decadencia salta a la vista, se oye, se huele.

Nada se puede hacer. Solo evitar caminar por sus calles, huir de este atiborrado Chapinero central del siglo XXI.

MYRIAM ROSA PINZÓN DE TANG

Myriam Rosa Pinzón de Tang, quien prefiere ser identificada en adelante como Miyis, cumplirá 79 años. Nació en Pamplona, Norte de Santander; vive en Bucaramanga, Santander, desde los 5 años. Profesional de Escuelas Públicas. Experiencias: esposa y madre desde hace 48 años. Tres hijos y una nietecita adorables. Instructora SENA por más de 20 años; pensionada hace 29. Enseñar y aprender, lo mejor para ella. Le fascina el canto coral, escuchar música y hacer escritos de distintos modos. La participación en el Concurso de Cuento de Yo Mayor le permitió la invitación a tomar parte en la Escuela Virtual, y renace.

CÓMO VIMOS CAMBIAR NUESTROS LUGARES

Por Myriam Rosa Pinzón de Tang

A finales de 2013 y durante 2014 comenzaron a visitar las casas ubicadas sobre la carrera veintiocho entre calles catorce y dieciséis, buscando probables vendedores, con fines de hacer una gran construcción.

Llegaron a nuestro predio, que se confundía en el exterior con el predio vecino. Insistieron en mil formas, no solo a través de los directamente interesados, sino también con vecinos que nos enviaron; pues, al dar nuestro sí, el predio contiguo se daría por vendido automáticamente.

Nuestra respuesta siempre fue no, pues nuestro predio, adquirido en 1976, siempre y ahora mismo, ha sido considerado por nosotros como el mejor lugar del mundo, el regalo que Dios nos dio para levantar a nuestra familia.

Lograron comprar tres casas seguidas, todas antiguas y levantadas en primer piso con tapia pisada y techo de barro, pero con buen metraje al frente y al fondo, para levantar posteriormente tres torres con apartamentos de tres y de dos alcobas, y apartaestudios con diseño loft.

Nuestra casa, con una entrada angosta y una pequeña pieza en el segundo piso para guardar cosas de poca urgencia, está adornada a lo largo con trece pequeños cuadros, cada uno con un significado especial, y algunas plantas ubicadas en cielo abierto, a las que consiento mucho por ser regalos que he recibido de cercanos a mí. Después de treinta metros recorridos se amplía en dos plantas.

Abajo, la puerta que cierra el pasillo, la escalera que conduce al segundo piso, seguida por la pieza para el computador, la pieza de estudio, la sala, el comedor, la cocina, el servicio de un baño completo y un patio suficientemente grande como para no tocarse uno con otro al pasar.

Arriba, las tres alcobas amplias y ventiladas, con sus servicios de baño interno; un jardín donde las flores amarillas, rojas, rosadas, moradas, color obispo, y lilas casi siempre están alegrando el paisaje, junto a los añosos troncos de los dos mangos, el pino y el arbolito con vainas que luego se abren en florecitas desmechadas. Claro, en tamaño pequeño, sin ser bonsái y despidiendo aromas deliciosos y envolventes; patio de ropas techado y con suficiente

espacio; y otro espacio mayor para transitar cómodamente a manera de patio general.

Se proyectaba un edificio de once pisos, y la entrada o pasillo de nuestra casa, por el lado contiguo al edificio, estaba construido en tapia pisada.

Se defendieron nuestros derechos por medio de escritos certificados, que estuvieron a mi cargo, hacia todas las instituciones estatales afines a los derechos que iban a ser vulnerados, siempre con la respectiva copia para la constructora, lo que ponía en jaque el desafío de ella. Aun así, en 2014 iniciaron la demolición de las tres casas de tapia pisada.

Tiempo bien doloroso, pues en casa, de tiempo completo siempre estábamos solo el perro y yo. Cada día, la lluvia de polvo y de escombros, la mirada furtiva de los trabajadores y la respuesta del Señor Spock con sus ladridos fuertes, reclamando el respeto por su territorio.

Así era siempre, lo que llegó a fastidiar a los trabajadores, quienes, probablemente, le fueron dando veneno al Señor Spock. De un perro fuerte, animoso, alegre, juguetón, amigo, disponible y listo, se iba viendo mermado, disminuido, triste y hasta desganado para comer.

Comenzaron por decirnos que la tapia o pared existente tenía un porcentaje que pertenecía al probable edificio y, sin más, dentro de nuestro predio hicieron un muro y luego destruyeron esa cuarta parte de la gran tapia pisada.

Pasó un tiempo corto y, cualquier día, en horas de la tarde, caía al suelo otra cuarta parte de la tapia, cerrando cualquier posibilidad de escape.

Yo, y acompañada solo del labrador dorado, quedé atrapada.

Fue dañada la escalera que conducía a una pequeña pieza, hacia el frente de la casa.

El estruendo fue grandísimo, y entonces sonó el teléfono. Era el arquitecto responsable de la obra, quien me invitó a permanecer resguardada. Llegaron los trabajadores, que ingresaron por el lado del edificio, y comenzaron a recoger escombros y a acomodar la escalera.

Ya tarde, llegó el resto de mi familia, que solo compartió la situación telefónicamente.

Muchos trabajadores debieron intervenir para limpiar y abrir camino dentro de la casa.

Terminada la demolición, se dio comienzo a la excavación en busca de tres sótanos. La angustia nos acompañó todo el tiempo, desde ese momento. Pues el precipicio que se vislumbraba no daba para menos.

La tristeza del Señor Spock era tan notoria que se juntó, además, al hecho de no poder pasearse y correr por el pasillo como siempre lo hacía de una manera libre y espontánea.

El tiempo fue pasando y la construcción fue avanzando en los sótanos. Mientras tanto, la tapia iba cediendo por los trabajos y el estruendo de las máquinas pesadas.

Hubo necesidad de derribar las otras dos cuartas partes de la tapia, sin que a los constructores les importara el hecho de que prácticamente nosotros quedamos viviendo en la calle. Gracias a Dios, fueron casi siempre días llenos de sol.

Los constructores solo se molestaron colocando por pared un plástico negro que al menos nos tapaba de la vista desde la calle.

Literalmente, pasamos de habitar una casa con entrada de tapia pisada, a un cambuche, desde donde teníamos que cuidar nuestra vida y nuestros bienes. Lo ancho del espacio se fue agotando.

Pensaban los constructores que solo harían la pared, cuando ellos llegaran a cierto tope en la construcción de los sótanos.

Siempre yo buscando protección con tutelas, porque mi familia se descargó de cualquier responsabilidad, aduciendo que las escrituras estaban a nombre mío, pues la vivienda se consiguió por un préstamo que la empresa donde yo trabajaba me hizo. Hasta que, como después de dos meses, se vio por fin la pared hecha en material, pero en obra negra.

Mientras tanto, el dolor era demasiado grande y quienes lo experimentaban en mayor grado éramos el perro y yo, pues el pasillo era para los dos, el lugar ideal para recrearnos.

Mi compañero de viaje iba empeorando, lo que me obligó a visitar al veterinario e inclusive tenerlo hospitalizado. Cualquier día, buscando darle un paseo, después de atravesar la calle y caminar unos veinte metros, cayó al suelo muerto, ante la presencia de mi esposo, quien siempre lo paseaba.

El Señor Spock tuvo la atención correspondiente, su cuerpo fue cremado y sus cenizas confiadas a un amigo nuestro que prometió colocarlas como abono para un árbol frutal que él tenía en el patio de su casa.

La ausencia del labrador dorado era más notoria para mí, pues ahora ya tenía que afrontar la situación sin su compañía, y, podría decir, sin su cariño.

Pasó un poco de tiempo más y ya, después del pasillo, comenzó a aflojarse otro tramo grande de la pared que sostenía la placa. Volver a luchar por ver restituido este tramo de la casa era de nuevo mi trabajo. Volver a actuar como antes, como operaria de construcción

y supervisora de la obra, para evitar que se usaran materiales de mala calidad y que no resultara siendo un trabajo sin los cimientos justos, puesto que la pared iba a constituirse en nuestro propio límite.

Pude gastar las ideas sobre construcción, heredadas de mi padre, quien durante toda su vida fue constructor de obras civiles, de barrios del Instituto de Vivienda y de mejoras en viviendas particulares.

Por ese tiempo, tuvimos necesidad de arreglar el cielo raso del segundo piso, y al tiempo yo tenía que estar pendiente del trabajo interno y del semiexterno, lo que me puso a reventar, puesto que no pude estar pendiente de mis otras realidades como ama de casa. El restaurante a domicilio fue casi siempre el recurso que tuve más a la mano y el bolsillo mío siempre estuvo disponible.

El estrés, la falta de acompañamiento y de solidaridad, ahora, con todo lo que me incumbe, me trajo una cosa más: me llegó un virus, el de la culebrilla. La EPS nunca se interesó por mi situación. Debí recurrir a medicina particular y a rezos, y hacerle frente con el mismo valor con que estoy metida en el cuento de la construcción.

La construcción siguió avanzando, y en la medida en que se iba subiendo, continuábamos siendo lesionados en nuestros derechos con la caída de toda clase de material, que teníamos que esquivar, a cualquier precio y hora.

Cuando entró el período de pintura del edificio hicieron el ofrecimiento de remendar el piso que estuvo ejecutado con diseño espina de pescado. Otra lucha más que hube de ganar, y después de casi quince días de trabajo quedó hecho el piso, conforme al diseño original.

Fue dañado, también, el techo del patio interno, que hacía muy poco se había estrenado. Con nuevas conversaciones se logró su arreglo.

Finalmente, todo fue entregado satisfactoriamente, después de una lucha constante de conversar y convencer a los constructores, durante casi un año.

Al ver lo bonita que se veía la entrada a la casa, se comenzó internamente a hacer algunas reformas y a hacer mantenimiento general, con préstamos que se fueron consiguiendo.

La visión general de la casa es de un lugar acogedor que parece estar ubicado entre lo urbano y lo rural, al mismo tiempo.

Los ruidos de la calle eran imperceptibles.

Ahora, en este momento, después de algunos años, el predio contiguo al nuestro por el sur y el oriente ha sido dispuesto para alquiler de piezas y eso ha trastornado un poco la tranquilidad, por los habitantes que allí se albergan sin control alguno de su propietario, quienes dejan reconocer, por su comportamiento, que no son amigos de su propia paz y menos de la paz ajena.

El edificio del costado norte, de once pisos y tres sótanos, fue terminado, y sus apartamentos bien vendidos, pero al comenzar a mudarse sus propietarios, notaron que no todos los vehículos podían tener acceso a los sótanos, lo que los motivó a alquilar sus apartamentos, trayendo un nuevo problema de gente maleducada por los ruidos que allí se producen y por el irrespeto de lanzar a nuestra casa cuanto cosa se les ocurre.

Aun así, nuestra casa sigue siendo amplia, acogedora, y no nos asiste ningún motivo para salir de ella. Al contrario, cada día miramos cómo mejorarla para lograr el bienestar de todos los miembros de esta familia, que lleva más de cuarenta años disfrutando de techo propio, de aire y de sol, y de espacios suficientes para convivir sin mayores contratiempos.

LUZ MARINA NATALIA CEDIEL LEÓN

Ella es una cachaca muy orgullosa de su Bogotá, donde nació hace 65 años. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de La Salle y con ese pomposo título se encaminó a la docencia durante 23 años, donde verdaderamente encontró su vocación. El escribir fue siempre lo que tenía en su mente desde niña; además, a esta singular maestra le gusta la danza y ser líder en su familia. Ella ya conocía Historias en Yo Mayor; su hermana le envió la convocatoria al taller. Le pareció regio, fueron siete semanas de una aventura en “Yo Mayor”.

UN NOVIEMBRE A LA JUSTICIA LA SECUESTRARON Y....

Por Luz Marina Natalia Cediél León 'Clío'

Casi terminando el año 1985 el país se iba a enfrentar a una de las páginas más sangrientas de su historia. Por esos días estaba terminando mi último semestre de Filosofía; eran días raros, ya no había clases, solo teníamos que ver las notas que estaban publicadas en la cartelera de la facultad. Ese 6 de noviembre, hacia la 1 de la tarde, el Palacio de Justicia enclavado en la Plaza de Bolívar, símbolo de uno de los tres poderes, según la Constitución colombiana, fue tomado por un grupo revolucionario, el M-19.

Este lugar quizás para muchas personas era algo inocuo, sin sentido, pero para nuestra familia ese día supimos lo que significaba la violencia, tan lejana en nuestra ciudad capital. Desde el 80 habíamos vivido como ciudadanos la guerra de los narcotraficantes contra las autoridades, con sus bombas por las que morían una cantidad de ciudadanos. También fuimos testigos de la pérdida de los futuros líderes políticos que ante nuestros ojos iban cayendo, bajo los atentados por parte de jóvenes sicarios, la explosión del avión de Avianca, el edificio del DAS o la infame bomba del Barrio Quirigua el sábado anterior a un Día de La Madre.

Ese 6 de noviembre, cuando sonó el teléfono para avisarnos que Beatriz, nuestra cuñada, estaba dentro del palacio de Justicia, entendimos a medias lo que iría a pasar. Me acuerdo de que hice una llamada a una de las emisoras de la época para que nos dieran información sobre Ana Beatriz Moscoso Hurtado de Cediél. Con voz entrecortada di los datos: que era Auxiliar de la Corte. Entre llantos y cruce de información pasamos la noche en blanco. El 7 de ese noviembre confirmamos que Beatriz, la mujer alegre y trabajadora, había muerto. Pienso que junto a los cientos de fallecidos fue un asesinato propiciado. Cuando se dio la orden por parte del gobierno de turno, el ejército desató la masacre más atroz a fuego y sangre. Irrumpieron destrozando la puerta principal del palacio con un descomunal tanque cascabel; lo que pasó adentro solo lo saben quienes ejecutaron el rescate para preservar la supuesta democracia.

El día que enterramos a Beatriz todos estábamos en silencio, con rabia contenida. Era también la reacción de cientos de familias que habían perdido a sus seres queridos. Lo más cruel fue saber sobre los que salieron supuestamente vivos y luego desaparecieron. Ese 6 y

7 de noviembre de 1985, la justicia no solo fue secuestrada por parte del grupo guerrillero y por orden del Estado, el ejército la encontró con la venda en sus ojos... Como buitres cayeron sobre ella y le prendieron fuego como si fuera una mercancía de poca monta, era el precio por salvar un gobierno débil frente a un inminente golpe militar.

MARÍA DEL SOCORRO GÓMEZ ESTRADA

La autora de estos poemas nació en Tunja (1957) y como psicóloga de la Universidad Javeriana y especialista en Educación Superior a Distancia, dedicó la mayor parte de su vida laboral a la docencia universitaria en distintos y significativos escenarios académicos. Por influencia de su padre, historiador y filólogo, desde niña estuvo inmersa en el universo literario. Se define en palabras de Borges: “Soy todos los escritores que he leído, todas las personas que he conocido, todas las que he amado; todas las ciudades que he visitado, todos mis antepasados...”. Por un amigo conoció Historias en Yo mayor, que consideró una entrañable experiencia de encuentro e inspiración...

POEMAS

Por María del Socorro Gómez Estrada

I

LA CASA QUE NO ME LLEVÉ

Fui a buscar
mi casa
y de ella no encontré
sino vestigios fragmentados
de su rastro
adheridos con las uñas
a una placa
que, en vida de la casa,
anunciaba un colegio
que había heredado
el nombre de mi padre.
Busqué entre las paredes
nuevas
algo que me hablara
de la infancia
que dejé dormida
en sus cimientos,
pero no quedó nada...
Y la nueva casa
se cuidaron
de hacerla sin memoria
y sin cuarto
para calentar
recuerdos ajenos.
Al principio me desesperé

por lo que creí
un holocausto,
pero, viéndolo bien,
la casa que está ahora
y que invadió
lo que fue mío,
hasta tragarse el aire
de mis primeros amores,
no tiene la culpa...
El problema es mío
por no haber llevado
la casa conmigo
cuando la dejé.
Y el problema
es mucho más grave
porque, confiada
en que mi casa de niña
siempre estaría
esperando por mí,
fui dejando en casas
sin rostro
el resto de mis años.
Con la casa
demolieron,
además de mi infancia,
la única esperanza
que tenía
de encontrarme...

II

TRATO DE ROMPER

la cortina de humo

que me separa

de lo que fueron

mis viejos días...

Alcanzo a ver algunos muros

de mi casa de infancia

y las sombras de quienes

la habitaban conmigo.

Como luciérnagas

se asoman

los ojos de muñecos perdidos

en el rincón de un patio

y escucho el eco

de risas suspendidas.

Del calor de los abrazos

y de las palabras comprometidas

no queda sino el silencio.

Y hoy, yo,

cada día más perdida

y huérfana de mí...

AMAMOS y somos amados



Termina la primera semana del Heptamerón y comienza la segunda, en la cual las personas mayores departen, bajo el reinado del amor (a veces correspondido o en deuda de corresponder), los enjambrados surcos del erotismo, el afecto y la sensualidad. María, desde Bogotá, envía una carta al cielo para su amado César, mientras Óscar aprende, dolorosamente, que los amores reales trascienden del papel, y Víctor, siendo aún niño, decide casarse. Enrique descubre a Eros en brazos de una mujer mayor, Elvira recuerda la historia de un primer beso que no fue glorioso y Katika despide, en sus brazos, al hombre de sus sueños. Desde la prisión, un reo añora la presencia de su compañera e Inés se entrega a la sombra de un potente ébano vivo.

MARÍA INÉS SARMIENTO DE O.

Nació en Bogotá el 11 de septiembre, no el de las torres gemelas, sino en 1949. Su vida profesional se desarrolló en el servicio a las personas con discapacidad. Creció en una tradicional familia bogotana que le inculcó el amor por las letras. Con Yo Mayor descubrió que tenía facilidad para escribir relatos y cuentos. Su poesía explora los sentimientos más recónditos del alma; “Correo al Cielo” es un homenaje póstumo al compañero amado, con el que compartió su vida. Yo Mayor le permitió vislumbrar un nuevo horizonte y abrir la puerta a un talento dormido.

CORREO AL CIELO

Por María Inés Sarmiento

Hoy te escribo.
No nos alcanzó la vida.
Han pasado 10 años desde tu partida,
vives en el recuerdo,
siempre amado,
siempre deseado,
nunca olvidado.
Siempre presente
en esta luz que encendiste en mí
Y que solo se apagará con el fin de mi existencia.

Te amé
Como solo se ama una vez.
Por eso hoy te digo
¡gracias!:
por los hijos maravillosos que me diste,
por la vida que compartimos,
por tu amor y ternura,
por tu ejemplo de lucha, tenacidad y esperanza.
Y gracias
por seguir siempre a mi lado.
Gracias, amor

ÓSCAR PEÑA GRANADOS

Cucuteño, nacido un 11 de enero, en el año 52 del siglo pasado (qué viejo suena). Queriendo ser un Dr Kildare, viaja a Bogotá, estudia Medicina y luego Pediatría, ejerciendo durante 35 años. La Medicina es posesiva, debe olvidar momentáneamente su gusto por la escritura, pero “el demonio del mediodía” se le manifiesta no persiguiendo bellas damitas sino escribiendo historias muchas veces basadas en locuras de juventud, vivencias en una zona de frontera y su Cúcuta Deportivo. Curioseando en Internet encuentra la invitación a los talleres de Yo mayor, hallando calidad y calidez de profesores e invitados que le dejan valiosas enseñanzas.

LOS AMORES QUE SE ACABAN ANTES DE EMPEZAR

Por Óscar Peña Granados

Difícil tema esto del amor. Como decían en el conversatorio, fácilmente se cae en el cliché y tampoco es buena la superficialidad, el chiste por el chiste. El profe dijo en un momento dado, hablando sobre los diferentes amores que podían narrarse, una frase que me inspiró: hay amores que acaban antes de comenzar.

Entonces, me acordé de la historia que le sucedió a otro amigo, me la narró un día de cuentos y algunos rones, y me cae al pelo para esta tarea:

Tenía solo 9 años, pero ya estaba muy enamorado.

Eran dos las mujeres que quería con toda la fuerza de mi corazoncito. Lo único malo era que no existían realmente, sino que estaban pintadas en el papel de las historietas.

Una era Jane, la esposa de Tarzán, con un pelo largo, rubio, ondulado, nariz perfecta y boca de carnosos labios rojos. Cubría su hermoso cuerpo con un breve vestido de dos piezas, hecho con la piel de algún desafortunado tigre que había sido cazado por el hombre mono para satisfacer la vanidad de su cónyuge, y que dejaba a la vista unas largas y bien torneadas piernas.

Nos veíamos solamente los domingos cuando podía contemplarla en las aventuras dominicales del periódico El Tiempo. Estaba ahí, en la primera página, el motivo de mi adoración, y yo esperaba impaciente a escuchar el sonido del avión que anunciaba la llegada del periódico y la cercana visita de mi amada.

La otra me visitaba con menos frecuencia. Vivía en las páginas de un cómic (nosotros le decíamos cuentos) que se llamaba “La Hermandad de la Lanza” y cuyo tema era la existencia de dos hermanos en épocas prehistóricas: uno de raza negra oscura, con todas las características físicas de su biotipo y su correspondiente pareja de igual color; vivían en un poblado humilde, de muchas chozas y se respiraba un ambiente de cierta pobreza.

El otro hermano, y no me pregunte por qué pasó eso, era de tipo ario, aunque algunos rasgos evocaban al personaje de piel oscura. Vivía en una ciudad con edificios de características arquitectónicas modernas, la ciudad más lujosa, y tenía como compañera lo que a mí me parecía tremenda mujer. Ella era del mismo tipo de Jane, su vestimenta quizá un poco más

atrevida, con sus proporciones corporales más acentuadas y el mismo pelo dorado, abundante, peinado en ondas.

Solo podía verla esporádicamente, porque los cuentos costaban y “no estaba el palo para cucharas”, según el refrán que usaba mamá para darme a entender que la situación económica no era la mejor.

Así que vivía en un estado de adulterio imaginario, con la ventaja de que no tenía nada que temer de los esposos ofendidos.

Llegó el final del año escolar y las vacaciones de diciembre, más prolongadas y, por tanto, con mayor tiempo de vagancia. Mi madre decidió, a fin de que usara mejor mi tiempo, llevarme a la ferretería propiedad de su familia y la cual ella gerenciaba, ya que tenía mucha visión para los negocios y un temperamento que la capacitaba para manejar a sus clientes: obreros, talabarteros, polvoreros y plomeros, a los cuales enfrentaba sin el menor temor.

La ferretería estaba en la parte antigua de la ciudad, era una enorme casona que mi nono había comprado hacía varios años, con muchos mostradores y, atrás, espacios amplios, bodegas de altos techos donde se acumulaba la mercancía más variada, que iba desde rollos de hules de colores, tubos, varillas, codos y demás parafernalia para la plomería, hasta la parte dedicada a la industria de la pólvora con sal de nitro, azufre, carbón y otra cantidad de artículos que sería latoso enumerar.

Podía vagar a mi gusto por el sitio y yo esculcaba por todas partes esperando encontrar las morrocotas que decían había ocultado mi abuelo, pero encontré otros tesoros; libros con artículos sobre la II Guerra Mundial y páginas de periódicos de ayer, entre las que estaban las que mostraban un relato de quien era en esa época un reportero más de *El Espectador*: García Márquez y su *Relato de un naufrago*, que mi nono, buen lector, reconoció como interesante y decidió guardar para la posteridad. Me lo leí de un solo tiro, era cautivador el relato y decidí que yo también construiría mi propia balsa en medio de la bodega de la ferretería, donde luchaba contra los tiburones y agonizaba de sed.

Pero una tarde, para mi infortunio, decidí escapar del calor de mi ciudad que se empeoraba en ese sitio y me senté en el quicio de la puerta.

Y entonces la vi, allá estaba ella o, mejor dicho, estaban ellas. Tratando de aprovechar el escaso vientecito que soplaba, apoyada en el marco de la puerta de la ferretería en frente de

la nuestra, estaba una preciosa niña aproximadamente de mi edad.

Blanca, rubia, pelo crespo largo, facciones finas y ojos de color claro. Yo le vi como un aura alrededor de su cabello, aunque posteriormente comprendí que era la distorsión causada por mi miopía más astigmatismo.

Parecía distante, inalcanzable, a pesar de que solo pasando la calle podría intentar hablar con ella. Mi timidez me impidió hacer cualquier otra cosa que no fuera contemplarla a la distancia y, así, pasaba el día esperando a que Jane se asomara a la puerta para hacerme muy en frente, anhelando cualquier señal de aprobación para acercarme.

Esa mañana creí ver en ella algún gesto de reconocimiento, pareció darse cuenta de mi constante observación y admiración, intenté una sonrisa sin respuesta y mi dulcinea se retiró al interior del almacén.

Me mantuve en mi atalaya, completamente absorto en mi espera y, por eso, no me percaté de la llegada silenciosa de mamá hasta sentir el ardor del correazo en las piernas y el regaño correspondiente.

—Usted siempre molestando a cuanta chinita ve, me llamó Don Fulano para quejarse de que su niña no puede ni asomarse a la puerta, porque el muchachito de los mandados ahí mismo se asoma a mirarla.

Comprendí que no estaba vestido para el inicio de un romance, gustaba de usar alpargatas por su comodidad y frescura, y la ropa no era la mejor ante la posibilidad de mancharla con alguna de las vituallas de la ferretería. Además, mi tez es oscura tendiendo al chocolate, lo cual, según había visto en las historietas, me alejaba de mi dorada obsesión. Negro con negra, mono con mona, era la regla en esos tiempos antes de que la reina armara ese despelote de hombre con hombre, etc.

Desde ese día, quedaron prohibidas mis visitas al negocio, a fin de que la nena de en frente no sufriera mis audacias y su padre estuviera seguro de que a su niña ni el rayo del sol la mancillara. Y yo me quedé sin terminar de leer el libro y sin encontrar las monedas de oro de mi nono.

Pasados unos pocos días, aún el morado del correazo no desaparecía, me alistaba para acudir al cine, a la función de matinal doble.

Me encantaba ir en especial en ese teatro. Gozaba del frío del aire acondicionado y, además,

en los intermedios podía comprar pasteles de garbanzo, típicos de acá, acompañados de una Club Soda de naranja, unas barritas de mentas y otros bocados que de solo contarlos me hacen agua la boca. Y lo mejor, intercambiar cuentos, con lo que yo buscaba desesperadamente encontrar más historietas de La Hermandad de la Lanza y ver a mi amor platónico, el que no me exponía a castigos.

Y qué susto, ahí a la entrada del teatro estaba ella, Jane estaba ahí cerquita. Podía ver claramente su rostro angelical, sus enormes ojos verdes y blanca como un ángel. Su hermano mayor, que la acompañaba, me reconoció, a pesar de que tenía mi pinta de ir al cine, bañadito y con calzado de cuero, e intercambió una mirada burlona con su hermana.

Jane me miró de mejor modo, sus ojos me miraron menos duro y supe que, si decidía intentar conversar con ella, podría quizá encontrar respuesta. Pero sentí el dolor del hematoma en mi pierna, recordé la humillación del momento cuando me entraron al interior de la ferretería, cogido de una manga que casi se desprende de la camisa por la rabia de mamá, pensé negro con negra, blanca con blanco, y entonces puse mi peor cara y pasé indiferente junto a ella.

Nunca más volví a verla...

Gracias por su historia, le dije complacido a mi amigo. Me ha dado usted un tema y mire que estos prejuicios sociales y de raza están aún vigentes, menos marcados, pero a veces salen a la luz.

Echémonos otro ronquito para que alivie su recuerdo doloroso. Afortunadamente para mí, el café con leche me gusta mucho y oscuro tiene más sabor.

VICENTE JAVIER GIRALDO VELÁSQUEZ

En Liborina, un pequeño pueblo encajado en las montañas de Antioquia, vio la luz en los finales de 1947 un proyecto de lector que tuvo que renunciar a las letras y la música, en favor de la práctica de la Construcción Civil, que El Politécnico Jaime Isaza Cadavid y la Universidad Nacional vaciaron en su vida. La pasión por las letras la encontró de pequeño de la mano de Josefina Marín, una tía abuela que puso en sus manos cuanto cuento, novela y libros de poemas tenía. Al final de los años y arriando los concretos, encontró Yo mayor esculcando Internet.

ELIZA

Por Vicente Javier Giraldo V.

Salía de su casa, con su uniforme azul impecable, de la mano de una señora muy bien puesta vestida de blanco, que luego supe era su mamá. Tenía el cabello ensortijado de un rubio claro y su piel era de un blanco sonrosado. Era la figura más hermosa que pudiera imaginar y me quedé perplejo admirándola. Ella tendría unos cinco años y yo, escasos seis.

Empezaron a caminar, al llegar a la esquina las perdí de vista, y yo aumenté el ritmo de mis pasos dejando atrás a mi mamá y a mi hermano, menor que yo, que no entendían mi desasosiego y caminaban muy lento para mi deseo. Tuve que esperar en la esquina mientras llegaban mis compañeros; mientras tanto, seguía atónito cuando recuperaba la visión de las dos, para mí, preciosas figuras que de nuevo tenía ante mí.

La señora era una mujer elegante y muy apuesta, y, al verlas, me parecía notar en cada una, copia casual de la otra, que hermosas se veían.

Iban en nuestra misma dirección, o parecía, lo cual me mantenía en vilo, con la mirada fija en ellas, hasta el punto de que mi mamá lo advirtió y me dijo:

—Van para el colegio, ese es el uniforme, ¿es eso lo que te inquieta?

—No, ma —le respondí—, ¿no te parecen lindas?

Mi mamá solo sonrió, pero apuró un poco el paso, pues ya estábamos llegando al colegio.

Nosotros estábamos recién llegados a este pueblo y conocíamos a muy poca gente, y hoy iniciaríamos nuestro primer día de kínder en el colegio de las monjas capuchinas.

Ellas entraron primero y nosotros, a unos pasos atrás. Nos dirigimos al salón de clase, el cual, para todo mi gusto y susto, resultó ser el mismo.

Ellas se detuvieron a la entrada y se despidieron de beso. La niña entró en el salón y la señora se situó a un lado de la puerta saludando a la monja, directora de grupo, que salía a recibirnos. Era una mujer ya de avanzada edad, con un tono de voz tan dulce que invitaba al abrazo. Saludó a la señora, cambiaron algunas palabras y luego se dirigió a nosotros; presentó a la señora con nuestra madre, se despidió de ellas y, guiándonos a mi hermano y a mí, nos presentó a la clase.

Había varios lugares vacíos, uno al lado de la niña, el cual para mi suerte lo destinó para

mí, ubicando luego a mi hermano.

Yo me senté, puse mi maletín sobre el pupitre y quedé allí petrificado sin atreverme a mover un solo músculo de mi cuerpo por no incomodar a mi compañera, aunque los dos espacios eran unidos, pero separados.

Entraron los otros niños faltantes y nuestra directora inició la clase: nos invitó a guardar nuestro maletín en el pupitre y, llamándonos al lado suyo, nos presentó como los nuevos, ya formalmente, dando todas las recomendaciones al resto de la clase, repitiendo nuestros nombres y luego nos invitó a sentarnos.

Al llegar a mi puesto, ella estaba mirándome y, con voz grave y decidida, me dijo:

—Me llamo Eliza, ¿y vos?

Yo la miré entre feliz y tímido, dando gracias al cielo que fuera ella la que rompiera el hielo, encontrándome con el rostro más bello, más tierno y decidido, y un par de ojos negros brillantes y sinceros; y le dije mi nombre.

A partir de ese día, mi mundo se volcó en el mundo de Eliza. Ella era mi profe, me enseñaba los cantos, todo se lo sabía y yo, su defensor, su compañero, hacía para ella todo lo que quisiera, era su adorador, su cómplice; para mí ella era todo.

Recuerdo que la hermana, Francisca se llamaba, vendía unas galletas con leche condensada y nosotros les dábamos un destino continuo que ponía en peligro su existencia y la salud de nuestro estómago. A veces ella me invitaba y otras, lo hacía yo.

Un día en el recreo comiendo las galletas, después de un año de estar en el colegio, me dijo seriamente: ¿no podemos casarnos?, así ya no tendremos que irnos por las tardes.

Yo lo pensé un poquito, ¿un hombre de casi siete con una señorita de seis años?... Sí, podemos casarnos, le dije decidido y tú me dirás cuándo. Pero, pregunté, ¿por qué quieres que nos casemos?, aún no somos grandes.

—Yo quiero que sea ahora, ¿no quieres ser mi esposo? Podremos jugar juntos, hacer nuestras tareas y estudiar. Lo he pensado mucho, yo te quiero a mi lado y temo que te lleven a estudiar a otro lado, quiero que estés conmigo y me cuides como ves que te cuido —me respondió segura—. Hablaré con papá y con mamá; tú, con los tuyos y con el Padre Velásquez, e invitaremos a todos mis hermanos y también a los tuyos, a la hermana Francisca y toda nuestra clase.

A mis siete años, yo nunca me había casado, pensaba y cavilaba cómo sería el asunto, pero todas mis dudas terminaban al mirar esos ojos; ¡ah!, y tampoco había tenido novia. Ella me dio su mundo y el mío era el de ella, ¿era eso una novia? No lo sabía y, en verdad, no era importante para mí. Mi tema del momento era lo que quería Eliza. Si nos casábamos, ¿qué era casarse?, pues vivir con nuestros padres, pero juntos, y entonces todo lo haríamos juntos, nadie nos separaría.

Y fuimos a contar y a hablar con nuestros padres, que para ese entonces eran ya muy amigos, seguros de que ellos estarían muy felices con nuestra decisión. Escucharon, se miraban, nos miraban y callaron un poco.

De pronto, el papá de ella me preguntó: ¿cómo así que casarse?, ¿dónde quieren vivir? En mi casa, le respondí. ¡Mmmm!, ¿ya tienes casa? Sí, la de mis papás, respondí. Y ya les preguntaste si reciben a Eliza. No, señor, no; pero yo sé que sí. Y tú, ¿qué dices, hija? Ella muy sorprendida le respondió, o casi preguntó, ¿no vivo a... aquí en mi casa? Yo no pienso dejarte a ti o a mamá, yo dormiré en mi cuna y él dormirá en mi cama; y así no tendré, ya jamás, miedo, porque él me cuidará de todos los espantos.

Veamos, les tengo una propuesta, y entre todos miramos qué más hacer sin daño de esta decisión tan importante y que no parece tan difícil para ustedes: démonos una pausa que les regale datos de cómo responder a nuestras responsabilidades, porque deben saber que cada decisión engendra unos derechos y unas responsabilidades. Después, ya veremos qué más nos inventamos; por ahora, sigamos viviendo como estamos.

Y vivimos dos años más así, unos años que para mí fueron sagrados ya que, después de nuestro encuentro con los papás y sin preguntar más, nosotros nos casamos (claro, sin decir nada y a nuestro propio gusto): una mañana, salimos más temprano y, como los grandes se casan en las iglesias, fuimos allí cogidos de las manos y, con la bendición final del padre, dedujimos que quedábamos casados, pues ya lo habíamos visto así.

Para nosotros estar casados era ir al colegio cogidos de las manos, hacer tareas juntos, hacernos compañía y cuidarnos, y eso era lo que veníamos haciendo, en compañía de su familia o la mía.

Poco después, mi familia debió regresar a su otro pueblo y nuestra vida se rompió. ¿Cómo podía irme sin Eliza y cómo quedarme?, nos mataron con esta decisión.

Pasaron quince años y qué largos que fueron. Conocimos más gente, nos hallaron los años con su carga normal de responsabilidades, el saber también tuvo su espacio en nuestra vida, mostrando los porqués de lo que sucedía; pero había un vacío constante y angustioso pesando sobre mí. Me sentía traidor y no olvidaba esa cara angustiosa de mi querida amiga, el día en que partimos sin saber si la vida nos daría la dicha de volver a encontrarnos. Le prometí volver y, de hecho, lo hice cuando el tiempo me dio libertad para hacerlo y la busqué en su pueblo, pero no la encontré, ya no vivía allí. Me dieron pocas pistas, pues se habían marchado hacia la capital. También nosotros vivíamos allí, pero dónde buscar.

Un viernes en la tarde, una de mis hermanas me pidió acompañarla a un baile con sus compañeras de colegio, lo cual acepté a regañadientes. Llegamos y, poco a poco, conocí a sus amigas en medio de la reunión. De pronto, vi llegar una cara bonita y saltó mi corazón: era Eliza. No sabía qué hacer, me quedé sin palabras, me saltaron las lágrimas, en mi pecho no cabía todo mi corazón. Ella venía despacio, saludando su gente y venía hacia mí, levantó la cabeza y de pronto me vio; nos quedamos sin habla, sin movernos siquiera, nos fuimos desplazando, esquivando las mesas y de repente el abrazo, en medio de sollozos de dicha, por siempre nos unió.

ENRIQUE ÁLVARO GONZÁLEZ

Esta pluma creadora nació un lejano noviembre del 55 en la fría y rural, por entonces, Bogotá. No fue estudiante avanzado, pero gustó de la historia, el inglés y, sin saberlo, la literatura, pues desde niño escribía sin mayores pretensiones. Con los años, sus principales temas los vivió en el Ejército y en las cárceles, donde trabajó más de treinta años, y tal vez por eso los describe con el alma en sus escritos. La Escuela Virtual, a la que le invitó un amigo, le mostró distintos caminos para crear y para que uno de sus relatos se conociera.

CARTA AL AYER

Por Enrique Álvaro González

Hoy decidí escribirte, aunque no sé dónde estás. Ni siquiera sé si aún estás, pero tengo la seguridad de que si no caminaras en este mundo, que compartimos juntos hace ya casi cincuenta años, mi corazón ya lo hubiera notado. Eso significa que puedo recordarte con la ilusión de que el viento te llevará estos recuerdos convertidos en literatura.

Eran los comienzos de aquella década de los años setenta en que mi búsqueda de oportunidades laborales encontró una opción entre los mensajeros de una agencia de viajes. ¡Cómo es la vida!, es la única forma que se me ocurre de expresarlo y creo que no hay otra. Eras mi jefe, ¿cómo pasó?, ¿cómo fue posible que una dama como tú se enamorara de alguien como yo?

La respuesta nunca me la diste, pero sí me demostraste que tu sentimiento era real, sincero y tan fuerte, que los cinco años del idilio se encargaron de demostrármelo.

Lamentablemente, yo era un adolescente con ínfulas de hombre, que apenas abría sus brazos para acaparar ese mundo lleno de experiencias, barreras y caminos en los que comencé a caminar llevado por tu mano amiga, amante y docente.

El día que lo supe, durante un almuerzo de amigos en que me dijiste trémula lo que sentías, esa inexperiencia me jugó la peor de las pasadas. Lo imposible de imaginar siquiera nuestra relación solo me permitía admirarte como una joya con la que solo podemos hacer eso, admirarla, sin el menor indicio de que pretendamos tenerla. Estabas tan lejos para mí, eras tan diferente, que a lo mejor fue por eso por lo que mis nervios se manifestaron en una risa absurda y totalmente fuera de lugar.

Cuando quise disculparme con esos argumentos de diferencia social, tu respuesta marcó el camino que iba a seguir lo nuestro:

—La diferencia solo existe para ti, porque yo te veo y te siento igual a mí —no solo dijiste, sino que lo demostraste, como siempre fue desde entonces con un beso, una caricia o un regalo como el de aquel primer día.

Los primeros meses fueron sublimes. El amor entró a raudales en nuestra vida, pero debo reconocer que mucho más de parte tuya. Desafortunadamente, yo me limité a dejarme

querer, a disfrutar una dama de tu alcurnia dispuesta a conceder el más mínimo de mis deseos y a aprender con avidez el arte de la educación social, en lo cual tuve que enfrentar algunos osos, bien pero bien peludos y penosos.

¿Recuerdas, por ejemplo, las primeras clases de tuteo?, ¿recuerdas que acordamos quedarme callado en público hasta que aprendiera?

Era obvio ese silencio porque con ello evitábamos mis: ¿a usted te gusta eso?, ¿quieres que yo la llame?, y tantas otras frases que me enseñaste a pulir con el ejercicio de escribir cartas usando el tuteo o las charlas en las que me obligabas a tutearte sin la pena que me impedía hacerlo, hasta que pasados unos meses lo aprendí a hablar con soltura.

¿Y las clases de protocolo en la mesa? Recuerdo que debía esperar a que tú tomaras el cubierto con el cual se partía el bizcocho, allá en el salón de té cercano al hotel Tequendama donde me pusiste la prueba de fuego, que gracias a Dios pasé.

Fueron muchas cosas las que me enseñaste, con el amor propio de una mujer que ama y entrega todo por el bien de su amado. Porque lo entregaste todo. Abandonaste gran parte de tus deberes por seguirme en un juego peligroso en el que, al fin y al cabo, juntos salimos perdedores, pero más tú que yo, que solo vine a saber que te quería, cuando mis actuaciones egoístas y de niño consentido, ya habían echado por tierra todos tus buenos deseos.

Fui buen alumno en todo, menos en el amor. ¡Qué lástima!, porque, precisamente porque todo en el mundo se oponía a nuestra relación, como mínimo debí haberte dejado un recuerdo tan hermoso como el que me dejaste tú a mí y creo que más bien hice méritos para que ese recuerdo sea el peor.

Por eso hoy, cuando he decidido escribirle a ese ayer de amor, pasión y locura que viví en tus brazos, espero que mi recuerdo no te genere arrepentimientos y que las amarguras a las que te sometí en mi ignorancia, por el amor que me profesaste, no tengan cabida en ti porque me hayas perdonado.

Compartimos viajes, estudio, música, locuras jóvenes para mí, que fueron atrevimientos para ti, en los que jugabas a complacerme, a sentir mi pasión juvenil, mi fuerza, y a perderte conmigo en las aguas oníricas de la entrega en lugares tan disímiles como nuestra pasión los encontrara.

Hasta que la traición se hizo presente.

Fui un inconsciente, un iluso convencido de que tu amor perdonaría todo y, en efecto, perdonaste muchos de mis errores, inclusive el de tener otras novias, para hacerme entender que mi futuro no estaba a tu lado. Hasta tu martirio estabas dispuesta a darme, para que siguiera el mejor camino.

Pero lo que no lograste asimilar, porque a lo mejor también me lo perdonaste, fue que una de aquellas novias me dijera un día que estaba embarazada.

—Ella te puede dar lo que yo jamás podría —fue tu argumento—. Ella no es casada ni tiene hijos que le reprochen una partida contigo. Es tan joven como tú, tiene tanto futuro como tú y yo lo único que hago es estorbar tu camino.

Y te fuiste.

Unos meses después, regresaste para despedirme porque ante tu abandono tomé las rutas del alcohol y otros vicios, me enfrenté a la noche con todos sus recovecos y asuntos turbios en busca de ti, de alguien como tú para suplirte, pero en esa búsqueda toqué fondo y, por último, decidí enlistarme en las filas de la guerra.

Esa guerra fraternal que por tantos años ha vapuleado a nuestro país, en la que el Ejército Nacional me recibió un noviembre de 1978, mes y medio antes de que el M-19 se robara cinco mil armas del grupo militar situado frente a la unidad en la que yo apenas era un recluta.

Pasados los años, una casualidad volvió a reunirnos y compartimos una cerveza. Inevitable retomar los besos que se habían quedado inconclusos, recordar osos, locuras e historias en las que te enteraste de que el embarazo aquel había sido psicológico, pero, para entonces, ya sabíamos que cada uno había tomado su propio camino.

Que solo podríamos hacer lo que hicimos: revivir, recordar, añorar y, de mi parte, decirte lo que jamás te dije durante aquellos cinco años de felicidad. Que, sin darme cuenta, yo te había amado con toda mi alma y que comprendía el modo como habías manejado lo nuestro. Es decir, pleno de lo mismo. Amor.

ELVIRA RESTREPO PERDOMO

De la ciudad de Barranquilla recibió su aliento ribereño y espumas marinas hace 63 años, cuando la mujer lograba importantes derechos, lo que le permitió estudiar Ingeniería industrial y laborar por más de 30 años, sin dejar de lado su amor a la lectura. Se enteró por el diario El Tiempo de Historias en Yo Mayor, un programa de valioso contenido literario que de inmediato le despertó su talento narrativo, que no estaba en cuarentena. Compuso sus propias ficciones, matizadas de experiencias y fantasías, las cuales fueron compartidas junto con las del grupo, para deleite y enriquecimiento artístico de todos los integrantes.

UN PRIMER BESO QUE NO FUE GLORIOSO

Por Elvira Restrepo Perdomo

Es posible que jamás acaricies mi alma, Hechizo de Amor, y no sabes cuánto lo vamos a lamentar. Te presentí desde niña, en la cancha de arena del barrio populoso donde vivía, cuando vislumbraba la silueta de Felipe, un jovencito de 12 años, que celebraba victoriosos los goles de su equipo en medio de la histeria del público. Era el delantero que lo daba todo por introducir la pequeña pelota de trapo en el arco contrario, y yo, desde lejos, entre las barras bravas, sentía una atracción, una sutil descarga eléctrica, que recorría mi cuerpo como una culebrilla. Tal vez y, desde esa época, imaginaba la escalera que me llevaría a tu paraíso celestial y que osaba visitar en mis sueños adolescentes, mientras tú te escabullías, como los pájaros en medio de una tormenta, sin poderte alcanzar.

Después, los arcos voltaicos en mi espalda se hicieron más frecuentes en los recovecos de la secundaria; me atraían los cabellos ensortijados de Dalmiro, los ojos constelados de Richi, los muslos fornidos de Édgar, que encestaban el triunfo en básquetbol, y la indiferencia de Federico, que solo miraba los pechos turgentes de la enigmática Ilse Castro.

Y yo trazaba incontables libretos, que protagonizaba con esos personajes de mi curso; y eran mi materia prima: las fotonovelas, los paquitos y los enlatados de Corín Tellado, que devoraba en las noches, a escondida de mis padres, esperando, como Penélope griega, la llegada del amor.

También escuchaba fábulas románticas de mis íntimas amigas mientras yacíamos bajo los ramajes florecidos de palos de matarratón, ocultándonos del sol tirano del Caribe durante los recreos. Ellas verbalizaban imágenes sensuales, que no sabía si eran realidades o fantasías propias de las hormonas desbocadas de la juventud. Según los relatos, algunas alumnas, “las voluminosas”, se escapaban los domingos en glamorosas pintas de hippies: falditas cortas, botas rockeras, collares y boinas, a las funciones vespertinas de películas del oeste americano, para encontrarse con sus novios. Y según los relatos, mientras los tiroteos en los filmes acaparaban la atención de los presentes, ellas aprendían las delicias del sexo: lenguas entrelazadas merodeando bocas con sabor a menta, manos que recorrían las concavidades del cuerpo y dedos que se deslizaban por colinas virginales.

En el último grado de secundaria, sin haber gozado del famoso primer beso clásico, obsesionada por ascender en la escala del amor y sin medir las consecuencias que este dislate me traería, le pedí a mi amigo Dalmiro, en quien confiaba, ese primer beso, tal cual él se lo daría a su enamorada. Lo planeamos rigurosamente; por comodidad, escogimos el colegio, definimos las reglas del juego, qué estaría permitido y hasta dónde podría llegar el toqueteo y, en especial, que aquella tarea extracurricular sería para nosotros un secreto de Estado.

Aprovechamos una mañana de festejo religioso, cuando el alumnado estaba congregado en el templo. Tan pronto culminó el evento, nos apartamos del grupo y nos dirigimos al gimnasio de vóleibol. Entramos seguros de que estaba vacío; por lo menos, eso creímos. Era una aventura riesgosa, si fuésemos sorprendidos en flagrancia, seríamos expulsados del colegio. Dalmiro me tomó por los hombros, como un jaguar a su presa, me abrazó con brusquedad y apoyó sus labios contra los míos. En principio, me asombré por su ímpetu, jamás me había manifestado ningún deseo; siguió apretándome más, como para ahorcarme, y allí comencé a arrepentirme. Así no lo habíamos acordado; ni corto ni perezoso, me arrinconó contra la pared y, no conforme, violó el pacto cuando su lengua fría —recién había sorbido un helado de tamarindo—, empujó con ansias mi paladar. Tal fue mi enfado por su desfachatez, que me separé de él con furia y vergüenza, quise gritarle y no pude hablar, no me atreví ni a mirarlo. Él me decía que me calmara, que no era para tanto, que había sido un delicioso devaneo. Y yo sentía, impregnado en mi rostro, un almizcle rancio que deseaba esfumar con agua y jabón; intenté salir del recinto, cuando casi muerta de pánico me topé de frente con el profesor Fermín Pimienta, que entraba distraído y, al vernos, nos increpó con su voz de trueno:

—Y ustedes, ¿qué hacen aquí solos cuando ya todo el mundo se fue a su casa?

Dalmiro reaccionó de inmediato y le respondió:

—Profe, nosotros ya nos íbamos y quise mostrarle a mi amiga la nueva cancha de vóleibol.

Nos miró con dureza, no se tragó el cuento y nos amenazó con llevarnos a la rectoría por invadir el área deportiva en horas no autorizadas. Fueron momentos de máxima tensión que jamás olvidaré, la culpa me asfixiaba; como una película de terror, las imágenes pasaron raudas por mi mente: la mueca acusadora del rector, mi juicio ante el tribunal disciplinario, el castigo de mis padres, los rumores en el salón de clases. Era tal mi desesperación, que hubiera deseado que me tragara la tierra. Finalmente, quizás por mis gestos dolorosos,

aceptó nuestros descargos de mala gana.

La experiencia traumática me desligó del tema amoroso hasta mi graduación. Emocionalmente, estaba aturdida y afectada, fui blanco de burlas y preguntas indiscretas de algunos compañeros, por las infidencias de Dalmiro, a quien desprecié por su felonía.

Sin embargo, la vida me tenía reservada otra sorpresa. Ocurrió el primer día de clases en la universidad, cuando un destello iluminó mis sentidos. Estaba sentada en el salón, junto al pasillo, y vi a Lizardo que pasaba de largo; era un morenazo de bigotes, alto y acuerpado, ojos color de miel y fue su mirada ese beso tibio que recorrió mis entrañas. Pronto me enteré de la existencia de su novia, Fabiola, y, a pesar de este impase, me embarqué en la conquista de aquel imposible, que terminó cuando Lizardo fue retirado del programa por bajo rendimiento. Lloré amargamente su temprana partida, mi primera ilusión había naufragado sin que hubiera borrado de mis labios ese almizcle rancio que aún me atormentaba. Dos años después vi en el periódico el anuncio de su matrimonio con Fabiola. Me preguntaba una y mil veces por qué lo había perdido, si era mi anhelo amarlo y ser amada. Pero la vida nos da sus respuestas cuando a veces ya no las esperamos. Veinte años más tarde, por casualidad, leí en un periódico la noticia que me paralizó: Lizardo había sido asesinado por paramilitares de los Montes de María cuando estaba en su finca. Y un año más tarde, su esposa corrió la misma suerte, dejando tres hijos huérfanos. Agradecí a Dios sus sabios designios.

Muchos besos he recibido desde entonces, ¡y de qué maneras! Unas veces fueron relámpagos que calcinan; otros, la dulzura de la traición, fugaces y prohibidos como el pecado; pero, jamás, tierno y noble, inventado por mí con la filigrana de mis ensueños, para ese amor incógnito, que impaciente acecha la patria silente de mis fervores.

Han pasado años y aún ondea la esperanza de tocar tus alas, Hechizo de Amor. Sé que existes, pero no llegas y el tiempo es etéreo y apremia. Todavía hay fuego en mis ojos y ansias de amar en mi otoño, recamado de Historias en Yo Mayor, conjuro sagrado de palabras que nos atrevemos a contar, con los susurros del viento y los cascabeles de las hojas al caer.

KATIKA DE ESTRADA

Escritora cachaca y viajera de corazón. Sus pasiones son las Bellas Artes, la literatura y viajar, conociendo diferentes culturas y paisajes. La escritura y pintura son actualmente su proyecto de vida. Estudió Administración de Empresas e Idiomas y se especializó en Marketing y Comunicaciones. Descubrió la Escuela Virtual en el periódico El Tiempo, la cual ha significado para ella: resiliencia, transformación y persistencia. El género romántico la inspiró para escribir “Regresando al Cielo”, como homenaje póstumo a su amado esposo Alfonso. Con él construyeron una vida y una familia maravillosas con sus dos hijas que han sido su mejor obra de arte, su motor de vida y su inspiración.

REGRESANDO AL CIELO

Por Katika de Estrada

Y, de repente e inesperadamente, escuché un ruido único que atrajo mi atención... El de sus pisadas sonoras, lo que me avisó que venía bajando desde lo más alto de una escalera.

Su sonrisa plena, su elegancia e hidalguía, reflejaban su paz interior. No podía creer lo que estaba viendo: ¡Dios me lo había prestado por unos instantes y a la vez por una eternidad! Él había sido el mejor regalo que Dios me había otorgado en la vida: mi amado esposo Alfonso.

Venía caminando hacia mí dentro de una neblina, quedando muy impactada en el sofá mientras veía atónita al amor de mi vida y mi alma gemela, quien había partido súbitamente y sin avisar, atendiendo el llamado de Dios. Se me acercó lentamente y se sentó a mi izquierda, me miró con esos profundos ojos verdes y su sonrisa plena; en silencio me abrazó fuertemente por un rato, compartiendo generosamente su amor, su protección y su ternura.

Levantó mi cara con sus manos y me dio un beso estremecedor, el más profundo de todos los que había recibido en los 27 años de feliz matrimonio, pues siempre había compartido conmigo su amor puro y perfecto. Me volvió a abrazar y con sus manos sostuvo mi cabeza mientras acariciaba mi rostro, dejándome apreciar nuevamente sus profundos sentimientos.

Luego de un rato, se levantó lentamente, sonriente y pleno; de pronto inició su regreso muy cerca de Dios, seguro de haberme transmitido en mi corazón y mi alma su mensaje de amor. Éste fue claro: que yo tuviera fe y confiara en que todo va a estar bien, y que continúe apoyando a nuestras hijas Ange y Dany para que sigan logrando sus sueños.

Terminó su estremecedor abrazo y sus caricias en mi rostro, e inició su regreso mirándome profundamente a los ojos y sonriendo complacido de haberme dejado transformada en ese lugar especial en mi interior, recordándome que debía seguir actuando con valentía, sabiduría, fortaleza y alegría.

Nuevamente apareció esa neblina rodeando el camino hasta ver, en el fondo, una luz blanca que lo llevaría al infinito y más allá, la cual lo protegía hasta terminar su ascenso por la escalera de la vida... ¡Regresando al cielo!

Siempre tuya,
Katika de Estrada

JORGE ENRIQUE LÓPEZ

El autor empezó a amar en Bogotá, el 4 de marzo de 1951, día de San Casimiro. Estudió Administración Pública en la ESAP y obtuvo “Maestrías” en las cárceles del INPEC: “Violentología” y “Deshumanización Integral I y II”. Conoció la miseria humana y en una celda estaba el amor. Con 69 años y operaciones de cataratas, lo alcanzó a ver. Casi no lo mira, como su santo. El amor es una galaxia, y en ese inmenso espacio de la escritura, con su “Profe” Mauricio y sus compañeros de Historias en Yo Mayor, el amor nuevamente aparece en este bello libro.

LAS GALAXIAS DEL AMOR

Por Jorge López

“Lo gracioso es que estando afuera de prisión era un hombre honrado, recto como una flecha. Tuve que entrar en prisión para convertirme en un criminal”,

Tim Robbins

Empiezo a calcular los días, las horas y hasta los minutos que restan para tenerla frente a mí; besarla con pasión y empezar a quitarle sus zapatos, su blusita, su blue jean. ¡Cómo me gusta verla en ropa interior! Con su brassier blanco y esa tanguita amarilla. Sé perfectamente que son muy escasos los segundos que la veo así porque, rápidamente, termino de desnudarla. Entonces, miro sus ojos negros y me pierdo entre su cuerpo, como pretendiendo esconderme de este infierno, así sea por unos breves minutos. Yo sé que ella también me quiere sacar de aquí entre su propio cuerpo, que no bastan ni mi loción ni mis olores íntimos, que serán breves recuerdos para ella cuando se bañe o se marche. Queremos estar juntos los dos, pero no por un momento, sino por toda la vida y lejos de este maldito infierno. Que el tiempo se muera de envidia por nuestro amor que no cesa ni termina, sino que crece y se transforma cuando estoy con ella. Cada beso es nuevo y diferente. Cada vez que hacemos el amor comenzamos de nuevo como el primer día, porque nuestro amor es un precioso jardín que los dos cultivamos y regamos con abrazos y caricias.

Con solo pensar en ella y que muy pronto estará aquí, todo se me olvida. Hasta el infierno en que vivo. Llevo tres años en esta maldita celda, repitiendo todos los días la misma vaina, haciendo lo mejor para que ella se sienta bien. Ofreciéndole una vieja y rota colchoneta con manchas de nuestro amor; cubriéndola con una sábana desgastada y secándole su lindo cuerpo con mi eterna y descolorida toalla; rogándole a mi compañero que no nos mire ni nos interrumpa; guardándole un vasadito de limonada para que refresque sus labios después del

amor y regalándole una de mis tarjetas “hechizas”, con las que me gano la vida aquí dentro. La del domingo tiene un significado muy especial: estamos de aniversario. Son cinco años de amor continuo y le hice un cinco con un montón de margaritas. Ella dice que mis margaritas son únicas: una ramita verde, el centro rojo y las hojitas amarillas. Una vez, cuando terminé de amarla, le pinté una margarita en su nalguita derecha.

Me conseguí una vela aromatizante. Me dijeron que su aroma es de rosas. Aún no tengo los fósforos. Pegué también en la pared tres afiches y cinco tarjeticas que ella me regaló y que aún conservo intactas, a pesar de tantas rascadas.

Casi que todo lo tengo listo, pero hasta ahora es martes y me queda toda la semana para inventarme otros detalles que sé le encantarán a ella. Apago la luz y le doy las buenas noches a mi compañero, pero no me responde. Otra noche en el infierno, pero pensando en ella. Antes de cerrar mis ojos, miro por la ventanita y allí está ella. Sí, ella. Una estrella que los dos alguna noche miramos cogidos de las manos. El domingo veré con ella todas las galaxias cuando me mire en sus lindos ojos negros.

INÉS ELVIRA RIVAS

Nació en la generación del sándwich. Con los hippies, rompió el tabú y, entre polvo y polvo, los sentimientos de culpa se fueron al basurero. A esta ratita de biblioteca le fascinaba la literatura. Por consejo materno, que agradece, estudió diseño gráfico. Ahora se dedica a los divinos ocios y goza sus talleres literarios. Uno de sus cuentos ganó el IV Concurso Nacional: Historias en Yo Mayor. Vivió en Bogotá, Londres, México, San Salvador y Guatemala. De tanto camellar, montó en camello... y llegó hasta China. Ahora escribe en Cali, tratando de perder su acento cachaco, ala.

¡ÉBANO VIVO!

Por Inés Elvira Rivas

Te vi venir magnífico y erguido,
desnudo, deslumbrante y poderoso
como estatua de ébano vibrante,
con las formas moldeadas de un coloso,
cobrando vida para así buscarme.

Te vi abrazarme con tus brazos largos
que me envolvieron toda, sin hablarme,
como si no creyeras encontrarme.

Tus ojos encendidos
con luz luciferina me deseaban y así me desnudaban,
como si fuera fruta apetitosa
que calmara tus ansias tan golosas...

Tus dedos sabios
mi cuerpo vulnerable recorrían, descubriendo lugares fascinantes,
y arrancaban con ganas mis gemidos
mientras se aceleraban mis latidos.

Tus labios succulentos,
cual banquete de reyes, se ofrecían a mis sedientos labios que se abrían.
No pude contenerme
y me rendí a tu abrazo delirante.

Tu espada altiva
se enterró en mis entrañas, arrogante, convirtiendo mi amor en remolinos,

turbulencia de gozos y de llantos,
rindiéndome al poder avasallante.

Los gozos se anidaron en mi alma;
los llantos surgen hoy, cuando recuerdo
aquellos días lejanos y sin calma.

ASÍ CRECIMOS



Termina la segunda semana del Heptamerón y comienza la tercera en la cual, bajo el reinado de la infancia, las personas mayores comparten la historia de su crianza. A manos de su madre (y arrepentido) Fernando recibe su primer castigo; mientras tanto, Aldo y sus compañeros de clase son reprendidos por una travesura que no cometieron y Gloria descubre que no existe mejor remedio para las pilatunas que el amor de su abuela. Lulú, la muñeca, se convierte en el tesoro más preciado de la familia López justo cuando Luis consigue, tras mucho esfuerzo y trabajos, saciar su apetito en el restaurante Pasapoga. Finalmente, Uriel, desde Quindío, narra la historia de un encierro que casi le cuesta la vida y Juan la recupera dentro del buche de una vaca.

FERNANDOETERNO

Oriundo de Tibirita, Cundinamarca, con raíces paternas de Circasia (Quindío). Gracias a su profesión de Ingeniero Catastral y Geodesta fue funcionario del Instituto Geográfico Agustín Codazzi durante décadas. Conoció la verdadera Colombia por más de 800 municipios. En sus viajes descubrió vivencias y matices que enriquecen las historias que ahora escribe. Su formación literaria se remonta a tertulias, conversatorios y a su padre Mario, quien decía que cada palabra es un cuento; por ello, a partir de 2017, se animó a escribirlos. Historias En Yo Mayor fue su primer colegio, donde fue finalista en la sexta versión, de 2018.

LA PRIMERA MUENDA

Por Fernando eterno

En los albores de 1960 preparaba Emilita, mi madre, la primera comunión de Flor y Olga, dentro de las limitaciones propias de nuestra condición. Ella quería ofrecer una fiesta aprovechando algunas situaciones favorables, como el hecho de que el conjunto que la amenizaría estaba hecha, pues sus cuatro hermanos, Miguel, Juan, Benjamín y Marcos, conformaban un conjunto de música popular llamado “Juan de J. Rojas y su Trío Clijú”, quienes interpretaban canciones famosas del momento como “Inesita” y “Jardinera de Ojos Negros”, de Rómulo Caicedo, cantante ídolo de la década de los 50 y 60, quien aún hoy suena con otro tipo de canciones. También el sastre era nuestro. Sí, en la casa de inquilinato donde vivíamos también vivía doña Gregoria, hábil lavadora de overoles para los obreros que trabajaban en las estaciones de servicio de gasolina de la Esso, la más reconocida de Bogotá en esa época.

Con unos cuantos meses de anticipación a la celebración de la fiesta, entramos a una pieza oscura que no tenía ventanas y en la que siempre estaba la luz prendida; en ella vivía doña Gregoria con su hijo, el sastre, quien era muy cotizado en el barrio Puente Aranda. Un hombre relativamente joven que hablaba poco, pero trabajaba todo el tiempo. Nos tomó las medidas a Gustavo y a mí. El vestido escogido era de paño gris con pantalón corto y chaleco, complementado con calzonarias, camisa blanca y corbatín, esa era la moda. Mi madre había decidido desde años atrás que nos vestiría igual, primero por el gran parecido físico y, segundo, porque se facilitaba que fueran los mismos materiales de confección y, además, resultaba más barato.

Días antes de celebrarse semejante acontecimiento ocurrió una de las anécdotas que conservo aún muy clara en mi memoria porque marcó parte de mi conducta en la vida. Era una tarde de fin de semana y Emilita había salido con las niñas a hacer las últimas compras para la fiesta, dejándonos a Gustavo y a mí en la pieza haciendo oficio.

En la soledad de la infancia y aburridos por no saber qué hacer, mi mirada llegó a la ventana que daba con el lavadero. Sobre el marco había una piedra de machucar jabón que pisaba un provocativo billete de 50 centavos. Movidito por la inquietud de la infancia, por la pobreza, por

la falta de emociones, atiné a pensar rápidamente lo feliz que me haría ese billetico. Pero no fui egoísta ni en el delito ni en el placer. Siendo hermano mayor, convencí al otro para que lo trajera y me lo entregara, que yo lo manejaría. La verdad que fue difícil llegar al acto y hoy a mis años me parecería un orgasmo de miedo volver a hacerlo. Cuando tuve el billete en las manos, invité a Gustavo a comer panelitas de leche que eran una verdadera delicia. Fueron tantas, que no habíamos terminado ni las panelitas ni el billete cuando nos dieron ganas de ir al baño y, como en ese tiempo no era censurable hacerlo en un potrero, primero porque en la ciudad no había tanta gente y segundo porque niños haciendo sus necesidades en la calle no era grosería, nos dirigimos al más cercano. Estando acurrucados en la obra final de los cincuenta centavos y en los desechos de las panelitas que nos aflojaron el estómago, observé a lo lejos las tres imágenes de mi madre y mis hermanas que me aterrorizaron y que, si no hubiera sido porque ya las panelitas habían causado su efecto, me hubiera hecho en los pantalones a causa del susto. Las dejamos que entraran primero y cuando nosotros lo hicimos estaba el escándalo del robo del billete. Ya éramos sindicados, alguien nos había visto. No supimos robar. La lección fue de por vida.

Cuando Emilita confirmó nuestra culpa, nos desnudó completamente, tomo el cinturón en sus manos y delante de los que nos habían visto y demás espectadores no agotó esfuerzos para azotarnos. Luego de ese severo castigo, nos metió en la alberca, que era más profunda que nuestra estatura; si no hubiera sido por doña Gregoria, que fue nuestra acusadora y nuestra salvadora, a lo mejor hubiera aprendido a hacer burbujas o a flotar en una alberca de cemento. Sí, ella nos delató y nos salvó con sus ruegos, para que terminara la muenda. Sin embargo, nos dejaron castigados un buen rato dentro de la alberca, aferrados con nuestras manos al borde del estanque. Hicimos y aprendimos lo que seguramente han hecho alguna vez todos los terrenales: hurtar y arrepentirse. Fue la primera gran lección de mi vida.

ALDO FORERO GÓNGORA

Desde que tiene uso de razón, el autor de este cuento, bogotano de 67 años, ha mostrado interés por la literatura. Ingeniero electrónico, decidió internarse en el campo cultural después de bajar el ritmo en su actividad profesional. Desde entonces, enriquece sus días en talleres literarios y cursos de historia universal y del arte. Motivado por diferentes actores, como la Fundación Fahrenheit 451, en 2014 incursionó en la escritura creativa y participó por primera vez en el proyecto de Historias en Yo Mayor. Con sus cuentos y relatos pretende liberar fantasmas y suscitar reflexiones sobre la condición humana.

JUSTOS POR PECADORES

Por Aldo Forero Góngora

Como de costumbre, a la hora del recreo, algunos compañeros de curso disfrutábamos del sol de la mañana en el patio principal del colegio, mientras los aficionados al básquetbol corrían a la cancha múltiple. En nuestro patio era común encontrar jugadores de canicas en una zona, practicantes de banquitas hacia el centro, charlatanes compulsivos dispersos por doquier y, en algún rincón, los más tímidos, aquellos que no se sentían atraídos por los pasatiempos de los demás.

Curiosamente, el enano Molina se había convertido en una especie de líder, tal vez por su osadía al proponer y emprender faenas riesgosas, a las que se unían otros amigos de la diversión a costa del prójimo. Desde hacía un tiempo, se había obsesionado con la idea de manejar el Volkswagen del profesor Gómez, titular de las cátedras de Historia y Geografía, y, quizás, el único docente que se daba el lujo de llegar en su carro, color beige, modelo 1954, y parquearlo en el patio de buses, en una leve pendiente. Su incursión comenzó el día que descubrió que el profesor dejaba sin llave la puerta del conductor, lo que le permitió maniobrar el vehículo en neutro, pendiente abajo, luego de lo cual con la ayuda de sus cómplices amigos lo empujaban al sitio original de parqueo. Así, todos pudieron experimentar frente al timón la emoción de la descolgada hacia el centro del parqueadero. Por casualidad, una mañana de ventarrones los pillé en plena acción, cuando me había desplazado al patio de buses para resguardarme y dedicarme en silencio a repasar los apuntes de Historia, pues se acercaban las evaluaciones del mes. Por supuesto, quedé tramado por su arrojo y prometí quedarme callado.

Una tarde, víspera de la celebración de la fiesta del santo patrón de la institución, el profesor Gómez entró con cara de disgusto a nuestro salón de clase. Se retiró el ajado abrigo negro y lo soltó con fuerza sobre la silla del maestro. A continuación, se limpió la frente con un pañuelo arrugado que sacó del bolsillo derecho del saco, se ajustó sus gruesas gafas de carey, se arregló la delgada corbata de color gris perla, encendió su primer cigarrillo de esta hora y, sin mediar explicación alguna, nos advirtió que el prefecto de disciplina ya estaba enterado de lo que había sucedido y vendría en unos minutos a conversar con el grupo. De mi

parte, no sabía de qué estaba hablando. En las últimas filas del recinto se oían murmullos y risas entrecortadas.

—Buenas tardes, señores de cuarto de bachillerato. ¿Quisiera saber quiénes fueron los responsables de esta fechoría? —se apresuró a preguntar el prefecto de disciplina con cara de enojo. Yo seguía sin entender de qué hablaba—. Ojalá tengan la valentía de ponerse de pie y responder por sus actos.

—Prefecto, disculpe. ¿A qué fechoría se refiere? —me atreví a preguntar.

—Algunos de ustedes movieron el carro del profesor Gómez de su habitual sitio de parqueo al corredor de entrada al edificio de salones —manifestó frunciendo el ceño—. ¿Los culpables de esta desafortunada acción consideran que tienen la potestad de hacer lo que les da la gana? —alzó el tono de voz y concluyó de forma contundente—. Esto no se queda así. Espero nombres. Hablen o aténganse a las consecuencias.

El salón permanecía en silencio. Nadie abrió la boca. El profesor Gómez, nervioso y pasando de nuevo el pañuelo por la frente, se movía por las filas laterales del salón. Fiel a sus manías de siempre, descargaba uno que otro coscorrón sobre la cabeza de los estudiantes que encontraba a su paso.

—Pues bien. Como nadie quiere hablar, solicito que los alumnos Molina, Santacruz y Pérez me acompañen al salón de profesores. ¡Ah! También usted, Romero, como representante estudiantil —a continuación, el prefecto se retiró, y lo seguimos.

En mi calidad de representante estudiantil debía servir como testigo en los interrogatorios que se practicarían. El prefecto interrogó por separado a los tres estudiantes seleccionados al azar —eso pensaba yo, pero el prefecto sabía algo más—. Esperaba llegar a descubrir a los responsables de la falta. Molina admitió que se había subido varias veces al automóvil, pero que no tenía idea del movimiento al corredor. Santacruz y Pérez adornaron sus respuestas para justificar que ese día habían participado en juegos en el patio principal y que tenían pruebas para comprobar lo que decían. Por mi parte, observé perplejo la madurez con que los compañeros afrontaron el cara a cara, pues nunca se descompusieron y negaron la acusación, con un convencimiento que descrestaría al más hábil de los mentirosos.

El prefecto se rindió ante las pocas evidencias que tenía de la participación de estos alumnos, cortó con la improvisada reunión y nos invitó al salón de clases. Exaltado y

manoteando la mesa del profesor exclamó:

—Como no aparecieron los autores de tan lamentable acción, me temo que debo aplicar un castigo colectivo, porque también son culpables los que omiten declarar lo que conocen de este asunto. Sin embargo, no quiero pecar de injusto. Por eso, solo serán objeto de la sanción la mitad de los estudiantes del curso, es decir, aquellos cuyo apellido empieza por las letras de la M a la Z.

El día de la fiesta del colegio, mientras se desarrollaba un programa de múltiples actividades lúdicas, veinte compañeros del curso fuimos confinados en la biblioteca para revisar diferentes fuentes bibliográficas sobre el tema de la mentira y presentar un corto ensayo al final de la jornada.

GLORIA ISMENIA SUÁREZ

Bogotana, nacida el 21 de julio de 1949, estudió Diseño y Patronaje Industrial, profesión a la que dedicó parte de su vida, alternando con su pasión y gusto por la lectura de los clásicos. Otra de sus pasiones, la escritura, la llevó a ser Miembro Fundadora del Taller Literario Renata/Quindío, Ministerio de Cultura, en el 2006, donde ha perfeccionado su estilo narrativo. Desde 2013 mantiene vínculos con Historias en Yo Mayor, por lo cual fue invitada a la Escuela Virtual de 'La creatividad no está en cuarentena'. Este ejercicio, afirma, le ha significado evocar épocas felices de su infancia, sensaciones que volvió a sentir a través de la pluma.

PILATUNAS ESMALTADAS

Por Gloria Ismenia Suárez Navarrete

Recuerdo mi casa de cuando era pequeña, en la que mi abuela fue excelente en su cariño hacia mí. Yo observaba que a los mayores de la casa les servían el café o chocolate en pocillos de porcelana y a nosotros los pequeños, en pocillos esmaltados, porque mi abuela decía que en algún momento los dejaríamos caer. Se entiende que a estos pocillos se les podía saltar el esmalte, pero realmente no se rompían. Aún existen en el mercado.

Yo siempre quería todo como los grandes. Un día, la comadre de mi abuela le preguntó que si permitía que yo la acompañara a entregar una costura. A ella le gustaba que sus clientas conocieran a algunas de las nietas de su comadre, ya que nos quería mucho y consideraba que éramos lindas y juiciosas.

¡Ja... a quién van a llevar a donde doña Leo!, pues a Glorita. Está bien, vayan.

Cuando regresamos, me dice mi abuelita en la cocina: “Te dejé tu chocolate servido para que se te enfríe con tiempo”. Entré a la cocina y pensé: “Esta es mi oportunidad de tomar mi chocolate en pocillo de porcelana”. Coloqué una butaca para alcanzar donde estaba la loza y tomé un pocillo de porcelana, me serví en él mi chocolate y lo acompañé con pan francés. Para que mi abuela no se diera cuenta, me apresuré a lavar el pocillo de porcelana, con tan mala suerte que, por el afán, lo golpeé con la llave del lavaplatos. En ese tiempo eran llaves grandes, fuertes e incómodas. El pocillo se desportilló.

El susto mío fue grande al pensar en el regaño y la vergüenza de haber desobedecido. Mi abuelita no se merecía eso, ella me consentía mucho. En fin... esa noche no pude dormir. Pensaba cómo iba a conseguir un pocillo de esos, si era de la vajilla antigua de la abuela, que le había traído el abuelo de su nativa España.

Pensé en varias cosas, entre ellas desaparecer el pocillo, pero no, eso no era bueno.

Así, me levanté por la mañana y mi abuela se extrañó de verme tan temprano en la cocina y me preguntó: “¿Qué haces a estas horas por acá?, ¿qué te pasa?”.

“Ay, abuelita, es que te quiero decir una cosa”.

Ella no me prestó mucha atención en ese momento y, zas, tomó el pocillo para servir el desayuno a mi tío que se iba a trabajar... “Oh... ¿qué pasó con este pocillo?”. Se afaná por un

momento, dejó el pocillo desportillado y cogió otro; sirvió el desayuno y despachó a mi tío con la bendición y la amabilidad de todos los días y yo, ahí... observando y pensando.

“Hoy no tengo tiempo de bañarlos”, dijo mi abuelita. “Te voy a vestir ya que estás aquí y te voy a servir tu desayuno”. Volteó a mirar con preocupación el pocillo, exclamando cariacontecida: “¿¡Qué pudo haber pasado con este pocillo!?”.

“Abuelita, es que yo ayer tomé mi chocolate en ese pocillo y, al lavarlo, se me rompió”. Mi abuelita me miró y me dijo: “Ay, mi niña, ¿y ahora?”. Preocupada y rascándose la cabeza me dijo: “Tranquila, voy tratar de comprarte uno parecido, porque sé que los de peltre no te gustan”.

Gracias a Dios ese era el trato de mi abuela; viuda desde muy joven, dedicada a sus hijos y luego a sus nietos con gran cariño.

En mi niñez nunca supe qué fue una palmada. Siempre nos enseñaron con buenas razones y métodos, y cuando escucho que antiguamente a los niños los golpeaban por todo, me estremezco, pues esa no fue la costumbre en mi familia materna. Hoy, siendo ya abuela, siempre pido a Dios que me permita consentir a mis nietos y darles el amor que recibí.

MARÍA GLADYS LÓPEZ ÁVILA

Desde su nacimiento en Irobá, vereda de Puente Nacional, Santander, la escritora del presente relato buscó su libertad mental, la que vio posible a través de la carrera de Derecho, cuando a los siete años descubrió su pasión al escuchar en el único radio familiar transistor la novela “Sergio Velásquez acusa”. Lo que nunca esperó fue que en su plena madurez se encontraría con un universo de fantásticas posibilidades literarias, llevada de la mano por la maravillosa iniciativa “Historias en Yo Mayor”, creada por las Fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 en el momento más oportuno posible: la pandemia.

LA MUÑECA LULÚ

Por María Gladys López

A mis diez años, mi hermana mayor y yo estudiábamos en la misma escuela primaria en Bogotá; ella en un curso superior. A final de año, en la clausura de curso, hacían la premiación; mi hermana, por su aplicación al estudio, comportamiento, dedicación, buena conducta e izar bandera, recibía premios que yo anhelaba: juguetes, libros y demás cosas entretenidas.

Mientras tanto, yo sacaba buenas notas y era “brillante”, ya que brillaba por mi indisciplina principalmente, lo que hacía que las profesoras no me dieran premios, sino diplomas. Como entendía rápidamente los temas, me sobraba mucho tiempo que utilizaba en hacer reír a mis compañeras con mis comentarios jocosos y monerías. Estos comentarios me merecían el castigo más usual allí: sentar al culpable en una silla de madera muy alta, ubicada al frente de todos y de cara a los estudiantes, para que uno se sintiera avergonzado; pero en mi irreverencia yo aprovechaba esa tarima privilegiada que me ofrecían para distraer desde mejor posición a las demás niñas. Esto obligaba a la profesora a ejercer una mayor represión, que consistía en que yo no estuviera de frente al público, sino de espaldas. Por lo anterior, y por mi imposibilidad de seguir normas, aunque mi rendimiento fuera bueno, no podía izar bandera y no podía recibir regalos y juguetes, como sí los recibía mi hermana, pues las profesoras consideraban que darme regalos sería un mal mensaje para mis compañeras que “sufrían” mis pilatunas que, en últimas, tanto las hacían reír, y por esto, solo me daban diplomas. Yo no apreciaba estas menciones, pues a esa edad prefería juguetes o libros entretenidos. Así llegué a acumular muchos diplomas, pero también mucho inconformismo.

En algún momento le comenté a mi única tía, llamada Leticia, sobre cómo me sentía en cada fin de año escolar, por lo cual, en la siguiente clausura, una vez que recibí mi respectivo cartón, con gran sorpresa vi que ella me entregaba un paquete envuelto en un hermoso papel regalo amarillo con rayas azules y un bonito moño, que abrí con ansiedad. ¡Oh, sorpresa la que encontré dentro!

¡UNA MUÑECA! Es cierto, no era la más linda que había visto, pero me produjo una gran alegría al verla. La llamé Lulú, pues en esa época estaba muy de moda la historieta americana de “La Pequeña Lulú”, a quien se me parecía mucho.

Era de caucho, el pelo solo lo tenía dibujado, toda ella medía como 30 centímetros y portaba un lindo vestido y zapatos blancos, además de unos lindos ojos azules de vidrio que, de tanto jugar con ella, después de mucho tiempo, perdió. Usé mi ingenio y los repuse; sin embargo, los nuevos eran más grandes, lo que le dio una expresión de estar asustada.

Durante mucho tiempo le cosía ropa de diferentes modelos y colores, según me parecía que estaría a la moda. Lo que sí perdió definitivamente fueron sus zapaticos blancos.

Fue mi amiga y compañera inseparable. En mi adolescencia, almacené a Lulú con cariño y algo de nostalgia.

Varios años después, en una de mis frecuentes visitas a mi tía tuve la idea de llevar conmigo a Lulú, a fin de traerle buenos recuerdos. Yo tenía alrededor de 50 y mi tía se encontraba ya en la ancianidad, con su pelo blanco crespo, sentada en un sillón en el que permanecía todo el día, en un profundo mutismo. Luego de un rato, le enseñé la muñeca y le repetí las circunstancias en las que ella me la había regalado. Esto le trajo muy buenos recuerdos y nos reímos mucho, lo que nos hizo pasar un buen rato. Al despedirnos, mi tía quedó con una sonrisa en los labios, lo que para mí fue un nuevo regalo por medio de mi muñeca Lulú.

Hoy que mi tía Leticia ya ha fallecido, miro a Lulú con más cariño todavía.

LUIS EDUARDO GAMA

El autor es bogotano y tiene 68 años; sus pasatiempos son su familia, el trabajo como contador público, la docencia universitaria y el tenis, del que es un gran aficionado. Se convirtió en un escritor a través de una invitación de uno de los profesores. En el espacio “La creatividad no está en cuarentena” conoció personas que tenían el mismo dilema: ¿qué hacer en el confinamiento y salir fortalecido? Su logro más importante fue descubrir que es posible enfrentarse a una hoja en blanco y triunfar, dejando un legado. Y al poner el espejo retrovisor, encontró un interés inusitado por delinear realidades con la palabra.

PASAPOGA

Por Luis Eduardo Gama Díaz

El centro de Bogotá en los años sesenta se distinguía por ser el eje de la actividad económica de la capital del país. Uno de los negocios que existía en ese momento era la sastrería de lujo “London”, situada en la calle dieciséis, abajo de la Carrera Séptima, de propiedad de un desplazado de la violencia de los años cuarenta y cincuenta, quien llegó a Bogotá desde la ciudad de Paipa (Boyacá), y respondía al nombre de Juan. A continuación, les narraré la historia de cuando entré a trabajar allí.

Soy el tercero de cinco hermanos, estudiaba en el Colegio Francisco de Miranda en la jornada diurna; al finalizar el año escolar de 1966, recibí la noticia de que había perdido el primero de bachillerato. En ese momento fue para mí una tragedia casi griega, porque mi padre nos había dicho que si alguno de sus hijos perdía un año, debía ponerse a trabajar para pagar su estudio, y en ese momento él me recordó diciéndome: “Mijo, Dios aprieta pero no ahorca”. La consecuencia de esto fue que dejara de ser un niño estudiante que no se preocupaba sino por desarrollar sus actividades escolares, para convertirme en un niño trabajador desde los 14 años. Por ese detalle, conocí la realidad a la cual se enfrentan muchos niños trabajadores en el mundo, una situación que desconocía hasta ese instante como fue aprender a trabajar como ayudante de sastrería, mensajero y cobrador, entre muchos otros cargos.

Recuerdo que el pago era muy escaso, por varias razones: las penurias económicas propias, los vaivenes de la economía, los ciclos de los mercados y también las desacertadas decisiones tomadas en un momento dado.

También existen recuerdos muy agradables y uno de estos es, precisamente, cuando descubrí el restaurante Pasapoga, que fue mi sueño por mucho tiempo. Un día de quincena recibí mi salario y salí del almacén a buscar dónde almorzar, y yendo por la Carrera Séptima con la Avenida Jiménez, frente a la antigua sede del diario El Tiempo, me tomaron una foto instantánea y el fotógrafo me dio un volante para ir a reclamarla. Para mí era una novedad por cuanto nunca había tenido la sensación de ser objeto de ese tipo de fotografías. Con el volante todavía en la mano, me dirigí a la sede de la fotografía, para averiguar cómo era el

proceso para que me dieran mi tan anhelada foto. Quedaba en la Carrera Séptima, entre la calle doce y trece, en un pasaje que estaba rodeado de sastrerías, zapaterías y almacenes de ropa para hombre. El dependiente me explicó que debería volver en unos cinco días porque era necesario procesarla y tenerla lista, pregunté si debía pagarla anticipadamente o cuando la entregaran, me notificó que cuando la reclamara y, además, que si quería la recibía o no.

Al salir a la calle y mirar al fondo del pasaje, volví a ver el restaurante Pasapoga. Digo “volví a ver”, ya que yo pasaba casi todos los días por ese sitio, pero nunca me había atrevido a entrar por lo elegante y fino, y además suponía que era costoso para mis posibilidades económicas.

Después de pensarlo varias veces, tomé la decisión de entrar. Yo era un niño que vestía con un traje de paño, camisa, corbata y zapatos de cuero bien embolados, para no desentonar con la presentación del resto del personal, con el concepto que se tenía en la sastrería de la elegancia para el cliente.

Al llegar a la entrada del restaurante, me encontré que tenía dos puertas de vaivén, eso fue lo primero que me impactó, ¿cómo hacía para entrar si no se tenía timbre o campana para llamar? Por fin salió el portero y me abrió las puertas, me hizo seguir, indicándome que me sentara en unas de las mesas disponibles. Empecé maravillado a escudriñar el interior del local y detallar cada rincón. Un rato después llegó un mesero con la carta y me la entregó, empecé a leerla y a pretender entender los platos ofrecidos, que, en la gran mayoría, me eran desconocidos, cuando ya tenía escogido un plato, revisé la billetera para saber si disponía de los recursos suficientes para pedirlo. Mi elección fue la bandeja Pasapoga, que no sabía qué era, pero por los ingredientes me llamó la atención.

Poco después, el camarero me trajo mi pedido, y resultó ser la tan conocida bandeja paisa con un tamaño casi familiar, y como era tan grande no pude terminar de comerla, el mesero me dijo que podía llevar lo que no me había comido. Me lo entregó en una bolsa plástica en la que, dentro, estaba mi resto de comida en una caja de cartón con el nombre del restaurante.

Salí muy contento y pensé “La fe mueve montañas” por haber disfrutado de un plato tan rico y ser atendido en ese sitio tan deseado. Al llegar al almacén en el que trabajaba, el administrador me dijo que era imposible guardar el almuerzo para el día siguiente, por los olores que podría originar y además no había sitio para dejarlo; entonces, dijo, debía

comérmelo antes de entrar o regalárselo a alguien.

Estando en ese escenario, llegó un cliente muy especial que se estaba esperando desde antes de las once de la mañana. Recibí la orden de traer inmediatamente el terno del taller de refacciones, que quedaba a tres cuadras de distancia. Salí tan rápido como pude y olvidé la caja con mi comida. Me tocó esperar un rato a que terminaran los arreglos requeridos, por fin recibí el traje que estaban reclamando, regresé al almacén a entregar el pedido y, cuando el cliente ya se había ido a gusto con el traje reformado, le pregunté a un compañero sobre mi comida, a lo que me dijo: “Ojos que no ven, corazón que no siente”, porque don Juan la había regalado a un indigente que había pasado. Mi pensamiento solo fue “A mal tiempo, buena cara”.

URIEL QUIROZ CARO

Nace en diciembre 11 de 1946 en el caserío de Córdoba, hoy municipio del Quindío, donde estudió el ciclo de primaria. En 1961, por violencia sectaria de los años 50, se desplaza a Bogotá trabajando en la industria metalmecánica y estudiando bachillerato nocturno hasta 4to grado. Suspendido por problemas de trabajo, regresa al Quindío y se vincula a las tertulias de las bibliotecas como adulto mayor, donde la lectura, escritura y narración son parte de su vida diaria. Se entera del proyecto de las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 con las “Historias en Yo Mayor”, hallando lo que define como su máximo logro.

EL ENCIERRO EN EL CASERÍO DE CÓRDOBA (QUINDÍO)

Por Uriel Quiroz Caro

Preámbulo

En el año 1948, en Bogotá, durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez, fue asesinado el dirigente liberal Jorge Eliecer Gaitán. La violencia sectaria y partidista se extendió por todo el país.

En 1950 llegó al poder Laureano Gómez, político sectario y conservador. Estos dos mandatarios utilizaron tanto a policías como al ejército para cometer actos violentos en contra de sus enemigos políticos.

En el año 1953, con el golpe de Estado, el general Gustavo Rojas Pinilla fue presidente de Colombia. En el Quindío la violencia se hizo notoria, los agentes del Estado y las cuadrillas de pájaros, como Jair Giraldo, Efraín González, Melquisedec Camacho, Polancho y otros sacaban a los campesinos liberales matando o despojando sus tierras para adjudicarlas a sus copartidarios conservadores.

Los propietarios liberales formaron un fondo común y se fueron a Planadas (población del sur del Tolima), donde se encontraba Teófilo Rojas V., ‘Chispas’, a quien le ofrecieron dinero para que los protegiera. Chispas era uno de los bandidos más temibles y sanguinarios de la época.

En 1955 llegó con catorce o quince hombres armados, entraron por el páramo de Chili (parte alta de Pijao), su influencia la hicieron por la parte alta de la cordillera que colinda con el Tolima, desde Calarcá hasta Sevilla (Valle). Todos estos bandidos venían con un mismo prejuicio, “me mataron a mis padres y parte de mi familia, para salvar mi vida me tocó enmontarme”. Los conservadores les decían “los caratejos del Tolima”, los campesinos liberales dirían “si no fuera por Chispas, habría perdido mis propiedades y hasta mi vida”.

El caserío de Córdoba, que pertenecía al municipio de Calarcá, sería testigo de esta violencia sectaria que propiciaban los grupos armados con hechos como incendios, mutilaciones y violaciones a los derechos humanos en todas sus formas, había policía y cura sectario. Mis padres eran los dueños del hotelito del pueblo: Hotel Colombia. Por allí pasaban empleados públicos, profesores, músicos y toreros que animaban las fiestas folclóricas; también,

campesinos atraídos por el auge del café. Era un pueblo cantinero, los fines de semana no se podía dormir por la música y las peleas de las personas embriagadas.

La zona de tolerancia estaba ubicada en medio de un cafetal, allí no iban ni la policía ni los niños por ser un lugar de perdición y peligro. Cuando las mujeres se referían al paradero de sus maridos, decían: “Está en el barrio, en la zona” o las más resentidas, dirían: “en el putiadero”.

El encierro

A finales de noviembre de 1957 (gobierno de la junta militar), en el caserío de Córdoba, en las horas de la mañana, del cuartel salió una patrulla en vigilancia rural. De regreso, entrada la tarde, venían por la carretera que llega al pueblo; cerca de la zona de tolerancia fueron emboscados por una cuadrilla de Chispas, cayeron cinco o seis soldados a quienes despojaron de armas y vestimenta militar, los que aún estaban con vida fueron masacrados a machete. Al escuchar los disparos, un grupo de soldados bajó por las calles empedradas del caserío, pero cuando llegaron solo encontraron un cuadro dantesco de muerte.

Los habitantes, acostumbrados a ver entrar cadáveres de campesinos ajusticiados por los grupos armados, cerraron las puertas de sus viviendas por precaución. Los hechos ocurridos tocaban los cimientos del poblado.

Había entrado la noche. El caserío no contaba con alumbrado público y la planta Pelton que suministraba una tenue luz a los hogares estaba fuera de servicio. Las lámparas de caperuza Coleman, los mecheros y las velas de esperma no fueron prendidas. Los soldados entraban con los cuerpos de sus compañeros asesinados. Ventana que estuviera abierta sería abaleada, perro o gato que se moviera lo ajusticiaban; solo se escuchaba a nuestro ejército vociferar maldiciones contra el atemorizado pueblo. Pasaban las horas y, antes de las cuatro de la mañana, a nombre de la fuerza pública, con estruendosos golpes obligaban a la gente para que abrieran sus puertas y se dirigieran a la plaza central. Persona que por enfermedad o discapacidad no cumpliera la orden la sacaban arrastrada a las empedradas calles, donde era auxiliada por sus vecinos.

Mis padres, con sus seis hijos (la mayor, de trece años y la menor, de brazos) se reunieron con los demás pobladores (tres mil, cinco mil quizás, mis cálculos como niño no son bien

precisos). Separaron a los hombres en la mitad de la plaza; las mujeres y los niños, al frente de la iglesia, que el santo cura sectario había cerrado. Alguien comentó que una señora tuvo proceso de parto en el atrio.

Los niños, inocentes de lo que pasaba, jugábamos con nuestros compañeros, entre ellos un muchacho de unos catorce años, de cuerpo delgado y contextura alta; lo apodábamos ‘vara seca’ o ‘vara de premio’. Un soldado que pasaba entre nosotros lo golpeó con el fusil y le gritó: “¡Usted ya es un hombre!”; le dio una patada y lo empujó al centro de la plaza. Cómo lloraba nuestro compañero; era el llanto de un niño, no de un hombre. Los demás niños, cuando pasaba un soldado cerca, nos agarrábamos atemorizados a las enaguas de nuestras madres para no correr la misma suerte.

Las necesidades fisiológicas se hacían en cualquier rincón del atrio. Los hombres continuaban en la mitad de la plaza. Las horas transcurrían y la situación era más penosa, decirle a nuestras madres aquellas palabras proféticas de ese humilde que sería crucificado, “tengo sed”, era aumentar más su angustia. Las mujeres oraban, pidiendo a un Dios que bajara con su ejército de ángeles en defensa de este pueblo cristiano, pero Dios no existe, los dioses del Olimpo guerreaban por sus congéneres, solo estaban aquellos centuriones para aplicar la ley del Talión: “ojo por ojo, diente por diente”, así fuera con la sangre de un pueblo inocente.

A las cinco de la tarde dejaron salir para sus casas a las mujeres con los niños de brazos; mi madre, con el corazón destrozado, dejaba el resto de sus hijos encargados a sus vecinas; una hora después, el resto de las mujeres y los niños se iban a sus casas.

Los hombres, en la mitad de la plaza, esperaban un desenlace fatal. Se comentaba entre las personas adultas que el pueblo sería incendiado o bombardeado con sus pobladores. Eran casas de madera, guadua y bahareque que facilitaría su destrucción. Para este trabajo el gobierno sectario utilizaba a nuestros “héroes de Corea”, psicópatas que estaban acostumbrados a muerte y destrucción. Ya lo habían hecho en Villa Rica (al sur del Tolima) donde habían bombardeado a las guerrillas comunistas con bombas napalm.

Los olores en la plaza eran insoportables, como en el verso de Luis Vidales: “La ciudad olía a feo”. El ejército trajo una caneca y obligaba al pueblo humillado a recoger la materia fecal con la mano, se lavaban con tierra, no suministraban agua porque se la bebían, eran

animales sentenciados. Esto era un gueto nazi.

El temible juez cincuenta, un sectario, un inquisidor, un maldito, apartaba cinco o siete personas amarradas y vendadas, “un camionado”, decía la gente. Salían con rumbo incierto. Regresó uno, era el jefe del directorio liberal que tenía la representación del expresidente Alberto Lleras Camargo, lo dejarían en la carretera sin dar razón de la suerte de sus compañeros.

Por la voz de Armenia, en un programa noticioso llamado Radio Gaceta se escuchaba una voz clamorosa que resaltaba la humildad del pueblo, su estirpe campesina y el atropello que se estaba cometiendo, y terminaba diciendo: “No los maten, no los maten, el pueblo no tiene la culpa, el pueblo es inocente, no los maten”. Estas peticiones duraron ocho eternos días. Era Celedonio Martínez Acevedo, periodista de profesión, gaitanista por convicción.

Crónicas de la época decían “que hasta este momento era la peor humillación que le hacían a un pueblo”. El clero se pronunció, los estamentos civiles hicieron lo mismo y nuestras fuerzas armadas perdonaron al caserío.

Con la tristeza en el alma esto ocurrió bajo la sombra de nuestros símbolos patrios, la bandera y el escudo. Estupidez de una locura bárbara, que se nutrió de sangre y se alimentó del dolor de los campesinos de Colombia.

Son hechos de los años cincuenta que van quedando en el olvido, pero los recuerdos permanecen, vivir para contarlos.

Pasados sesenta años de estos hechos, el caserío tiene calles pavimentadas, alumbrado público, tiene vías de acceso por varios puntos y es municipio. El clero se ha dedicado a su misión pastoral con errores que lo tienen en un cisma. Nuestra fuerza pública es más técnica, más profesional, se ha despolitizado, pero siguen siendo serviles al gobierno de turno, con actuaciones que son investigadas; nuestros dirigentes políticos corruptos dividen al pueblo y hacen del erario su caja menor.

JUAN DE JESÚS HERRERA

Hace 77 añitos nació en Calarcá, tierra de música y poesía, un niño que gateó, habló y, postadolescente en Bogotá, se hizo militar para caminar el país haciendo la paz. Retirado sin sueldo, pobre, solo pudo estudiar un año en la U.N. Volvió al pueblo, trabajó 25 años en el SENA. Durante 12 años editó el periódico gratuito “La pulga en la oreja” para sus conciudadanos. En 2016 se encontró con el feliz llamado de “Yo Mayor” de Saldarriaga y Fahrenheit. Hoy, con grato hogar, vive, lee, escribe y piensa, confiado en Dios, en el amor de su esposa, hijos y nietos.

EL BUCHE

Por Juan de J. Herrera González

Hace 73 años para no fallar, estaba de cuatro añitos y de excelente salud, pero era magro, nunca me habían visto gordo y, en pretéritas épocas, la salud se medía por la grasa que los niños mostraban. Ese asunto preocupó a mis padres y, lógicamente, a todos los visitantes, familiares, amigos, quienes no se avenían con mi flacura. Se armó el alboroto a pesar de la opinión médica, tan difícil entonces porque los galenos eran cosa de lujo. Por lo anterior, los muchachos de ese antes éramos víctimas sin chistar de toda clase de remedios recetados por cualquiera que llegara a la casa y, de acuerdo con su cercanía, el remedio se hacía. Hinojo, paico, verbena, lengua de suegra, frutillo, agua de cilantro, tomatara y caléndula eran de común toma y dame en casa, con baños y emplastos.

Todo puede admitirse porque parece inofensivo, aun cuando los médicos digan lo contrario, pero, en mi caso, a los cuatro años de edad, la viejita Sixta, lavandera, visitó a mi madre y la convenció de que yo era un niño demasiado flaco, desnutrido y que, de seguir así, sería un pobre “entelerido”. En los tiempos en que la salud era de gordos, mi flacura asustaba a quienes visitaban a mi madre. Doña Sixta, rodeada de “vejestorios”, Blanca, la de la plancha, y Serafina, la del piso, desfilaban a diario por mi casa y el comentario de mi fragilidad corporal hicieron que se buscara un remedio para mi endeble figura, porque no era posible ser tan flacuchento, hijo de una mujer grande, acuerpada y, quién lo creyera, en casa donde sobraba la comida.

A pesar de los consejos médicos, nadie estaba de acuerdo con mi figura esquelética que significaba “raquitismo” como sinónimo de pequeñez física y mental; por tal razón, Doña Sixta impuso su criterio y, con su sanedrín de longevas, urdió el gran remedio que habría de convertirme en un muchachote, grande y gordo.

Se decía que mi mal era frío en los huesos, razón suficiente para hacerme un remedio “para toda la vida”. El aquelarre determinó que todo se arreglaría con la metida en un “buche”, consistente en introducción hasta el cuello en uno de los estómagos (buche) de una vaca que tuviese gran cantidad de “boñiga”.

Comenzó el “viabuches” contactando a un carnicero, y este a uno de los matarifes en el

matadero municipal por los lados de la vereda Santo Domingo. Corría el año 1947, el viaje era a pie, por supuesto; yo iba cargado por ser niño y flaquito.

Este rollo lo cuento porque así me lo contaron quienes asistieron como mirones o allegados de la familia; sin embargo, puedo asegurar que la película se hizo real cuando me introdujeron en el buche. Debí gritar y el terror me hizo recordar como en fotografía. Todavía me veo metido en ese buche de vaca con terrible olor, cerraron el cuero y quedé hasta el cuello por un rato, hasta cuando la voz, ahora salvadora, de Doña Sixta, ordenó que era suficiente. Sacado del oloroso recipiente me bañaron y perdí el recuerdo hasta cuando en familia, para reírse y hacerme *bullying*, me gritaban que me habían metido en un buche lleno de mierda para quitarme lo raquíptico y feo; otros me decían que venía “caga’o” desde chiquito y así sería hasta viejo.

De aquel pasaje solo recuerdo, quién lo creyera, el momento de la metida al buche y mis gritos de terror por tan desagradable tormento que servía para volver a los flacos gordos y, por ese motivo, saludables.

Somos nuestros MITOS y ESPANTOS



Termina la tercera semana del Heptamerón y comienza la cuarta en la cual las personas mayores, bajo el reinado de las leyendas y los espantos, discuten sobre ese inquietante umbral que nos conduce a lo desconocido (el prelude del miedo, en palabras de Bécquer). Juan y sus amigos son rescatados por el hijo de la Madremonte; en tanto, Luis busca la culebra de oro de la laguna de Monserrate e Isidro descubre el negocio del miedo en San Martín de Loba. En la finca La Soledad, el hurto de gallinas da nacimiento al espíritu burlón; mientras tanto, en Bahía Solano enigmáticas gotas de sangre parecen presagiar una tragedia y, años más tarde, Jorge se reencuentra con el fantasma del clóset. Finalmente, tras un alud de tierra en Río Negro, una mujer entrega su último grito y, desde el más allá, Don Ernesto participa en la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor (con la ayuda de su hija).

JUAN JOSÉ BAENA RESTREPO

Luego de dedicar la mayor parte de su existencia al estudio de las leyes, a escribir memoriales pidiendo soluciones judiciales y a construir documentos públicos, ingresó a Yo Mayor, donde redescubrió a sus sesenta y nueve años su gusto por la escritura libre y dejó volar su imaginación, mientras corría hacia atrás con su memoria y destapaba recuerdos sobre hechos que quizás hasta nunca existieron. Nació en Pereira, ciudad de atardeceres resplandecientes, y labora en Puerto López, Meta, tierra de amaneceres con ritmo de joropo.

EL DESCONOCIDO

Por Juan José Baena Restrepo

En el hogar de mis padres, el pesebre era el escenario que permitía la unión de la familia. Reproducía la navidad, el sitio del nacimiento de Jesús, el espacio espiritual donde se iniciaban nuestras creencias. Para mí, el pesebre era la oportunidad de ayudar con su construcción, de salir por el campo a buscar cosas que pudieran servir a ello, el pesebre era una maravillosa disculpa para iniciar una aventura.

Tenía cerca de diez años, vivíamos en la Badea, en las afueras de Pereira, se acercaba la navidad y a mi madre le encantaba hacer pesebres grandes con musgo y realizar arreglos florales con palos raros y raíces.

Al frente de nuestra casa, a lo lejos, se vislumbraba el Alto del Nudo, una gran montaña, en cuya cima se observaba un bosque grande y tupido. El camino para llegar allá era largo, se iba por una carretera angosta, hecha en cascajo, mal tenida, que culminaba varias cuerdas antes del inicio del monte, por la que solo se transitaba a pie, a caballo o en Jeep Willis. Al final de la vía seguía un pastal empinado sin motilar, con un camino que apenas se distinguía, por ausencia de uso.

Por iniciativa propia, convencí a unos niños de mi edad, lugareños de origen campesino, para que fuéramos a la montaña y trajéramos musgo para el pesebre. Nos colocamos un pequeño machete al cinto, nos prepararon unos huevos duros, con carne molida, papa salada, arepa y aguapanela, empacados en un portacomidas y llevamos varios costales vacíos para traer las cosas; arrancamos el viaje a pie en la mañana. La distancia era más larga de lo que creíamos, anduvimos muchísimo rato, por un camino en el que cada vez se veía menos gente y no había casas.

En el trayecto conversamos de las pesquerías, de los charcos donde nos bañábamos, de las guayabas, de las trochas que habíamos andado y de la montaña que nos esperaba, entre otras cosas.

Wilmer, el mayor de los tres, era hijo de una mujer muy supersticiosa, le encantaban los relatos de espantos, de duendes y de brujas y nos contó que a su tío Tomás se le había aparecido la Madremonte una vez que había ido a cortar leña. Nos dijo que en aquella ocasión,

el tío estaba en el monte solo, trozando un árbol y sintió que lo tocaron por la espalda, miró y solamente vio un árbol con cara de mujer que parecía reírse con él; pensó que estaba loco, siguió cortando el palo y, entonces, le pareció escuchar un silbido corto con ritmo de canción, volteó de nuevo y del árbol salieron volando muchos pájaros que dejaron un olor a perfume. Sin querer, siguió el olor, eso es lo último que recuerda. Dos días después, lo llevó un desconocido a la casa y contó que lo había encontrado en el pueblo deambulando, sin recordar quién era.

Llegamos al mediodía al final de la carretera y decidimos parar a almorzar. Sin mucho preámbulo, abrimos el portacomidas y nos comimos todo el fiambre; continuamos el camino, que en cierto momento desapareció y nos obligó a usar el machete para abrirnos paso.

Llegamos al borde del bosque, buscamos un espacio por dónde ingresar y comenzamos a subir entre los árboles, unos más gruesos que otros, ubicados sin ningún orden. Entre ellos, en el piso húmedo, se veían plantas pequeñas y follajes que cubrían los espacios intermedios, unas con heliconias y flores muy bonitas y otras solo malezas. Hacia arriba no se observaba dónde estaban las copas de los árboles, porque sus hojas las tapaban, apenas entraban unos pocos rayos de luz del sol y, permanentemente, caían gotas de agua sobre nuestros cuerpos.

No teníamos afán, subíamos, le hacíamos el quite a un arbusto, rozábamos un pedazo y seguíamos ascendiendo, sin establecer un camino para el regreso. Buscábamos las plantas con más musgo, lo recogíamos; las raíces raras las guardábamos en los costales. Así fueron pasando las horas, mientras nos reíamos y molestábamos con la Madremonte.

De repente sentimos que empezaba a oscurecer, así que tomamos la decisión de devolvemos. Iniciamos el regreso y, de pronto, nos encontramos en el centro de varios árboles tupidos y enmarañados por bejucos, tapizados de hojarasca que no nos permitían subir, ni bajar, ni caminar al lado. Nuestros machetes no eran la herramienta que pudieran cortarlos. Gilberto, el otro amigo, de pronto dijo: “Mira esos bejucos cómo se mueven, parecen una mujer bailando”, y ya no nos pareció chistoso. El canto de los pájaros se volvió más audible, lo sentíamos con más fuerza y pasó de ser una sensación musical a una mala premonición; no olía a perfume, olía a humedad metida en los huesos.

Ya no se veían los rayos de luz, las gotas de agua crecieron en tamaño y cantidad hasta empaparnos, el frío nos puso a temblar de la cumbamba a los pies. Estábamos atrapados en

la mitad del monte, donde solo viven los animales, asustados, enmudecidos y con ganas de llorar; entonces, con una remota esperanza, nos pusimos a gritar “¡Auxilio, auxilio, auxilio!, estamos perdidos”. Durante mucho rato lo hicimos, de pronto ocurrió algo milagroso, escuchamos una voz a lo lejos que dijo: “Voy a buscarlos, no se preocupen”.

Cada rato vociferábamos para saber si aún venía hacia nosotros y él nos respondía: “Ya voy”, hasta que una media hora más tarde vimos la figura de un joven de unos 16 años, que se acercaba cortando ramas y bejucos con su machete, permitiéndonos un espacio para bajar, así que lo seguimos hasta salir de la espesura.

Solo recuerdo que dijo que se llamaba Montero, nunca lo habíamos visto, no era de la región y no nos supo explicar o no entendimos qué hacía en aquel sitio solo, cerca de las seis de la tarde, pero ahí estaba para rescatarnos. Nos acompañó un rato y en algún momento no lo volvimos a ver, ni supimos más de su existencia.

Días más tarde, doña Fausta, la madre de Wilmer, al conocer nuestro relato, nos contó que hacía unos quince años unos caminantes que subían al Alto del Nudo vieron un niño con crespos verdes como hojas de perejil, que los seguía con la mirada y desde distintos sitios en el bosque, que cuando se le acercaban desaparecía. Ese era el hijo de la Madremonte.

“Seguro ya creció”, nos dijo.

LUIS ALBERTO PACHÓN

Nace por azar el 8 de mayo de 1948, en Bogotá, al salvarse su madre de un tiroteo el 9 de abril. Adolescente, intenta bajar al Orco, empero, Caronte y la Parca lo rechazan. Da otra oportunidad a la vida. Estudia Publicidad. En los 80, por denunciar la Crisis Económica, debe ser protegido por el Estado. Le ofrecen hacer política, por principios la rechaza. Nacen sus hijos, cambian sus sueños. Sacrifica todo por estar pendiente de su formación. Se refugia en sus libros. Conoce por la prensa Historias en Yo Mayor, participa con unos relatos exorcizando su existencia y la de sus personajes.

LA LAGUNA ENCANTADA

Por Luis Alberto Pachón

En la infancia, cuando los niños no corríamos peligro en la calle ni en el monte, nos enviaban a hacer mandados:

—Chino, vaya a la tienda y traiga lo del desayuno: una botella de leche, cinco centavos de pan y que se lo den con vendaje; dígame a don Chepe que me mande dos huevos y me los anote en el cuaderno, el fin de mes se los pagamos.

Uno salía emocionado para la esquina, a la tienda, a comprar la encomienda. Allí, los señores mayores, mientras tomaban sus cervezas y fumaban, sentados en los bultos de papa, de arroz y de frijol, contaban historias de la Patasola, del Jinete sin cabeza, del Patas y la Llorona, relataban sus experiencias y encuentros con estos fantasmas, engendros y seres diabólicos. La que más me gustaba era la de la Laguna Encantada, ubicada detrás de Monserrate, en los cerros orientales de la capital; en ella habitaba una serpiente, la cual salía en cualesquier momento a la orilla a tomar el sol y en las noches a ver la luna. Uno no se podía dejar tocar por ella, corría el peligro de caer bajo su hechizo. La persona que lograra orinarla o regarla con agua bendita sería el favorecido, pues la serpiente se convertiría automáticamente en una figura de oro macizo.

Uno llegaba a la casa con lo del desayuno para el otro día y se acostaba soñando con atrapar a la serpiente, coger el oro y demás tesoros que ella escondía en la laguna; bajar a la ciudad y, con parte de esas riquezas, comprarle a la mamá una caja de esas donde se conservaba todo frío, un frasco que hacía ruido donde se echaba la fruta picada y salía en jugo, una olla pitadora, una estufa que no fuera de carbón ni de gasolina. Todo esto era lo que tenían los ricos. En los inquilinatos, donde vivíamos, nadie poseía esos aparatos tan modernos.

Amanecía y cada día uno miraba desde la terraza hacia los cerros, pensando cómo ir a buscar la laguna, cuándo sería grande para ir tras la serpiente de oro.

Por fin crecimos; con los niños de la cuadra jugábamos a Tarzán y soñábamos lo mismo: sacar de la miseria a nuestras madres, la gran mayoría solteras. Mi madre laboraba en el mejor restaurante de la ciudad y siempre traía comida en unas bolsas transparentes. En la

tienda nos envolvían todo en bolsas de papel que se rompían fácilmente. Un día lancé la idea y les conté a todos lo de la Laguna Encantada. Iríamos en su búsqueda; yo llevaría bolsas con comida y cada uno su cuchillo plástico de Tarzán, para atravesar el río que bordeaba la Avenida Circunvalar, para nosotros el mar. Con nuestras armas nos defenderíamos de los monstruos, ballenas, fieras salvajes y cuanto ser peligroso nos atacara. Llegado el día, seis chiquillos arrancamos decididos a buscar y conquistar la laguna.

Atravesamos el caudaloso río, con nuestros cuchillos en la boca; la ropa la llevábamos cargada sobre nuestras cabezas, el agua nos llegaba hasta nuestras partes nobles. Afortunadamente, no nos encontramos con ballenas, pulpos, grandes serpientes ni cocodrilos, pasamos a la otra orilla sanos y salvos, todos. En las ramas de los árboles dejamos nuestras ropas. En calzoncillos iniciamos la subida hacia la montaña. Era un día soleado, sin niebla. La aventura comenzaba.

Con los cuchillos cortábamos aguadijas y bebíamos su savia para calmar la sed. Ingeríamos fresas y moras silvestres, y de las bolsas sacábamos con la mano lo que llevaba y comíamos.

El líder lógico era yo. Yo era Tarzán. Gritábamos como él, mientras ascendíamos. Antes del mediodía coronamos la cima. Contemplamos la ciudad y, al fondo, los tres nevados. El Lago no lo veíamos por ningún lado.

Montaña abajo, hacia el oriente, solo se veía un frondoso bosque. La Laguna debería de estar ahí. Mis amigos, temerosos, no querían seguir. Temían perderse. Bajé y les grité que siguieran mis pasos. La laguna era encantada, por eso no la veíamos, no se dejaba ver. Yo les hablaba de los conquistadores, de todas las personas que habían ido en su búsqueda, tras la serpiente de oro y sus tesoros. Nosotros sí la descubriríamos. Se nos acabaron las provisiones y el miedo empezó a apoderarse de mi ejército, mis niños temblaban y empezó uno a lloriquear. Cundió el pánico y la desbandada montaña arriba, ninguno quería quedar encantado. Los alcancé. Sin aliento y sin palabras emprendimos el retorno. Gracias a nuestros juegos de Tarzán, agudizamos la observación y el oído. Nos devolvimos sobre nuestros pasos y, antes de que anocheciera, cogimos nuestras ropas, pasamos el riachuelo; llegamos cansados, frustrados a nuestras casas.

Cuarenta años después, con mis hijos pequeños y los de otros vecinos del conjunto, emprendimos la búsqueda de mi Laguna. El riachuelo desapareció, las aguadijas también.

Me sentí culpable por el daño que ayudé a causar y en el que participé de niño. Les expliqué a todos por qué debíamos cuidar y amar a la naturaleza. Subiendo hacia la montaña, bajaron unos excursionistas y nos advirtieron que arriba había unos malacarosos, que no corriera riesgos con todos esos niños. Nos bajamos corriendo y, unas semanas después, en los noticieros informaban que un profesor había sido asesinado delante de sus alumnos con quienes estaba en la montaña.

Hoy en día, sigo frustrado. No soy Tarzán, y aún no he hallado la Laguna Encantada. ¿Te animas a acompañarme en su búsqueda? Nos repartimos los tesoros, mitad y mitad, ¿vale?

Detrás de los cerros de Bogotá, de niño buscaba con mis amigos una laguna encantada, de papa, de arroz y fríjol.

ISIDRO DE JESÚS MORA BARRIOS

Nació el 18 de diciembre de 1946 en San Martín de Loba, Bolívar. Inició sus estudios secundarios en el Colegio Cooperativo Agropecuario, en su tierra natal. Bachiller del Instituto Colombiano-Venezolano en Medellín. Comunicador Social-Periodista de la Universidad Autónoma del Caribe. Ha dedicado gran parte de su vida al servicio de las personas con discapacidad en Colombia. Autor del libro “Las Estrellas SÍ SE PUEDEN ALCANZAR”. Director de la Revista Cultural Palacín. Invitado a participar en Yo Mayor, experiencia gratificante por el compartir con sus compañeros, el apoyo de los conductores de la Escuela Virtual... fantástico. Amante de viajes y de buenas amistades.

MITOS Y LEYENDAS EN SAN MARTÍN DE LOBA

Por Isidro de Jesús Mora Barrios

San Martín de Loba es un pueblo que tiene muchas manifestaciones culturales, podemos mencionar algunas: la tambora que se bailaba en noches de luna llena en la temporada de navidad, hoy se ha posicionado por medio del Festival Nacional de Tamboras, que cuenta con 30 versiones ininterrumpidas; las pilanderas que hacen sus presentaciones todos los veinte de enero; las farotas que salían en el carnaval; las cucambas que se manifestaban en la fiesta de Corpus Christi; y las paliteras, que son danzas de indios y la danza de la conquista.

Este pueblo, además de su rica cultura, siempre ha tenido toda clase de espantos, mitos y leyendas.

En mis años infantiles siempre nos infundían miedo con el diablo y nos decían los mayores que desde el primer viernes, después del carnaval, hasta la llegada de la Semana Santa, lo soltaban. Decían que tenía cachos, orejas y un trinche; dizque se llevaba a los niños desobedientes y amantes de jugar mucho. Poseía la potestad de transformarse en cualquier animal o hacerse parecer a un hombre elegante o una mujer muy bonita.

Cuenta la tradición oral que la brujería tuvo sus escuelas secretas, que hacían sus aquelarres; al parecer tenían canto y un coro muy alegre que decía: Sin Dios, sin Dios y sin Santa María. Hacían esta invocación porque, en ese instante, estaban bajo las órdenes y protección del demonio. Los maridos de las brujas recibían el nombre de zánganos, su oficio principal era vivir de ellas y desvirgar a las señoritas, porque, según sus reglamentos y práctica, ninguna mujer virgen podía ser bruja ni pertenecer a la congregación.

Había unos cazadores de brujas que eran expertos en este arte. Por radio “bemba” se supo que, en el camino de San Martín hacia la Boca de Chimí, el difunto Ignacio Martínez encontró a una de sus mujeres con cuatro velas prendidas velándose en un ataúd, para meterle miedo, pero el viejo ‘Nacho’ era un maestro en el arte de coger brujas.

Nacho, que cargaba en el cinto un puñal que en ese momento lo denominaban hoja en cruz, lo clavó en el lado de la cabeza del cajón, para que ella no se escapara, mientras él buscaba un bejuco de cadena. Le dio una tremenda muenda que la sangre le corría. “Para que aprendiera a respetar y no meterle miedo a los hombres”. Los poderes de estas señoras eran

inmensos y tan mágicos que se transformaban en animales. Dicen que José Manuel Polo, ‘El Señor Picha’, también capturó una bruja convertida en una pata de corral. También cuentan que otro señor levantó a piedras una marrana y, al día siguiente, una señora amaneció enferma debido a la tunda que le habían propinado.

Además de las brujas, mencionaremos, entre otros, los siguientes:

Cuando San Martín no quiso salir de la iglesia y se hizo el pesado, la Cucamba Bailadora, la Sombrerona, el Encanto, el Mohán, el Zanco de la noche, los Futbolistas Nocturnos, la Campanita de la Noche, el Hombre del Cuero y las Moscas, la Llorona, el Muerto Descabezado Fumando Tabaco, el Muerto del Piñón Pipón, la Madremonte y la Mona del Cementerio, esta última recientemente... fue descubierta.

Había un grupo de personas que se encargaban de hacer esta clase de espantos para amedrentar a la población. Entre estos se destacaban los hermanos Ovidio y Dolores Camargo y Tomás Gutiérrez, llamado cariñosamente ‘Pana’ o ‘Tomasito Pana’. Este tenía fama de gozar de poderes mágicos y la facultad de transfigurarse en un abejón.

Contaba la señora Reparada Molina que, en una ocasión, salió un personal a cumplir unos compromisos laborales en su parcela, a una siembra de maíz. Tomasito Pana se quedó en el pueblo, le dijo al grupo que se fueran primero, que él se los alcanzaba en el camino. Efectivamente, los compañeros salieron por un camino de herradura, unos iban en burros, otros a caballo y algunos a pie, a una distancia de unas tres horas. Empezaron la partida a las cuatro de la madrugada; al llegar a la finca de la señora Molina, se encontraron con tamaña sorpresa... el Pana estaba reposando el desayuno.

Los tres personajes en mención conformaron el Trío Invocadores de Espíritus, el cual llamaba los muertos para que hablaran con un ser querido. Como ese tiempo la población no contaba con luz eléctrica, la oscuridad era una gran aliada para lograr sus propósitos de engañar a los incautos y sacarles dinero. Ellos tuvieron mucha fama en su época.

Tenían una casa donde hacían sus rituales, con cortinas negras. Compraban en El Banco, Magdalena, un bulto de hielo y adecuaban su escena teatral: uno metía las manos en el hielo, otro era el “invocador” y el último, el muerto. También llevaban un gato que hacía el papel del Diablo.

Al entrar en escena, el invocador llamaba al muerto por su nombre. A la tercera llamada,

este respondía con quejidos y, con voces de ultratumba, contestaba todas las preguntas, previa investigación del tema a tratar en el asunto. El invocador, para convencer a los clientes de que era verdad y que el finado le había respondido, obligaba a tocarle la mano al muerto para que sintiera la presencia de su familiar. Indudablemente el calanchín tenía las manos frías por la acción del hielo. Para cerrar con broche de oro, arrojaban al gato con gran fuerza, el cual pegaba sus aullidos lastimeros ante semejante golpe en la solemne oscuridad de la noche, lo que causaba miedo y confusión. Fueron muchos hombres y mujeres que cayeron en las redes de estos señores.

Al día siguiente festejaban su “hazaña” y, como dijo el poeta, había francachela y había comilona.

También aseguraban tener poderes para llamar al Diablo y hacerlo llegar. La finalidad de este acto era que las personas interesadas pudieran hacer un pacto con él. En el pacto podían adquirir dinero, ganado y tener muchas mujeres, y, en compensación, ellos les entregaban su alma o la de algún familiar.

Don Julio Maya, señor del interior del país, a quien todo el pueblo lo llamaba ‘el Cachaco Maya’, acordó con estos señores acudir al sitio donde tendría un encuentro con el Diablo y hacer el pacto.

En esas noches oscuras ya tenían todo preparado con una cerca con palmas. Cuando ellos iniciaban el rito de llamar al Diablo, empezaban a hacer ruidos extraños y a estremecer las palmas. Estos señores no contaban con que el Cachaco Maya se había llevado su revólver treinta y ocho largo, lo desenfundó y empezó a disparar. Todos salieron despavoridos

ARNULFO ARIAS GARCÍA

El día que nació, hace setenta años, en Riosucio (Caldas), rifaban una ternera. Una tía compró a su nombre la última boleta, y resultó ganadora. Desde entonces, libertad, intrepidez y fortuna son sus compañeras. Con veinte años, doscientos pesos de la época, echando dedo y haciendo labores varias, recorrió todo Perú. Estudió Sociología. Una beca en Río de Janeiro le permitió hacer sus prácticas como malandro en Rocinha, la favela más grande y peligrosa del planeta. Esta experiencia avivó su mayor pasión: viajar como mochilero por el mundo.

—Vos, con esa lengua podés participar en YO MAYOR —le dijo una cuentera.

Dicen que es mejor narrador que escritor, de ahí su sorpresa con este vívido relato de su niñez, en el campo.

ESPANTOS DEL ESPÍRITU BURLÓN EN LA FINCA LA SOLEDAD

Por Arnulfo Arias García

Con el surgimiento de la violencia bipartidista, en los años cincuenta del siglo pasado, los alaridos de ultratumba y movimientos espantosos, también poblaron los tranquilos campos de nuestra finca, La Soledad. Las otrora largas noches de tertulia alrededor del fuego, mientras en inmensas ollas de barro se cocinaba el maíz, desaparecieron de una. No más se acostaban las gallinas, todos corríamos a encerrarnos, ponerles doble tranca a puertas y ventanas, para dedicarnos a rezar: primero, la novena a las benditas ánimas del purgatorio, luego el magníficat, seguíamos con unos eternos rosarios, para que los atormentados espíritus y las almas que vivían en pena pudieran irse en paz, y que no continuaran enredadas o perdidas entre las matas de café que bordeaban la finca, lugar de donde provenían los murmullos y extraños movimientos.

Hacia la medianoche, quienes no podíamos dormir, escuchábamos el pausado y angustioso andar de la Patasola. Luego, los chillidos de la Llorona buscando al hijo que, en las aguas de una quebrada, con sus propias manos, ahogó. Seguidos de profundas voces del más allá. Entonces, el gallo y las gallinas armaban el alboroto, los perros ladraban en la lejanía. Fue el tío Javier, quien quitando una hilera de papel periódico, que solíamos pegar con engrudo en las rendijas de puertas y ventanas para que no entraran los malos vientos ni los zancudos, que logró ver dos bultos blancos y uno negro que, merodeando el patio, arrastraban cadenas. Corrió a abrazarnos y taparnos las bocas con grandes tacos de cobija, precisaba ahogar nuestros gritos de terror, no se nos fuera a entrar la Llorona y nos llevara confundiéndonos con el hijo perdido. Solo en la madrugada regresaba la paz. Entonces, el abuelo notaba que faltaban gallinas, la olla con el maíz cocido o uno de los chanchos de engorde. Eso aconteció durante varios días. Nos estábamos quedando sin aves, aperos y todo lo que se dejara afuera de la casa. Los malos espantos nos estaban esquilmando.

—Mijo, y vos no le tenés miedo a lo que nos están haciendo esas almas en pena, que no entiendo el porqué se ensañaron en nosotros —le dijo angustiada la abuela Nana a su marido, al verlo junto a mi tío Alonso, cargar las escopetas dispuestos a espiar, encaramados en el aguacate que, con ramas muy amplias y tupidas, crecía justo ahí al pie de la casa.

—¡Ni los muertos ni los espantos comen gallinas ni maíz cocinado, los vivos, sí! —le respondió contundente y ordenó que nos enclaustráramos y por nada del mundo fuéramos a salir.

Terrible encerrarnos en medio de esa incertidumbre, menos dormir. Estuvimos rezando todo ese tiempo. Y, en efecto, hacia medianoche, empezaron los movimientos y sonidos que brotaban de las matas de café arábigo. En ese silencio sepulcral oíamos el quiebre y movimientos de las ramas. La abuela nos abrazó. Javier siempre pendiente de la rendija:

—¡Miren, miren!, que ahí viene el Mocho sin cabeza, seguido de la Patasola, o será el Mohán y un *Ánima* sola, van hacia el chiquero de los marranos.

Íbamos a enloquecer de terror. De pronto, varios disparos dieron en los blancos, porque los chillidos que se escucharon ya no eran de ultratumba, sino alaridos de dolor, mezclados con los insultos y palabrotas del abuelo y Alonso, que se habían tirado del aguacate, y los planazos que les daban, mientras el tercero huía despavorido. Ya habíamos prendido la lámpara de caperuza y cuatro velas de cebo, y todos nos lanzamos fuera. En efecto, eran los Morales, que vivían en los predios de arriba y que, cubiertos con sábanas y costales de fique, pedían clamor. Benedicto, boca abajo, tenía el espinazo roto, murió días después; Chepe, su hermano, mostraba una pierna desastillada y se la tuvieron que amputar.

—¡Conque el espanto de la Patasola se reencarnó en Chepe Morales!, ¡ja, ja, ja! —le gritaban maliciosos, al verlo pasar, vecinos escondidos tras las matas de plátano. —Hasta cuándo seguirás espantando, espíritu burlón, ja,ja,ja.

Él, cojo, furibundo, saltaba con la muleta, amenazaba e insultaba hasta las sombras. Los Morales eran ya enemigos declarados. El abuelo, para evitar una matanza, en plena violencia, que sería eterna, abandonó La Soledad, y nos fuimos a vivir al pueblo. Dicen los agregados que se quedaron como administradores que, las noches de jueves y viernes Santos, escuchan gritos y clamores del herido antes de morir. Vaya a uno a saber, la sugestión y la imaginación exacerbadas pueden percibir y ver cosas insólitas.

HILDA MARÍA POSADA

La escritora de este cuento es una arquitecta antioqueña de 73 años, alegre, amorosa y gozosa. Su profesión y la docencia le han permitido viajar y tener una vida activa llena de eventos maravillosos, otros de suspenso y miedo, pero que ha disfrutado plenamente y ambiciona contarlos a quienes la conocen, a sus hijos, nietos y sobrinos. Al principio de la pandemia se enteró por el periódico del curso que ofrecerían la Fundación Fahrenheit 451 y la Fundación Saldarriaga Concha, se inscribió en Historias en Yo Mayor, donde aumentaron sus ganas de escribir.

HOMBRE MUERTO

Por Hilda María Posada

La región del Chocó colombiano ha sido de grandes mitos y tradiciones, pero a un antioqueño montañero, de esos que se llaman verracos, en un amanecer, la situación se le complicó segundo a segundo, llevándolo casi a la locura.

Muy al norte de Bahía Solano construíamos una cabaña en madera sacada de la misma región, pero los constructores —o mejor, los carpinteros artesanos— viajaron desde Medellín, pues a punta de serrucho manual con los trabajadores de la región nunca lo lograríamos.

No había luz, la cocina era con leña, los productos fríos eran un lujo, solo duraban lo que una simple nevera de hielo alcanzara: máximo de 3 a 4 días, y eso si la matrona de la casa se mantenía atenta a que solo ella la abría una vez al día para sacar las diferentes raciones de comida. Si a los caballeros antojados y bebedores les daban ganas de un roncito con hielo, o los niños sedientos deseaban algo frío, la duración del hielo era cada vez menor, y, por ende, la cantaleta de la señora de casa, mayor.

No hay mayor paz que la que se puede tener en ese Pacífico virgen cerca de Bahía Solano. Los días son generalmente grises, pues no se ve el sol, pero la piel de los turistas queda como un camarón con la sola luminosidad y los rayos ultravioleta. En las noches se veían hermosas tormentas de relámpagos lejanos, y el agua del mar golpeaba fuertemente sobre la orilla. Qué paz y qué tranquilidad se respiraba, qué descanso tan maravilloso para estos antioqueños trabajadores rendidos de tanto darle al yunque.

La casa a medio construir, pero ya habitable, estaba levantada sobre pilotes tipo palafito, que evitaban la entrada de animales y la humedad; un primer piso con la zona social y un segundo nivel con alcobas. No había puertas ni ventanas, solo vanos en las paredes por donde libremente circulaba el aire y, en el amanecer, el frío que llegaba del océano.

Toda la construcción era en madera de la misma región, una planta eléctrica portátil que se llevaba desde Medellín suministraba la electricidad para las herramientas.

Los dueños de casa dormían en el segundo nivel; los carpinteros antioqueños, abajo en la zona social. Todo era abierto, una región sana de ladrones. Solo había llegada por el mar y con otras playas cercanas no había camino, estaba la selva virgen.

En el segundo nivel, en la habitación más grande se guardaban los baúles plásticos llenos de enlatados y comida que había que llevar para todas las vacaciones, pues cada salida al pueblo era de un costo tan desproporcionado en gasolina para la lancha que había que cargar todo desde el primer día.

Sin luz, la hora de dormir era máximo a las 7 p.m. Pero a las 5 a.m., con el olor a leña verde del fogón para el desayuno, ya era tarde para apenas estar levantándose.

Una mañana, a eso de las 5 a.m., escuché un movimiento de los baúles con el matute de mercado en la alcoba de enseguida. Nuestro invitado decía susurrando: “Aquí no hay nada, además estos baúles son plásticos y no podría regarse nada”. Abajo se oían cuchicheos, entonces como la señora, o matrona, es la que pone orden y la que tiene fama de regañona, me levanté para averiguar qué era el runruneo.

Al llegar al primer nivel había concilio, opiniones que iban y venían. ¿Qué está pasando?

Pues el carpintero jefe tenía la sábana bañada en sangre y no había ninguna herida ni se había lastimado; la noche anterior le había pasado lo mismo, pero de pena había volteado la sábana hacia abajo para que nadie lo notara, pero sin saber de dónde venía la sangre.

Aún no eran ni las 6 a.m. cuando en la playa aparecieron los indígenas que viven en la parte alta de la selva vendiendo algún producto con el que sobrevivían. Viendo el alboroto, el gran jefe de la comunidad indígena se dirigió a la casa y, pidiendo permiso para ingresar, conversó con el carpintero. Se le explicó que dudábamos que fuera salsa de tomate o algún jugo de color rojo que se hubiera derramado en uno de los baúles del segundo piso, pero que no había señal de nada. Analizó el cuerpo del carpintero, que no tenía sangre, solo aparecía en la sábana, ¿un maleficio?, ¿brujería?, ¿venganza?... y la conclusión, apuntándolo con un dedo, le dijo:

—En mi religión, tú eres hombre muerto.

El carpintero era alto, corpulento, fuerte, y un verdadero macho, como diríamos en Antioquia. En ese mismo momento comenzó a llorar:

—Mis niñas, mi esposa, yo no he hecho nada malo, no le debo nada a nadie.

Temblaba, se paseaba de un lado a otro.

Gran alboroto, todos quedaron despiertos antes de las 6 viendo llorar a este hombre fuerte pidiendo perdón al todopoderoso porque no tenía nada de qué arrepentirse.

La casa vecina estaba a unos 30 metros de distancia sobre la misma playa, era de mi hermana psiquiatra a la que mandamos llamar como médica para controlar el terror.

En pijama, a la carrera pasó la quebrada que nos separaba. Se sentó sola con su paciente, casi imposible de controlar, y lo examinó minuciosamente.

—Cuénteme, ¿cuál es su posición para dormir normalmente?

—De lado y con el brazo me tapo la cabeza. —le respondió.

—Póngalo como lo hace

Y vio que el codo quedaba en la parte externa sin tocar nada.

Le examinó el codo y, efectivamente, encontró dos punticos diminutos que había dejado el murciélago chupasangre que le pudo haber sacado toda la que tenía si a él no le hubiera dado pena para pedir una nueva sábana limpia, pues ya esa olía a sangre seca.

—Mira, hombre, tranquilízate, en la playa estos días los vampiros han chupado la sangre a algunas de las personas en varias de las cinco casas que había, no te preocupes, mira los dos punticos, ellos al picar anestesian y uno no siente —El codo chorreaba sangre gota a gota, pero caía en la sabana sin él darse cuenta—. Tranquilo que no te vas a morir.

Mientras tanto, el indígena desapareció, pues se sintió culpable del alboroto que produjo y además perdió su venta del día.

Esas son las creencias de nuestros pueblos, y hasta de los que ya habíamos pasado por la universidad y nos estábamos creyendo que “ya era hombre muerto”.

JORGE FORERO QUINTERO

Nació hace 67 años en una ciudad cuya mejor definición es la de pretender vivir en el pasado: Pamplona (Norte de Santander). Y de esa actitud ha heredado los mejores momentos. Ingeniero eléctrico de la Universidad Nacional de Colombia. Desde el momento de su jubilación se dedicó a la escritura, al principio como un pasatiempo y luego como un camino sorprendente de exploración de la intimidad propia y de la de sus personajes. Ha publicado dos libros: Historias entre el amor y la muerte (2003) y El Tesoro (2014). Hacia el futuro espera publicar un libro de cuentos y una novela. Por accidente, llegó a la Escuela Virtual, y se alegra por haber compartido el espacio de la creación literaria con colombianos de todas las regiones.

EL FANTASMA DEL CLÓSET

Por Jorge Forero

Desde que tengo memoria, abuela era una anciana vestida de negro, con un mantón que ajustaba a la cabeza para que el ventarrón no le trajera la gripa y pudiera quedarse con nosotros unos días. Sufría de presión alta y cualquier cambio de temperatura elevaba peligrosamente las pulsaciones de su cansado corazón. Así que nuestra casa, con un patio enclaustrado y corredores por los cuatro lados, era el sitio perfecto para que ella se sintiera amenazada por la muerte. Razón válida para que anduviera todo el día con el rosario en la mano, mirando a todos lados, tal vez buscando el punto por donde vendría el próximo viento, la próxima gripa, la neumonía y la agonía. Esa anciana tenía 55 años. Venía a Pamplona cada vez que mi mamá tenía un hijo, y esto, ahora lo entiendo, sucedía cada diez meses.

La recuerdo perfectamente en el año sesenta. Febrero. Nació mi hermana menor, la llamaron María Lourdes, porque la Virgen de Lourdes había ayudado en el parto.

La abuela dormía en el segundo cuarto, que era la habitación de mis hermanas mayores y por tanto tenía cierto prestigio. Junto a la cabecera de una de las camas había un gran clóset de la misma anchura de la pared, y que era uno de los sitios predilectos para escondernos en las interminables tardes de domingo. Arriba tenía un tablón donde se guardaban las sábanas, en la parte de abajo se guardaban los zapatos.

Luego del parto, mamá entraba en período de cuarentena, no se levantaba en todo el día, las muchachas del servicio traían y llevaban platos de caldos, sopas, piernas y pechugas de pollo, papas sin sal, pan a todas horas, aliñado, mojicones, pan de agua, galletas y tortas de harina, todo pasado con jarros enteros de agua de panela. Mi abuela supervisaba las atenciones, con la mano y el rosario escondidos en el bolsillo para que no se le enredara entre tantas idas y venidas. El mantón siempre cubriendo el cuello, las orejas, la espalda. Usaba la falda hasta más abajo de las rodillas, las medias negras y zapatos de colegiala, sin tacón.

Todo marchaba según la costumbre, después de siete hijos la crianza era un asunto rutinario.

Hasta que una mañana todos despertamos asustados, ante la última noticia de la abuela: había pasado la noche en vela, aterrorizada y pegada a todos los santos, suplicando que

llegara el día y pudiera contar, primero a mi papá y luego a toda la familia, sobre el terrorífico movimiento del fantasma encerrado dentro del clóset. El pobre prisionero había estado ocho horas quejándose de su terrible destino, suplicando, a quien los oyera, en este caso la abuela asustadiza, para que quitara el seguro y lo dejara libre. Yo no entendía si su cuento, aderezado con lágrimas y cruces, debía provocar miedo al fantasma o piedad y compasión por su situación de encerramiento y orfandad. El habitante misterioso me inspiraba, no el miedo irracional que, se supone, los fantasmas provocan en los niños, sino cierta complicidad y comprensión. Me prometí algún día dormir en ese sitio, y abrir la puerta para que el pobre descansara. Pero aquello no era una broma, mi abuela estaba en verdadero trance. Sus ojos, que recuerdo grises, enmarcados por ojeras de noches interminables de rosarios (y ahora de seres de otro mundo) pasaban de ser faros de terror, a luces de santa resignación: no era justo que un pobre fantasma se mantuviera en un estado de prisionero, sin llevar a cabo la labor que desde tiempos antiguos estaría obligado.

Pero, decía, no era ella la indicada para abrir la cerradura, si era solamente una visitante débil, una mujer vieja azotada por el frío, por la oscuridad y la vejez. Su misión en este caso, repetía, era solamente la de informar, a quien quisiera escucharla, que en ese punto vivía alguien que el señor había mandado para cumplir cierta misión: “No es trabajo de buenos cristianos el indagar los propósitos de la voluntad divina”. Con esta frase, la abuela dio por concluido el evento y armó su maleta. Antes de mediodía, la abuela, escoltada respetuosamente por mi padre, bajó al parque y allí esperó hasta que saliera el siguiente transporte a la ciudad de Cúcuta, famosa por sus árboles y por su temperatura ardiente. Montada en el taxi, dirigió a mi padre una mirada de indefensión; tienes que liberarlo, parecía decirle.

Una vez mi madre superó la cuarentena y se levantó con diez kilos más y una boca voraz para alimentar, mi padre contrató un maestro de obra y mandó a abrir un hueco en la base del clóset. A medida que el hueco se iba agrandando, llenando de escombros —no solo la habitación de mis hermanas sino toda la casa—, mi padre hacía planes para cuando se descubriera el tesoro que, según la tradición local, estaría protegiendo el fantasma.

Serían, al menos, cien monedas de oro. O serían piedras preciosas, o, caso muy frecuente, unos cubiertos de oro. Para empezar, averiguó el valor del oro en los mercados internacionales. Incluso habló con el dueño de la mayor joyería de la ciudad. Era común, dijo el comerciante,

que en tiempos de guerra las familias enterraban sus fortunas en las paredes de las casas, preferiblemente al pie de las ventanas o en el vano de las puertas. Solo había un requisito para empezar a usar el tesoro: debía el dueño, o el futuro dueño de la guaca, orinar encima del tesoro para anular cualquier maldición. Entonces mi padre se preocupó por mantener su vejiga llena para proceder en cualquier momento. Por esta razón, en la cocina apareció, como un mueble más, una canasta de cerveza. Con 24 botellas ambarinas que se iban desocupando durante el día, al tiempo que mi padre aparecía extrañamente locuaz frente a las personas que venían a conocer a la niña.

Pero tanta expectativa no se concretó. Pasaron diez días, el hueco adquirió proporciones de trinchera, el maestro de obra se declaró vencido por el fantasma. Otros diez días para rellenar el hueco, tres días para reconstruir la pared que nunca volvió a ser como las paredes originales, de un metro de espesor. Y el clóset volvió a presentar la imagen de toda la vida: arriba las sábanas, abajo los zapatos. Mis hermanas volvieron a dormir en sus camas. Mi padre se resignó. Ya tenía suficiente preocupación con ocho niños a cargo.

Eran los tiempos de colegio. Mi primer amor fue una aventura platónica en la acepción más puritana de la palabra. Así que la pretendida novia no se enteró nunca de mis quebrantos. Solo supo que yo era el amigo de Miguel Ángel, el tumbalocas que le escribía poesías, no sin antes pedirme en secreto que le corrigiera las rimas. Me bastaba entonces saber que ella leería las estrofas corregidas. Creo que mi nivel de honestidad era tan alto que me preocupaba en exceso por presentar las poesías más románticas y endulzadas posibles, con la ilusión puesta en el largo plazo: algún día le escribiría mis propias odas y ella ya tendría el oído entrenado para escuchar piezas literarias de alto nivel, no lo que escribía el torpe de Miguel Ángel.

Fui a estudiar a Bogotá y volví a la ciudad en el año 87. Algún obispo se había encargado de reconstruir la catedral y la había puesto como una capilla misionera, con las piedras a la vista, para satisfacción de los cristianos tradicionalistas que se alegraron del volver a la representación de una fotografía de 1900, cuando la Guerra de los Mil Días. Así que la catedral de dos torres, con decorados renacentistas, pasó a ser otro fantasma de mi juventud. Tendría en adelante que resignarme a una iglesia de fachada bastante primitiva.

También en el parque la civilización había hecho su propio desastre: el alcalde de turno hizo tumbar la mayoría de los árboles. Conocí la Universidad y el SENA, en sus sedes

coloniales reconstruidas, y volví a recorrer la carrera quinta. Cuál no sería mi sorpresa cuando encontré, donde era mi casa, un paredón blanco con un dos portones altos, metálicos, pintados de color verde, y adentro un gran lote con una plaza de mercado. Consideré que la demolición era casi una ofensa personal: la modernidad había arrasado una hermosa casa.

En lo que antes era mi habitación, funcionaba la oficina de administración del negocio. Entré sin anunciarme y allí estaba sentado, como un obrero del siglo XIX, un hombre gordo, de sesenta años aproximadamente, contando con gesto de avaricia un montón de monedas. Las ordenaba en pequeñas torres, cada una de veinte monedas y las ponía en fila sobre el escritorio de madera burda. Absorto en su trabajo, podía escucharse su respiración pesada. Camisa blanca, pantalones oscuros, correa de cuero gruesa, zapatos negros gastados y sucios.

—Es usted el dueño de esta plaza de mercado? —le pregunté.

—Soy el maldito dueño de este fracaso —contestó sin levantar la mirada.

—Parece ser un buen negocio —dije.

El hombre seguía en su oficio. Noté que le temblaban un poco las manos. Terminó de armar la última torre de monedas, se sonrió con un gesto de satisfacción y, finalmente, me miró a la cara.

—¿En qué puedo servirle?

—¿Conoció usted la casa que había en este lugar?

—Ni me lo recuerde. No sé quién me metió en este negocio tan malo. —Siguió contando, ahora hacía cuenta de las torres. Hasta que las contó todas—. Hace quince años compré la casa.

—¿Y por qué dice que fue un fracaso?

—¿No lo sabe? —Me miró como a un visitante de otro planeta— En esta ciudad todos saben lo que pasó con la casa. Sencillamente la tumbé. No quedó un solo ladrillo encima del otro. Fue una batalla verdadera. Imagínese: el suscrito enfrentado con paredes de un metro de ancho. El que le habla, que era un negociante exitoso, contra los techos de teja española, contra las puertas de madera fina, los pisos de tabla, las ventanas.

El hombre pareció recordar un buen momento de su vida.

—Recuerdo que era yo solo contra una casa de cien años. —Quedó un momento en suspenso. Volvió a revisar sus monedas— Veinte mil —dijo triunfante. Al principio fue

por deporte. Hice abrir los huecos en los pisos, no salió nada, luego los techos y finalmente las paredes. Debió de ver el espectáculo. Salía tierra como si se estuviera tumbando una montaña. Con decirle que se necesitaron diez camiones para sacar lo escombros, y otros cinco camiones para botar las tejas y las puertas.

—Pero ¿qué estaba buscando? —me atreví a preguntar

—Buscaba el tesoro. Había cien monedas de oro enterradas en algún lugar. Así que pagué cara la casa, la tumbé y me arruiné. Porque no había un tesoro. Fue un cuento de alguna vieja loca que alguna noche sintió que le movían la cama. Alguien contó que en un clóset había un fantasma enterrado. Pero era una mentira. En esta casa no había nada.

De pronto la habitación en donde estábamos me pareció familiar. En algún punto de la memoria se había quedado enterrado un recuerdo. El pequeño fantasma que dormía debajo de mi cama, ahora se salía, se subía a la mesa y con un soplo desordenaba las monedas.

El hombre gordo sintió el desorden de monedas y solamente cerró los ojos:

—Era solo un cuento para asustar a los niños.

La última moneda cayó de la mesa, rodó y se quedó en equilibrio junto a mi zapato. Pensé que la casa grande que conocí tenía su propio fantasma y que éste se había quedado preso, aunque le hubieran derrumbado las paredes.

ÉDGAR TARAZONA ÁNGEL

Dicen personas bien enteradas que Édgar Tarazona Ángel nació en La Vega hace 72 años, pasó su infancia en Chipaque, donde cursó la primaria. Como su familia se trasladó a Facatativá, allá fue a parar, con un intervalo de seis años interno en Zipaquirá; estudió en la Normal, y allí se graduó. Trabajó en el magisterio durante 36 años y sacó tiempo para estudiar en la universidad, claro que aprendió más en la universidad de la vida. Sus pasiones: leer, escribir, pintar, el cine, tallar la madera y otras yerbas. Se enteró de la Escuela Virtual en Facebook y está agradecido por todo lo que aprendió y compartió.

EL GRITO

Por Édgar Tarazona Ángel

Conducía su auto por la carretera solitaria mientras en el horizonte las nubes se teñían con los arreboles del atardecer. Llovía a cántaros, pero su destino ya estaba cerca, dos o tres kilómetros la separaban de la calidez humana de su familia, de un pijama seco y suave, una cama acogedora y un buen café hirviente y aromático.

En diferentes sitios del trayecto vio hundida la carretera; maquinaria pesada despejaba el camino de las piedras y lodo de los derrumbes, recordó que todos los días en los noticieros televisados y radiales comentaban de los problemas surgidos en la malla vial a causa del invierno y, hasta ese momento, no había dado al asunto la verdadera dimensión, hasta cuando lo vio con sus ojos no pensó que el asunto fuera tan grave... bueno, ya terminaría de llover.

Más que oír, presintió el ruido de un alud y, de pronto, se vio envuelta por ramas, barro y piedras por todas partes, y su pequeño campero reforzado por varillas quedó sepultado por el alud. Durante unos segundos no supo que había pasado y quedó envuelta por la oscuridad total. Su entrenamiento como combatiente antiterrorista le permitió recordar en fracciones de segundo lo que debía hacer de inmediato. Buscó en la guantera la linterna de emergencia y la encendió. De inmediato no captó la verdadera dimensión del momento en que se hallaba, pero con el paso de los minutos comenzó a preocuparse; no escuchaba el menor ruido, claro, ella desconocía que estaba bajo una capa enorme que impedía la entrada o salida de cualquier sonido. Su carro no estaba destruido por completo porque había quedado bajo las ramas de un enorme árbol que estaba a la orilla de la carretera y sucumbió ante el embate de la avalancha.

El noticiero de las siete dio un boletín de última hora: “Tres carros quedaron sepultados en el sector de Río Negro por cientos de toneladas de tierra y rocas. Se teme que no haya sobrevivientes y las pesadas maquinarias no pueden llegar al sitio, porque la carretera no soporta el peso en las actuales condiciones, se intentará el rescate con pico y pala, pero se teme que no queden personas con vida bajo...”.

Ella esperó durante una hora con la luz apagada, mirando a cada rato la esfera luminosa

de su reloj de pulsera. Prendió el radio, pero la señal no entraba, ensayó una llamada desde su celular, y nada, imposible que entrara la señal. Cuando sintió que el oxígeno empezaba a escasear reemplazado por el gas carbónico de su respiración, sintió la angustia que atenazaba su garganta y presintió que estaba viviendo sus últimos segundos, aspiró todo el aire que pudo y lanzó el grito más desgarrador de su existencia...

Al amanecer, con las primeras luces del día y ya sin lluvia, comenzaron a llegar algunos trabajadores con sus picos, palas y azadones para empezar a remover la tierra. En el ambiente solo se escuchaba el silencio.

ERNESTO LUNA (Q.E.P.D.)

Como buen llanero, madrugador, leal y honesto, logró caminar (lo hacía mucho) 95 años, disfrutando la vida. Como Jefe Administrativo, la puntualidad era estricta. De una mente brillante hasta el final de sus días y el humor fino que lo caracterizaba. Contaba cuentos e historias del transcurrir de su vida, entre esas sus correrías liberales con Virgilio Barco.

Le gustaban los joropos y añoraba su tierra, oyéndolos cada vez que podía con sus queridos amigos en pachangas (fiestas) donde bailaba con su pasito monótono (no sabía bailar). Murió hace año y medio, pero está presente con este cuento escrito en su máquina de escribir, dedicado a uno de sus nietos. Una de sus hijas, participante en Yo Mayor, le cedió el turno honrándolo en la semana de Mitos y Espantos.

MI AMIGO EL FANTASMA

Con el permiso de ustedes, quisiera con el siguiente cuento hacerle un homenaje a mi papá. Murió hace un año y medio de 95 años, lúcido y con una memoria envidiable. Era llanero y contaba de primera mano muchas historias de ese entorno. Cuando empezó Historias en Yo Mayor (2011) quise mandar algunas de sus anécdotas, porque eran muy enriquecedoras, pero nunca lo hice. Lamentablemente solo quedó la siguiente historia escrita en máquina de escribir por él mismo, dedicada a uno de sus nietos en 2001.

Att. María Mercedes Luna.

Por Ernesto Luna (Q.E.P.D.)

Cuando tenía diez años, viví una experiencia muy particular y que no he podido olvidar en el transcurso de los muchos años que he vivido.

Fue entre 1933 y 1934, en un pueblecito de los llanos orientales de Colombia llamado Arauca, donde vivía con mis padres en una casa esquinera grande, construida en forma de escuadra, con muchas piezas y un patio inmenso que tenía un jardín lleno de rosas y claveles

Abundaban los árboles frutales de naranjos, mangos, mamoncillos, guayabos y guanábanos. Teníamos un corral con gallinas, patos y pavos. Había una especie de pesebrera con una vaca y su ternero. La ordeñábamos todas las mañanas y así disfrutábamos de leche fresquita todos los días.

En esta casa grande con flores, frutas y animales el ambiente era propicio para que nuestra imaginación alimentara sueños, cuentos, historias y consejas en las que a cada instante se presagiaba la aparición de duendes, ánimas o fantasmas.

En esa época, en el pueblo no había luz eléctrica y el alumbrado nocturno se conseguía con velas y lámparas de petróleo. Por esta razón, la comida de la tarde se hacía entre las cinco y seis, para aprovechar la luz del día que estaba por extinguirse.

Fue una tarde de esas, estando en el comedor que tenía vista al patio y a uno de los corredores, en la que por primera vez se apareció ante mi vista únicamente, pues nadie más

lo vio, el fantasma que llamaré “mi amigo” y que me acompañaría por largo tiempo durante el cual lo pude ver o sentir como enseguida lo voy a narrar.

Una tarde, cuando nos levantamos de la mesa luego de la comida y estábamos por dirigirnos a la sala de recibo por uno de los corredores, apareció la sombra de un hombre vestido de blanco que caminaba lentamente y se dirigía a un naranjo que estaba cargado de frutas.

Al verlo, grité:

—Papá, mamá, miren a ese señor que camina por el corredor... ¿quién será? ¿Por dónde entraría a la casa?

Pero ellos, sorprendidos por mis gritos, me preguntaron:

—¿Cuál señor? Nosotros no vemos a nadie, debe de ser tu imaginación la que cree estar viendo alguna sombra.

Ante su reacción, sentí miedo y pensé, por primera vez, que los aparecidos o fantasmas sí existían y esa noche no pude dormir tranquilo.

La aparición de mi fantasma duró un instante y pronto se olvidó el episodio. Todos acabamos por aceptar que fue tan solo una exaltación de mí mismo y que tal aparición fue solo obra de mi alocada imaginación infantil influenciada por María Engracia, una negra venezolana que estaba a nuestro servicio y que a menudo, por asustarnos, nos contaba historias donde aparecía el Diablo, la Llorona, la Gritona y otros personajes que abundaban en las tradiciones parroquiales de la región.

En uno de los extremos de la casa había construido para jugar una especie de tienda de campaña, a la que nombré Pamplonita. A la tienda le había puesto encerados, que era el plástico de la época, y había acondicionado una estantería hecha con tablas de cajones, donde tenía una cantidad de empaques de drogas que me suministraban unos amigos de apellido Ortiz, cuyo padre era el dueño de la droguería del pueblo.

En este sitio acostumbraba a pasar ratos del día limpiando y ordenando mi preciosa mercancía. Un día, estando en estos menesteres, sentí un leve ruido proveniente del patio, y, al voltear la cabeza para averiguar la procedencia del ruido, vi parado en la puerta de mi tienda a mi querido fantasma con su flamante vestido blanco ocupando todo el espacio de la salida. No le vi la cara o no la aprecié por el susto que sentí, pero, sin pensarlo dos veces y

tras de dar un alarido, corrí hacia la puerta donde no encontré ninguna resistencia pues el fantasma era etéreo; con la velocidad del rayo fui a refugiarme en los brazos de mi madre, quien no entendía la razón de mi excitación y pánico.

Ya más calmado, le expliqué lo sucedido, y ella, para consolarme después de darme un beso, me dijo que esa aparición, como la anterior, era producto de mi fantasía.

Esta fue la segunda vez que se me apareció el fantasma, y empecé a temer que se repitiera en otras ocasiones.

Yo dormía en una hamaca que estaba protegida de los zancudos por un mosquitero o toldillo hecho de una tela transparente, una especie de tul que impedía que los insectos me picaran mientras dormía, pero que me permitía ver claramente a mi alrededor.

Días después de la segunda aparición del fantasma me fui a acostar temprano, porque durante la jornada había jugado mucho en la escuela con mis amiguitos y estaba cansado.

Empezaba a dormirme tranquilamente, de un momento a otro sentí que alguien me alzaba metiendo sus brazos por debajo de la hamaca... en el momento pensé que estaba soñando, pero al abrir los ojos me percaté que era mi amigo el fantasma quien me levantaba en vilo y me sostenía cuidadosamente, supe que era él porque percibí su silueta a través de la tela del toldillo.

Quedé paralizado del terror y metí un tremendo grito que debió oírse en varias cuadras a la redonda. Ante mi reacción sentí que el fantasma me dejaba caer suavemente al tiempo que desaparecía de mi vista.

Mis padres llegaron presurosos al oír el aspaviento, preguntándome qué me había sucedido. Entre gimoteos y lágrimas les conté lo acaecido y por esta vez quedaron convencidos de que algo anormal me venía ocurriendo.

Esa noche no pude quedarme solo en mi hamaca y mamá no tuvo más remedio que alzarme en sus brazos y llevarme a dormir junto a ella. Duré largo tiempo en conciliar el sueño que se interrumpía con pesadillas que me hacían despertar sobresaltado.

Después de este episodio me convertí en un niño temeroso que evitaba quedarme solo y siempre, para dormir, me hacía acompañar de María Engracia o de algún familiar de los que vivían en la casa. Pasó mucho tiempo para recobrar me; para mi tranquilidad, el fantasma no volvió a aparecer por ninguna parte, lo que me hizo pensar que jamás volvería a verlo.

Después de meses que transcurrieron plácidamente, una tarde estaba nuevamente en el corredor; pasada la comida, cuando miré hacia la casa vecina, vi de nuevo la sombra de mi amigo el fantasma, que caminaba por el pasadizo que separaba las dos casas, y en una manifestación insólita de su parte levantó la mano agitándola en el aire en un gesto de saludo y despedida que yo consideré definitiva. De repente entendí que se alejaba para siempre de mi vida.

Esta vez no hice comentarios, no sentí miedo y me reconcilié con esa sombra amiga, comprendiendo que nunca me molestaría y que tampoco lo vería jamás.

Así sucedió en efecto y, a pesar de todos mis miedos, logré sobreponerme a mis temores y poco a poco recobrar mi serenidad, pero siempre en mi memoria vivirá la imagen y el recuerdo de mi amigo el fantasma.

Después de tantos años, no puedo olvidar esta etapa de mi vida. Pienso que este fantasma nunca existió, ni se apareció jamás y solo fue, como decía mi mamá, fruto de mi exaltada imaginación y consecuencia de tantas historias de diablos, de duendes y aparecidos que circulaban de los labios de los vecinos y, en especial, de nuestra querida y recordada negra venezolana, María Engracia.

Así lo hacemos en

NUESTRA REGIÓN



Termina la cuarta semana del Heptamerón y comienza la quinta en la cual las personas mayores, bajo el reinado de la tradición, recuerdan las costumbres y vocablos de sus pueblos de origen (bien reza el refrán, “se es siempre de donde se nace”). Los exuberantes atributos de una dama refunden el sombrero de Luis mientras el olor a dulce de cabellito inunda los recuerdos de Ómar y María describe la histriónica faena de las hormigas culonas en el mes de abril. La épica de Choachí se desborda en los versos de Luz; simultáneamente, la luna se presenta en la vida de Amparo en medio de un desmayo y Nohemy invoca, en tono caqueteño, el canto de arreo. Finalmente, tras varios años, Rita regresa (güelve) a Susacón y tres voces (las de Marcela, Giovanni y Diana) recorren en sinfonía de recuerdos la Sultana del Valle, Aguazul y el mundo de la papa en el Municipio de Morcá.

OMAR HERRERA

Omar Herrera Ariza nació en Vélez, la tierra de la guabina y el bocadillo, en abril de 1945. Ejerció el derecho penal durante más de treinta años y, por tiempo un poco más largo, la docencia universitaria. El amor por su familia constituye su razón de vida. Son sus pasiones la lectura, el cine y, ahora, gracias a Historias en Yo mayor, la escritura. Fueron el azar y el coronavirus los responsables tanto de su participación en la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor como de su reciente dedicación a la escritura.

¡AY JUELITA, MI SOMBRERO!

Por Omar Herrera

Cuando Luis Enrique se percató de la falta de su sombrero, aquel de jipijapa, blanco y alón, entornado con brillante cinta negra, comprado especialmente para el viaje de Bucaramanga hasta Ibagué, donde habrían de defender la candidatura de su ciudad para ser sede de los próximos Juegos Olímpicos Nacionales, prorrumpió en denuestos contra todo y contra nadie:

—¡Ah vida remalparida!, ¡cómo soy de güevón!, ¡esto me pasa por pingo!, haber botado el sombrerito que bien caro me costó. Eso tuvo que ser allá en la tienda más acá de la entrada pa' Agua de Dios 'onde, por ponerme a mirar las tetas de la vieja que nos atendió. Seguro que lo dejé debajo de la mesa 'onde tomamos tinto, eso me pasa por tirármelas de enamora'o siendo como soy un viejo pendejo —exclamó con mezcla de rabia y pesar.

—Tranquilo, Luis —le replicó Álvaro, su compañero de comisión—, de regreso entramos otra vez a la tienda y con seguridad lo devuelven, la gente de por aquí es honrada y no creo que se quieran quedar con un sombrero usado. Además, eso le dará oportunidad de volver a parar los ojos en la muchacha, porque a su edad será lo único que se le para —agregó con sorna que molestó mucho más al quejoso, quien, irritado, le gritó:

—Uy juelita, ¿usté' también a mamarme gallo? No se arreche y más bien chupe pa' que aprenda —le respondió Álvaro.

La conversación cambió de temas y los dos amigos se ocuparon en diseñar la estrategia a desarrollar al día siguiente en el seno del comité preparatorio de los juegos:

—Usté', Álvaro —dijo Luis Enrique—, que es bueno pa' garlar, tendrá que pintar pajaritos de oro, demostrarle a esos carajos que Bucaramanga cuenta, no solo con muy buenos escenarios deportivos, sino también con muchos hoteles, aeropuerto y carreteras en buenas condiciones pa' que lleguen deportistas y turistas. Yo me encargo de la mantequilla, estaré pendiente de que le llegue un bonito ramo de rosas a la mujer del presidente y pequeños detalles pa' cada uno de los miembros del comité. Ya averigüé, por ejemplo, que al secretario le gustan las hormigas culonas y le traje su paquetico; a los otros les daré, a cada uno, un cajón de bocadillos veleños que, a menos de que sean diabéticos los hijuepuercas, les parecerán la gloria en pedacitos. Tocaré hablar con el obispo, que es santandereano, para que nos dé una

ayudadita y le pida el voto al gobernador. Cuando lleguemos al hotel acuérdeme de llamarlo, yo soy amigo del cura desde cuando era seminarista en Floridablanca y sé que me tiene aprecio.

Olvidado el asunto del sombrero, preocupados por el buen éxito de la gestión en la que estaban empeñados, los dos amigos decidieron darse un paseo por la Plaza de Bolívar, el parque Murillo Toro y, finalmente, el Museo de Arte del Tolima, luego de lo cual regresaron al hotel para compartir un plato de lechona rociada con buen vino, descansar y estar prestos para la jornada del día siguiente.

La reunión del comité se prolongó por más de tres horas. Los representantes de Montería, la otra ciudad que aspiraba a ser la sede de los juegos, defendieron con ardentía su pretensión, pero más pudo la elocuencia de quien habló de las breñas de Santander, del coraje de sus hombres, de la bravura y hermosura de sus mujeres, de los parques de Bucaramanga y de la belleza del Chicamocha, de todo eso adornado con las flores y adobado con el dulce sabor del bocadillo. Fue así como la discusión concluyó con votación mayoritaria en favor de la ciudad bonita.

Con la satisfacción de la victoria en la causa encomendada, los amigos iniciaron el retorno. Pero desde el desayuno Luis Enrique fue insistente en la necesidad de volver a la tienda donde creía haber abandonado su sombrero.

—Yo no llego a Bucaramanga —dijo— con la cabeza pelada; mi sombrero lo recupero cueste lo que cueste y si me toca peliar con el marido de la tetona, pues peleo; pero el sombrero no lo pierdo ni pu'el putas.

—Tranquilo —replicó Álvaro— que nadie va a querer un sombrero casoso; eso con seguridad se lo devuelven tan pronto como la muchacha lo reconozca.

—Más le vale —dijo Luis Enrique—, y, en cuanto a casoso, más respetico, que es un sombrero muy fino, de pura jipijapa, se lo compré a unos indios ecuatorianos por un montón de plata.

Al filo del mediodía llegaron los viajeros a la tienda de marras, con tan mala suerte para Luis Enrique que la encontró cerrada.

—¡Maldita sea —gritó iracundo, mirando el cartel que en la puerta advertía el horario—!
¡Estos hijuepuchas perezosos se sienten españoles y creen que toca hacerle siesta hasta a la

agüepanela!

No hubo alternativa. Los amigos decidieron aguardar dentro del vehículo a la espera de la apertura; un asfixiante calor aumentaba la iracundia de Luis Enrique, quien no paraba de maldecir lo mismo a su torpeza que a la costumbre lugareña de cesar actividades al mediodía. Álvaro, entre tanto y para mayor furia del inconforme, apenas si esbozaba una sonrisa como si quisiera burlarse de su amigo.

Una vez apareció la dependiente, la mala cara de Luis Enrique desapareció como por encanto y una luz de esperanza le iluminó los ojos. Con la dificultad propia de su abultada barriga, el hombre descendió del vehículo y, con pasos cautelosos, se dirigió al tenderete, justo en el momento en que la mujer acababa de abrir las puertas. Con voz suplicante preguntó por su sombrero.

—¿Cuál sombrero? —contestó despectiva la mujer.

—Noo, pues que nosotros cuando íbamos pa' Ibagué entramos acá, antier, y nos tomamos un tintico y yo por mirar lo bonita que es usted, me olvidé de mi sombrero, uno blanco, alón, de jipijapa, creo que lo dejé aquí, debajo de esa mesa...

—Pues mire, señor —replicó la mujer—, yo no vi ningún sombrero ni recuerdo que ustedes hubieran estado por acá.

—Qué lástima, señorita, es que yo quería mucho ese sombrero porque es un recuerdo, me lo regaló mi papacito cuando fuimos a visitarlo, allí nomás, al hospital de Agua de Dios donde está recluido desde que lo picó la lepra.

La mujer cambió de semblante en cuanto oyó sobre el origen del sombrero. Con inusitada rapidez, pasó al interior del negocio pidiendo a su interlocutor un momentico, mientras revisaba en la trastienda, para regresar inmediatamente portando, entre sus dedos, como quien teme mancharse o contagiarse, el chambergo asido por el ala.

Luis Enrique sonrió con sorna, tomó su sombrero, agradeció a la mujer y, tras detener la mirada en la turgencia de los senos, retornó feliz al vehículo donde lo esperaba Álvaro a quien, entre risas, narró la argucia con la que recuperó su prenda y la cara de susto que puso la mujer ante la noticia de la lepra.

—Yo ya toy viejo, se me olvidan las jodas, me empenjeo cuando veo un par de buenas tetas —dijo—, pero de tonto no tengo un pelo.

ALBERTO RAFAEL ALANDETE CARBALLO

Un 7 de agosto de 1955, hace 65 años, nació en Cartagena de Indias el arquitecto Alberto Alandete Carballo. El mundo no sería igual sin él, ya que, durante su existencia, con su esposa, le ha dado vida a cuatro hijas y tres nietos; a obras de arquitectura en Barranquilla, donde vive; a un colegio con cien niños; y a un sueño inmenso por servir, leer y escribir. Como semifinalista del concurso “Historias en Yo Mayor”, fue invitado a participar en la Escuela Virtual 2020, la cual le permitió probar que la creatividad, como los años, no están en cuarentena.

LAS DELICIAS DE LA TÍA MECHY

Por Alberto Alandete Carballo

La tía Mechy sabía muy bien cómo ganarse el cariño y el aprecio de los sobrinos.

A falta de hijos propios, ya que nunca los tuvo por haberse quedado soltera —extrañamente y sin que un hombre hubiera puesto su mirada en ella al no tener en cuenta sus lindos ojos verdes, su nariz aguileña y su piel blanca y lozana a pesar de vivir en pleno corazón de la costa Caribe, lo que delataba su ascendencia de estirpe puramente española—, trataba de engatusarnos el gusto y el corazón por la boca, para ganarse su estima. O, mejor aún, por el estómago.

Lo que pasaba era que la tía Mechy era una maga para la cocina y, en particular, para preparar comidas, dulces o refrescos a las mil maravillas, lo que endulzaba el paladar de todos nosotros cuando íbamos a visitarla. Ella vivía al principio en la misma casa de los abuelos paternos con la tía Aurita y con el tío Humbertico. Ya para entonces mi papá se había casado con mamá y yo tenía como cinco años. La tía Ana Dolores también se había casado y vivía en Plato con su esposo y sus hijos Jackeline, Arnulfo, Silvana y Pierina. Mi tía Gladis, por su parte, también se había casado ya y vivía en Cartagena. Ella tuvo cinco hijos: Manuel Rafael, Javier, Alvarito, Lourdes y Felipe, quien nació con problemas de salud y falleció siendo aún niño. Cuando tía Aurita también se casó y se fue a vivir a Barranquilla, nacieron Leonardo, Patricia y Sandra. Tío Humbertico nunca se casó, no tuvo mujer y menos hijos. El caso es que terminamos siendo trece primos y trece sobrinos de la tía Mechy los que en muchos momentos de nuestra niñez caímos víctimas de sus fórmulas mágicas, maceradas y cocinadas lentamente al calor del fuego.

Cómo no recordar de entre ellas sus deliciosas arepas de sal, a base de masa de maíz con queso, esas a las que solía hacerle un huequito en el centro como sello inconfundible de la experticia culinaria heredada de los ancestros familiares; o las jaleas de tamarindo o de mamón con hielo, que resultaban siendo como un néctar de dioses para refrescar el paladar y el espíritu, en medio del bochorno tropical. Y qué decir de las cocadas de guayaba madura con coco que preparaba cada vez que llegaba la temporada de cosecha y que endulzaban, con su olor característico, toda la casa de los abuelos...

Pero de todas aquellas delicias gastronómicas que la tía Mechy solía preparar para darnos placer a los sobrinos cuando llegábamos a visitarla, sobre todo en tiempos de vacaciones en que volvíamos a reunirnos todos en el pueblo para disfrutar de su compañía y la de los abuelos, el que más recuerdos me trae personalmente, quizás por su sabor delicioso, sin que empalagase o desagradara por su dulzor; tal vez por su proceso minucioso de preparación, cocción y presentación; quién sabe si por las añoranzas que despertaban en mí las historias que me contaba tía Mechy a medida que lo iba elaborando, era el dulce de cabellito.

Por lo general lo preparaba cuando llegaba la época de vacaciones de Semana Santa, cuando en el pueblo, como en todos los pueblos de la costa Caribe, se acostumbra elaborar dulces para acompañar las plegarias y rezos durante los días santos. Y, al igual que si se tratara de un rosario del Santo Viacrucis, la elaboración y preparación del dulce tenía sus misterios dolorosos, gozosos, luminosos y gloriosos. No era tan fácil como soplar y hacer botellas, como suelen decir por ahí. No, señor, tenía no solo su técnica, sino también sus secretos y sus misterios.

Recuerdo que cuando yo le preguntaba: “Tía Mechy, ¿por qué no haces dulce de cabellito”, ella sin ningún problema me decía enseguida: “¡Listo! Consíguete una libra de azúcar morena”. Y yo salía desmandado a donde mi mamá a pedirle para comprar la azúcar y que tía Mechy me hiciera el dulce. No siempre encontraba a mamá dispuesta a darme la plata para comprar la azúcar. A veces me decía que no me daba la plata, porque estaba comiendo mucho dulce y me iban a salir lombrices en el estómago y caries en los dientes desde muy pequeño; otras veces me sacaba la excusa de que no tenía plata en ese momento; otras veces decía que no me daba para no poner a tía Mechy a hacer dulces cuando debía estar ocupada haciendo otras cosas del hogar. En fin... sacaba algún pretexto para no darme para el azúcar. Entonces, me sentía frustrado y con el almíbar del dulce revoloteándome en el paladar de la boca. No quería quedarme con el sabor amargo al sentirme derrotado. Era entonces cuando sacaba mis dotes de astuto ladrón y, de algún modo, con mañas o pequeños engaños a la nana, conseguía robarme de la despensa de nuestra propia cocina la azúcar necesaria para el dulce. Así, regresaba feliz de nuevo a casa de los abuelos, donde tía Mechy esperaba expectante y feliz para poder dar inicio a su faena.

Para empezar, tocaba visitar el patio de los vecinos, familiares y amigos donde tuvieran

sembrados palos de papaya para conseguir la materia prima. La idea era pedirles que le vendieran unas papayas que estuvieran aún verdes, pero hechas. No podían estar siquiera pintonas y menos aún maduras ya que el dulce se dañaba, no servía, quedaba muy almibarado y poco consistente. Por lo general, esas papayas no se las vendían, se las regalaban. Pero, a cambio, tía Mechy se ofrecía a regalarles la prueba cuando los cabellitos estuvieran terminados. Así fue como su fama de buena cocinera había ido saliendo poco a poco del estricto ámbito familiar y se había terminado extendiendo por entre el pueblo en general, constituyéndose en una revelación gastronómica que, con el tiempo, traspasó fronteras.

Una vez terminadas de bajar las papayas de los árboles y recogidas y llevadas a la casa de los abuelos, lo primero que tocaba hacer antes de cualquier cosa era poner a deslechar las papayas verdes durante la noche anterior a la preparación propiamente dicha. Para eso, la tía Mechy colocaba las papayas en fila india, una por una en un mesón de la cocina, y les iba haciendo con un cuchillo afilado varios cortes a lo largo de la corteza, de poca profundidad, para sacarles la leche que contenían en su interior. Al principio, al ver a tía Mechy hacer aquella operación, para mí tan extraña y desconocida, al preguntarle por qué lo hacía, ella me explicaba que las papayas, así como las personas, suelen guardar en su interior cosas tristes, amargas, que trastornan su cuerpo y perturban su alma. Y que para que pudieran brindarse dulces, agradables, al paladar y al disfrute de las personas, se les debe sacar primero esa leche o especie de veneno que las amargan. Desde entonces me puse a reflexionar sobre aquella manera tan sencilla y, a la vez, profunda de pensar de la tía Mechy y su filosofía de vida diferente a la de las demás personas. Ella me enseñó, con ejemplos similares, a ver el mundo con una visión distinta a la de otros y a comprender que las cosas son de determinada manera de acuerdo al punto de vista con que se les mire.

Al día siguiente de haberlas dejado deslechando, y cuando las papayas habían quedado libres de cualquier vestigio de amargura que tuvieran en su interior, tía Mechy empezó a desarrollar la segunda tarea previa a la preparación del dulce: despojar a las papayas de la piel que las cubría. A pesar de que estaba acostumbrado a comerme muchas frutas completamente, quiero decir con su piel, como las guayabas o las ciruelas y hasta los mangos así estuvieran maduros, tía Mechy me explicó que con las papayas no podía hacerse igual. Al tragarme la concha, o sea su piel, podía darme en la garganta carraspera o tos y, en algunos

casos, podía causarme hasta ahogo. No sé si sea verdad, pero le creí. Así como le creí también cuando me dijo que eso mismo pasaba con algunas personas, que no pueden pasar por la mente la piel de otras personas, aceptar como iguales a sus semejantes, porque tengan un color distinto al de ellas, por ejemplo, porque sean negras o blancas o incluso trigueñas o morenas. Eso no es justo, me explicó, porque todos los seres somos iguales ante los ojos de Dios. Valemos por lo que somos, por lo que tenemos en nuestro interior, en nuestro corazón y nuestra mente, y lo expresamos a través de nuestros sentimientos y no por el empaque con que hayamos llegado al mundo. Otra vez aprendí a valorar las enseñanzas de tía Mechy.

A medida que las papayas iban quedando completamente peladas, desnudas y libres de su piel, tía Mechy las fue cortando por la mitad, para sacarles las semillas negras que tienen en el corazón. Son precisamente las semillas que, al sembrar en tierra nuevamente, en suelo abonado y fértil, van a dar origen a nuevos árboles de ese fruto. Por eso no permitió que las botara a la basura, junto con las conchas de la piel, como yo pensaba hacer. Me explicó que, al sembrar las semillas de algo, se permitía prolongar una ley de la vida que dice que, mientras un ser vivo muere, sus semillas deben ser de nuevo sembradas para reproducir ese ser que se ha ido a otra vida, perdurando su sangre, su esencia, para siempre, en un nuevo ser y un nuevo fruto que vivirá su ciclo, continuándolo por siempre. Y me dijo algo muy extraño que al principio no entendí: “Hijo, desafortunadamente, a veces esa ley no se cumple. Hay seres que no nacen para ser semilla”. Con el paso de los días y los años comprendí lo que me quiso decir y me pareció una reflexión muy inteligente.

A todas esas, como muchacho al fin, ya estaba desesperado por poder probar el anhelado dulce y no veía la hora en que tía Mechy ya tuviera todo listo para darle el primer bocado. Entonces me explicó que el paso siguiente consistía en cortar las papayas en tiras delgadas. Yo no entendía muy bien por qué debía hacer eso. O mejor, por qué debía cortarla así. Pensé que igualmente hubiera podido cortarla en rodajas o trocitos, en fin, de cualquier otra forma. Pero ella me explicó que debía ser en tiritas y entre más delgadas, mucho mejor, ya que ese era el motivo de que el dulce se llamara de cabellito. Las tiritas, al final, se iban a convertir en un manojo de cabellos delgados y rubios como si fueran bucles dorados cortados de la blonda cabellera de una hermosa princesa. Aquella vez entendí que también en un dulce se podía encontrar poesía.

En este punto de la elaboración del dulce era cuando empezaba propiamente dicha su preparación. Hasta entonces podía decirse que se había adelantado solo el preámbulo, se habían cumplido los preparativos únicamente. Ahora, en cambio, empezaba su fabricación. Para el caso se disponía de un caldero hondo, lo suficientemente grande para que, de acuerdo a la cantidad de papayas cortadas en tiras, pudieran caber todos los cabellitos que se fueran a convertir en dulce. Se vertían las tiras de papaya en el caldero, se bañaba con una cantidad suficiente de azúcar morena para fabricarle el almíbar y se le agregaban astillas de canela al gusto. Y entonces se empezaba a revolver toda esa mezclanza a fuego lento, para que las tiras se impregnaran con la miel.

Se necesita tener buen brazo para menear el cucharón de palo y revolver el dulce. No es cualquiera el que se le mide a la faena, ya que tiene que tener la resistencia suficiente para hacerlo sin que se le canse el brazo antes de que la mezcla se le forme un mazacote y no pueda hacer las pilitas de dulce o, peor aún, se le queme y se chamusque la papaya entre la miel. En cambio, tía Mechy no solo tiene el brazo y la fuerza necesaria para hacerlo bien sino también la ventaja de que mientras revuelve el dulce, despacio, con técnica y práctica, a medida que se va cocinando, el aroma le va despertando viejos recuerdos que se convierten en anécdotas y cuentos que va contando a quienes la vemos trabajar. A medida que menea el cucharón va soltando su relato detallado y minucioso, que parece como una hermosa filigrana tejida con hilos de oro, al igual que las joyas de ese material se fabrican en Mompo. Aparte de buena cocinera, tía Mechy es también una experta tejedora de historias.

Por último, y antes de servir en pilitas como bucles de cabellos de ángeles rubios llegados del cielo, el dulce se deja cocinar otro rato más a fuego lento, para que coja sabor. Antes de enfriar, se va sirviendo en cuadritos de hojas de bijao y se deja al aire libre para que se oree antes de ser consumido. Se puede comer así solo o acompañado de galletitas de soda. Depende del gusto de cada quien. En todo caso, el dulce de cabellito es, sin lugar a duda, un *bocatto di cardenale* que nadie debería dejar de probar jamás, ya que está considerado no solo como uno de los manjares de la costa Caribe más exquisitos al paladar, sino también como uno de los más finos de la repostería criolla.

Con razón a la tía Mechy todos los sobrinos decidimos darle el título de la Maga de la cocina. Sin embargo, la pobre cree que nos estamos burlando de ella y piensa que la estamos

considerando más bien una bruja que cocina sus menjurjes y brebajes misteriosos ante el hirviente fogón, cuando en realidad lo que cocina son buenos platos y estupendas historias.

¡Un brindis por tía Mechy!

MARÍA VICTORIA BERMÚDEZ LOZANO

La autora de “En abril hormigas mil” nació en Barrancabermeja en 1959. Estudió Bacteriología en la Universidad Javeriana. Ejerció su profesión más de 30 años. Le encanta viajar, el cine, la música y escribir. Una amiga le envió un link sugiriéndole se inscribiera en “La Escuela Virtual Historias en Yo Mayor”, creada por las fundaciones Fahrenheit 451 y Saldarriaga Concha, a las que agradece por su inmensa generosidad y bondad. Aprendió que escribir significa crear y compartir. Aunque sus historias son sencillas, las escribe con mucho cariño para quienes, como ella, tengan alma de niño.

EN ABRIL HORMIGAS MIL

Por María Victoria Bermúdez

“¿Quieres ir esta tarde a coger hormigas?”, preguntaron mis amigas de segundo de primaria. “¿Por qué hoy?”. “Porque ya es abril y en este mes las hormigas salen a dar vueltas alrededor del sol. Por la tarde estarán tan cansadas que se caerán; en ese momento las podremos agarrar... Al salir del colegio, nos ‘volamos’ y subimos corriendo al barrio ‘San Vicentico’”. A pesar de la carrera, cuando llegamos, ya había demasiados niños y ninguna hormiguita.

Desilusionadas, regresamos a nuestras casas. A pesar de que me había ido sin permiso, mami no me regañó; solo me preguntó: “¿Por qué traes esa carita?”. “Porque no pudimos coger hormigas culonas”. Ella me consoló y dijo: “No te preocupes, el sábado todos iremos al campo, buscaremos un hormiguero y allá sí las ‘atraparemos’”.

Como lo prometido es deuda, el sábado por la mañana nos fuimos para una finca no muy lejana. Rápidamente, nuestra “campesina santandereana” ubicó un hormiguero, pero alrededor de él solo vimos unos pocos “padrones” (machos), bastantes hormigas medianas que, ordenadamente y en fila, cargaban pedazos de hojitas, y otras más grandes y rojas que parecían muy peligrosas porque en sus cabezas tenían un par de tenazas enormes y filosas. Mamá nos advirtió: “¡Tengan cuidado, niños, porque si una hormiga de esas los muerde, les arranca el pedazo!”. Al poco rato nos regresamos muy desilusionados y aburridos. Ni siquiera vimos una “hormiga culona” (hembra).

Por la tarde, como siempre, nuestra madre disolvió nuestro sinsabor. Con sus ahorros nos compró en la tienda “La Campana” de Zapatoca varias libras de hormigas. Tan pronto llegó, nos llamó y dijo: “Escuchen, ¿qué creen que les traigo aquí?”. El sonido era como cuando uno con la mano arruga un papel de seda muy finito... Mis hermanos mayores adivinaron. Los más pequeños no podíamos creer lo que veían nuestros ojos. Eran para nosotros miles de hormigas culonas vivas. Sí, vivas, así las vendían. Todos muy juiciosos acatamos las instrucciones de doña Marina, nuestra heroína. Nos sentamos alrededor de la mesa de comedor de los pequeños y escuchamos atentamente sus instrucciones: “Lo primero que hay que hacer, niños, es sujetarles la cabeza; después, con mucho cuidado, les arrancan las tenazas, luego las alas y, por último, las patas”. Aunque nos dio un poquito de pesar

no podíamos dudar. Ya sabíamos que eran deliciosas, así que pusimos manos a la obra. En pocos minutos estuvieron listas para que nuestra exclusiva chef las fritara. Ella jamás delegó la preparación de los más exquisitos platillos para sus niños. Y, mientras se freían, qué ricura de olor. Aunque he intentado muchas veces tratar de explicar a qué se parece ese aroma, nunca lo he conseguido, no hay nada parecido. Una vez tostaditas, les agregé sal y, ahora sí: “A comer, mijitos”. Quedaron tan ricas, que no sobró ni media. Literalmente nos chupamos los dedos. ¡Qué afortunados fuimos los que de niños pudimos disfrutar de ese exótico alimento!

Muchos años en la escuela de la vida y, por mi interés en ellas, aprendí lo siguiente: a los distraídos y alados padrones y a nosotros nos había cogido la noche. Por eso cuando fuimos al hormiguero no vimos salir ni una hembra alada, cuyo nombre científico es *Atta laevigata*. La verdad es que ellas hacía horas habían emprendido el vuelo, no a dar vueltas alrededor del astro mayor, sino a aparearse con sus compañeros.

Días antes de ese “vuelo nupcial” hay agite y revuelo en el hormiguero. Las más pequeñas ofrecen alimento y cuidados a sus hermanas-culonas para que luzcan radiantes y bellas el día del casamiento. Después de una noche lluviosa el gran día por fin acontece. Ese será uno, en el que el sol resplandece intensamente sobre un cielo totalmente celeste. Como escoltas también salen cientos de “hormigas guerreras” las cuales atacan sin piedad a los intrusos que tratan de atrapar y evitar la salida de las hermosas y tímidas “culonas” que intentan salir del hormiguero. Las que lo logran despliegan sus transparentes alitas y vuelan en círculos alrededor de su hormiguero, como si estuvieran despidiéndose de su madre y hermanas. Con su revolotear producen un vibrante sonido, que sirve de alerta a los cientos de ansiosos padrones que las perseguirán como locos. Ellos están dispuestos a entregarles sus vidas. Por eso vuelan fiero y desenfrenadamente tras ellas al iniciarse el ascenso. Los que logren la altura impuesta por ellas —unos 200 metros— podrán poseerlas y fecundarlas. La unión dura solo unos pocos minutos. Los enamorados, pero agotados padrones, tratan de abrazarlas como no queriendo dejarlas, pero como están tan exhaustos, se caen como si estuvieran borrachos. Serán presa fácil para grillos, lagartos, pájaros, murciélagos o sapos.

La que parecía una tímida y débil “hormiguita” ahora es una fuerte y valiente “hormiga culona-reina” que continúa volando, cual multicolor mariposa, con sus alas bien abiertas

como si estuviera danzando. Sabe que debe aprovechar la placidez de ese viaje para ubicar el lugar en el cual construirá su hogar. A ese sitio pronto tendrá que llegar. Al aterrizar sobre sí misma dará vueltas y vueltas para despojarse de las delicadas y traslúcidas alas que, como vestido de novia, le sirvieron para su “único vuelo nupcial”.

Para ella, ahora lo más importante es construir su palacio-hormiguero. Durante aproximadamente 20 días trabajará de día y de noche sin descansar. Con sus tenazas y patas perforará y perforará para lograr un enorme túnel. Un hormiguero puede llegar a ser tan hondo como 8 metros y con una longitud en algunos casos de hasta 100 metros. Lo que primero construirá será su habitación ya que pronto se convertirá en la única hormiga-mamá, de hasta ocho millones de hormigas que nacerán en los próximos años en ese lugar. En un rinconcito de su dormitorio colocará tierrita finita que servirá de cunita. En ella depositará los huevitos para dar vida a sus primeras y diminutas hormiguitas, que rápidamente crecerán y le ayudarán. Serán las “hormigas constructoras”. Ellas edificarán muchas habitaciones, túneles, respiraderos y conexiones en el hormiguero.

Terminada la tarea, nacerán las “hormigas obreras”. Estas se encargarán de ubicar, cortar, transportar y entregar los pedacitos de las hojas a las “hormigas constructoras”, quienes las masticarán para que sirvan de substrato y crecimiento al hongo basidiomiceto, *Leucocoprinus gonglyphorus*, que será en realidad el alimento para todas.

Luego nacen las más agresivas y fuertes. Son las “hormigas guerreras”. Su misión es vigilar y evitar el ingreso de extraños al hormiguero. Cada año, entre abril y junio, también se encargan de arrancar, limpiar y despejar de hierbas y malezas a la entrada del hormiguero.

En posturas alternadas nacerán las que se convertirán en “hormigas culonas” porque son las más grandes, elegantes y bonitas y los que serán los “zánganos o padrones”. Las habitaciones de estas dos clases de hormigas son exclusivas, lujosas y espaciosas. Tienen túneles que las conectan directamente con la celda del depósito de alimento y con las salidas, pero tendrán que vivir solas hasta que comiencen las lluvias y soles de abril. Un día soleado dejarán para siempre su lar. Empezarán el vuelo en el que se aparearán. Comenzarán un nuevo ciclo vital.

Cientos de años han transcurrido desde que nuestros ancestros las descubrieron y las ingirieron. Ojalá ese ciclo nunca se rompa. Únicamente de la prudencia del hombre

dependerá que sigan siendo sustento, aunque sea temporal, para algunos campesinos de ciertos departamentos y de unos pocos afortunados dotados, tal vez genéticamente, para ingerirlas y disfrutarlas.

Aunque he intentado describir su sabor, tampoco lo he logrado. Personalmente las considero un manjar mucho más exquisito que el caviar.

LUZ MARINA TORRES

Hace 69 años, el día del cumpleaños 35 de un tío, nació en Bogotá una traviesa y comunicativa niña a quien llamaron Luz Marina Torres. Realizó sus estudios básicos con las Religiosas Franciscanas de María Auxiliadora y universitarios en el Departamento de Matemáticas de la Universidad Nacional. Le encanta consentir a sus seres queridos con sus habilidades culinarias. Se enteró de este maravilloso proceso, que constituyó un oasis en este confinamiento y representó una fértil semilla en el proceso de recuperación, recopilación y escritura de las memorias de su familia, por su hijo, quien fue parte organizativa de él.

VERÓNICA

Por Luz Marina Torres

En Choachí nací.
Municipio del oriente de Cundinamarca.
San Miguel Arcángel, patrono del pueblo.
Nuestra Señora de Monserrat, la Virgen Morenita lo bendice.
Funda'ó en 1563 por Don Antonio Bermúdez.
Cuna del presbítero José Inacio Pesca'or,
único jirmante indígena del jistórico 'ocumento de la independencia de 1810.

Su nombre, Muisca, Chi Gua Chie, quiere 'ecir, Monte 'e la Luna,
centinela entre dos verdes montañas,
baña'ó por el Río Blanco.

'Esde tiempos precolombinos pasa un camino
que lo cone'ta con los llanos orientales,
conserva'ó como Camino Real por los españoles,
comunicación entre indígenas Muisca y 'e los Llanos Orientales,
pu'el había tanto el intercambio de produ'tos como la llega'a de enemigos.

Cuenta la leyenda que, por encargo del cacique, un indio ya viejo que debía 'tar siempre
vigilante de aquella zona,
en piedra pidió ser convertí'ó
pa' no abandonar el camino,
desde entonces la cara del indio ta' vigilante pa' proteger
este portal del sagra'ó territorio muisca.

La Chorrera, casca'a más alta de Colombia,
según cuenta la leyenda en tiempos de los españoles,
unos ladrones robaron el sagra'o cáliz de la iglesia de San Miguel
y, detrás de la casca'a, lo escondieron.

Desde entonces se dice que cuando ella crece
es porque el cáliz derrama las lágrimas de Cristo
o porque los esp'ritus de los ladrones lloran por el peca'o cometí'o.

En mi jinca "La Cabrera", ubica'a en la vereda del Curí,
herencia de papá,
con mi marí'o y mis cuatro hijos, tres hembras y un varón, viví.
Chiguanos nos decían.

Sembra'amos lo que necesita'amos pa' comer: habas, cubios, chuguas,
papa d' año y criollas, mazorca, yuca, arracacha, alverjas y habichuelas,
garbanzos, fríjoles, cebolla y cilantro pa' las sopitas.
Zan'orias, remolachas y tomates para cocinar la única ensala'a que comíamos.
Teníamos cinco vacas lecheras, una veintena de gallinas,
tres cerdos en la cochera,
y ocho ovejas para su lana esquilar, lavar y jilar.
Mi marí'o era el encarga'o de las abejas,
las cuidaba y la miel sacaba.

Vendíamos leche, quesos, cuaja'a, mantequilla batí'a y la miel que sacaba Libra'o.
También las cobijas, ruanas y pañolones que con el telar tejíamos.

Los lunes hacía el amasijo semanal: aromáticos panes de maíz y mantequilla, espojotas
manteca'as, deliciosas almoja'anas,
latas de quesá'illas y los injaltables engüeltos de mazorca,

y, cuando no alcanzaba pa' la semana,
frescas arepas de maíz con queso en laja asaba.

La chucula, las mazamorras de maíz, los cuchucos, las sopas de piste y pinta'ó,
en estufa de carbón, cocina'amos y en cazuelas de barro servíamos.

Solo sopa al almuerzo y seco a la tardecita comíamos.

Al desayuno una taza de chucula no podía jaltar
pa' acompañar al amasijo y los güevos pericos.

Cuando tábamos enjermos, güenas eran las cataplasmas y
las ventosas pa' to'ó
los emplastos con barro milagroso y los sobijos pa' las torce'uras,
la jiebre con ortiga y masaje con tualla moja'a se bajaba.

A mis hijitos sus vesti'os les hacía
para que chanchirientos no anduvieran los muchachitos

Los domingos, con la pinta dominguera,
baja'amos a misa y a mercar al pueblo.
Al regreso salíamos del pueblo por las peñas de Aguas Calientes,
vereda donde se encuentran las aguas termales,
Aguas me'icinales pa'l cuerpo y pa'l alma.
En mula las provisiones lleva'amos,

En las jiestas pa' la celebración de los sacramentos
un marrano se mataba, un piquete se organiza'a y de
beber había chicha, guarapo, chirrinche y masatos,
el de hibas mi prejerido era.

Cansa'a de tanto trabajo y sin sugrimiento,
Un día me jui, humo me volví,
pu'allá a en el año 1959 en dijunta me convertí
y 'hora que güelvo a mirar mi pueblo pensé yo pa' mis adentros
como ta' de cambia'o to'o, jah!

AMPARO PEÑA ECHAVARRÍA

Nació en Armenia en 1956, en el seno de una numerosa familia paisa de 13 hijos. Sus cuentos narran las historias de peculiares personajes que se mezclan en universos de realismo mágico con una alta sensibilidad por las experiencias de vida humana. Su amor por el desarrollo creativo y el aprendizaje continuo la llevó a completar estudios de diseño de modas, dibujo técnico de arquitectura y homeopatía. Con un espíritu libre, nómada y ermitaño, Amparo se encuentra radicada en Cali desde el año 1992 y continúa su relación con las letras en medio de las montañas vallecaucanas.

RECETA ANTIGUA FÁCIL

Por Amparo Peña E.

Cuando el mesero colocó sobre la mesa el plato, con carne nadando en ese líquido rojizo, ella se paró de su asiento, disculpándose con quienes la acompañaban; respiró profundamente y tapó su boca para evitar lo que sucedería.

Miró el sanitario que se encontraba muy limpio, dejó salir el contenido que la asfixiaba y que bullía en su estómago. Se le detuvo la respiración por largos instantes; tenía tanta fuerza explosiva que salpicó todo a su alrededor.

Allí, sola, después de cerrar la puerta, volvió a revivir esos momentos que se repitieron muchas veces cuando era una niña. No sabía el número, pero su ser estaba saturado con esas vivencias.

Se sentó en el piso del baño, cerró sus ojos, su cuerpo era el de una marioneta y recordó todo como en una pantalla. Observaba los días en que bajaba corriendo las escaleras que conducían al patio para jugar con su amiguito a las escondidas y se entretenían juntos. Él era quien siempre se ocultaba mejor, pero la diversión era interrumpida por la aparición casi fantasmal de dos hombres; uno de ellos, que vestía ropa sucia y rota, tenía en su mano algo envuelto en periódico. Ella se ocultaba al verlos bajar las gradas de madera que traqueaban por el exceso de peso de su padre y su acompañante.

Su cuerpo se estremecía...

Ellos buscaban al amigo de juegos de la niña... Esperaron a que saliera de su escondite. El sucio hombre hizo una mueca que dejó ver sus dientes amarillentos, puntiagudos y carcomidos. El dientipodrido lo agarró, lo amarró de sus piecitos traseros y lo colgó debajo de la escalera.

Allí, suspendido y asustado, miraba para todas partes; la niña sabía que él le pedía ayuda con ojos suplicantes, estaba totalmente indefenso y ella no hacía nada, ya que, si fuera descubierta, quedaría muy marcada en sus piernas y la fisura en su corazón se agrandaría aún más.

La niña clavó su mirada en el rostro grotesco del hombre que agarraba fuertemente con su mano sucia el punzón oxidado y lo escuchó decir:

—¡Don, sostenga la taza, ahí corre!

Con lentitud, del cuerpecillo del inocente brotó el jugo caliente y oloroso que llenaba el tazón sostenido por las manos temblorosas del descorazonado vampiro, quien lo tomaba con deleite, como elixir de renacimiento, dejando sus labios pintados de roja dicha y desenfreno. Se lamía y relamía, saboreando ese extracto de lascivia, mientras colocaban otra vasija... Cayeron algunas gotas a la tierra, sanguiuela, le grita al homicida:

—¡Cabrón de muerte, gurre malnacido, no dejes perder nada de mi néctar!

El silencioso amigo de la niña se alejó lentamente de la vida, siendo descuartizado para ser devorado por sus enemigos. Ella hacía arcadas y sus inocentes ojos verdes con lágrimas silenciosas inundaban su carita, develando sus hórridas emociones hacia el ser que la trajo al mundo. Sentía su pequeñez dando vueltas a gran velocidad, tragada por un vórtice oscuro. Vomitó varias veces. Nadie se enteraba de lo que estaba viendo y viviendo; ni aún ella sabía que esa experiencia marcaría su vida tan profundamente.

Caminó hacia la ramada y se encontró frente a un arrume de caparazones de armadillos sacrificados; era todo lo que quedaba de sus compañeritos de juego y que luego eran vendidos a curanderos.

Alguien tocó la puerta del baño, ella intentó levantarse, apoyándose sobre el suelo, pero al ver un charco de sangre que brotaba de su falda se desvaneció sin fuerzas. La encontraron desmayada como siempre, cada mes, desde la visita de su primera luna.

MARÍA NOHEMY SALAZAR

Volvió a la escritura gracias a Historias en Yo Mayor, que el 1.º de mayo, en plena pandemia de Covid-19, lanzó el taller “Tu creatividad no está en cuarentena” para incentivar a mayores de 60 años a narrar desde sus hogares. La autora, nacida en 1956 en Florencia (Caquetá), egresada de la Universidad de La Amazonía, fue finalista del concurso Editorial Nuevo Ser en Argentina. Publicó con la Unicentral los cuentos “Signos vitales” y “Oblicuo”; y con Codema la poesía “A ti hombre”; además, la obra “Todo lo dirá mi poesía”.

CANTO DE ARREO

Por Nohemy Salazar

“Y ¿usted cómo se llama?”, le pregunté curiosa cuando me entregó la totuma rebosante de leche recién ordeñada. Lo observé mientras maneó las patas traseras de la vaca amarrada al botalón y la palmeó cariñoso. Iba descalzo, con el pantalón de dril arremangado bajo las rodillas y una franela blanca a la altura del codo. Arrimó una banqueta de tres patas junto a las tetas de la vaca y los tendones de su antebrazo se tensaron cuando ordeñó con suavidad aparente un pezón de la ubre. De pie, teníamos la misma estatura, delgado, de piel oscura y ojos negros; un sombrero hilachento ocultaba su frente. Le calculé sesenta años. “Rudesindo, el llanero, pa’ servirle”, me respondió.

Habíamos llegado como invitados a la finca la noche anterior. La ansiedad de mis hijos pequeños por ver el ordeño los hizo levantarse temprano en pijama, pero las bostas, los orines y sobre todo el ganado los intimidaron un poco. Caminaron despacio, cuidando sus tenis y esquivando las vacas que rumiaban apacibles, mientras se espantaban las moscas. Su voluntad disminuyó cuando los invité a tomarse la leche y dijeron, “Mamiiii... está cruda y mira de dónde la sacan”. Rudesindo fingió no escucharlos. Uno me señaló sus pies y luego los del ordeñador, anchos con una capa gruesa de callo y dedos cortos, amorcillados. Llanero de pura cepa, lo supe, igual que mi abuelo, jinete de pie sin quimbas, mestizo; con la estampida de la manada en los dedos gordo e índice del pie, afincados en el triángulo de hierro que les sirve de estribo, sostenidos en la montura a pura fuerza y destreza.

Bebí despacio la leche, “y toca el cuatro”, afirmé sin preguntar avanzando hasta ponerme a su lado. Cuatro, arpa y maracas... nueve diciembres les bastaron para acunarse en mi pecho. “Umjú”, fue su respuesta. “Me gusta la leyenda del caporal y el espanto”, seguí diciéndole, resuelta a escucharlo. Mis hijos, atareados en subirse a las talanqueras del corral, habían perdido interés en ver el ordeño y sus totumas con panela raspada en el fondo, quedaron abandonadas en el suelo de barro apisonado. “Esa no me la sé”, respondió muy tranquilo sin abandonar su tarea. “Si los señores quieren, esta noche les improviso un canto de arreo, ese era mi trabajo en los llanos”.

“Café cerrero, supongo”, le ofrecí cuando llegó pasadas las seis de la tarde. Los muchachos

jugaban a las escondidas mientras los adultos fumaban en la sala tranquilos. Se había cambiado de ropa. Ahora era negro el pantalón arremangado, con sombrero peloeguama haciendo juego, reloj de pulso, anillo y camisa roja sin cuello. Traía el cuatro en la mano, dio las buenas noches y arrastró desde la cocina contigua un taburete de cuero sin curtir. Sin mediar palabra empezó a puntear las cuerdas, pero se obligó a responder cada pregunta sin extenderse en ninguna: “Hace 20 años vivo por estas tierras caqueteñas”; “Allá trabajaba en un hato arreando el ganado”; “Esos fueron otros tiempos”; “No, señor, los cantos llaneros se improvisan”; “El rebaño se acostumbra a oírlos mientras se pasan de un potrero a otro”; “No, señora, se cantan sin instrumento de pura voz, uno los acompaña con gritos y silbidos”; “Claro que sí, puedo cantarles uno”; y “Sí, patrón, mencionar a la Mariposa, su vaca favorita”.

Su mano derecha comenzó un “rasgapunteo”, apenas alterado por pequeñas variaciones de la mano izquierda, un largo silbido se dejó oír y llamó exhortando al ganado...

Ajiláááá.... jáaaa... jáaaaaai
 Aijaaaa vaca ladrona
 no bananién Mariposa
 ojo zoroco y uté también panucheeento
 que setán metiendo al chuquio
 y me matan las charaaapas
 Aiaiaiaaa... Aijaiaaa... aaiiii
 alláááá retaquie puel canaguchal
 que ya toy cabroniaoooo
 se lo tan papiando parao
 y uté no se da ni cuentaaaa
 Ajiláááá.... jáaaa... jáaaaaai
 quibo pué ñareto
 no té sobajando chilas
 y métase a lo pandito
 adelante e la majada
 no me salga uté calcetoooo

y chípiele puel otro lao
Ajéeeee.... ajéeeee... ajéeeee
ajeeeeeiiiií
ajile pue lenguetrapo
no que taba afiebrao
deje ya el machucaderoooo
y eche pa'lante
que too ta llanitooo
y la julenca lo ejpera
vácaaaa... vacaaaá... ejjjjjjeeéí
¡júcheleeee perro canchoso!
Rudesindo y mi abuelo, ¡¡qué hombres!!

GLOSARIO CAQUETEÑO

- *Manear: Atar, amarrar.
- *Bananié: Envolaté, demoré.
- *Hilachento: Viejo, roto.
- *Café cerrero: Sin azúcar.
- *Uté: Usted.
- *Etán: Están.
- *Charapas: Tortugas.
- *Puel: Por el.
- *Toy: Estoy.
- *Papiando: hacer el sexo, ganarle a alguien.
- *Ñareto: chato, de nariz pequeña.
- *Té: Esté.
- *Chilas: Testículos.
- *Majada: Vacada.
- *Chípiele: Enrollar el rejo.
- *Lao: Lado.
- *Ajile: Avance no se quede parado.
- *Taba: Estaba.
- *Afiebrao: Entusiasmado.
- *Lengue'trapo: Tartajoso, tartamudo.
- *Machucadero: Sitio donde se hace el amor.
- *Too: Todo.
- *Julenca: Mujer coja.
- *Júchele: Corra, salga rápido.
- *Cuatro: Instrumento musical.
- *Zoroco: Tonto.
- *Panuchento: Pálido, de aspecto enfermizo.
- *Chuquio: Agua poco profunda.
- *Retaquié: Insistir, empujar.
- *Canaguchal: Lugar de palmas nativas llamadas cananguchas.
- *Cabroniado: Malicioso, alerta.
- *Pué: Pues.
- *Sobajiendo: Sobándose, frotándose.
- *Pandito: Cañada poco profunda.
- *Calceto: Faltón.
- *Puel: Por el.
- *Pa'lante: Avance.
- *Llanito: Terreno plano, despejado.
- *Ejpera: Espera.

RITA JULIA SANDOVAL DÁVILA

Hace 66 años en un pedacito de cielo llamado Susacón, Boyacá, nace una hermosa niña que hoy es autora de esta obra. Realizó sus estudios secundarios en Tunja. Allí, siendo muy joven, se vincula al sector financiero. Se radica luego en Bogotá, donde continúa trabajando durante 27 años. Apasionada por el trabajo social, fue coordinadora de grupos de Adultos mayores durante 15 años, en los que siempre les transmitió alegría, valores, música y demás talentos artísticos. Para rescatar esas aptitudes, organiza un Festival llamado Talentos Escondidos para incentivarles a las personas mayores sus dotes artísticas.

GOLVIENDO A MI PUEBLO

Por Rita Julia Sandoval Dávila

Habitando en Bogotá:

Un día me dio la ventolera de ir a mi pueblo natal, Susacón, y me dije a yo mesma:

Voy a echar una cana al aire. Enton jormé viaje. No taba tan rialuda, más bien un tanto embalumada, pero güeno. Agarré un cuchino de alcancía que taba bien amoquillao pualla y, de un tiestazo, lo golví jiras, le saqué los talcos y las chichiguas que tenía. Los metí al bolsico.

En después, eché unos dos chiros en una muchila y me monté en ese Trasmilenio hasta la carpa de la 193 en Bogotá. Y, allí, agarré la jlota que me llevaría a cumplir con esa angurria de golver a mi pueblo.

Cuando asomé a la loma de los Carracos vidé a mi pueblo allá como esperándome.

En tualito me percaté que ya llegaba, le grité al chojer: “Uste, sumercé, ‘quí me quedo”. Cuando paró esa jlota, me jondié al suelo. Y yo brincaba del alegrón de taba en mi pueblo, este taba bien cambia’o.

Yo con esa jeta seca de la sede, como escupiendo balas, me metí a la primera tiendita que topé en la esquina que en antes era de la jinada Rosa Polla.

Me aplasté en un taburete de güenas a primeras. Dentro un jayanazocomo de 2 metros de grande, se quedó embeleza’o atisbándome, como si hubiera visto al mesmo patas. Y gritó: “¡Esto es una chipampa!”.

Yo me quedé tiesa como una estaca y, atisbando pa’ lao y lao, no vidé a más naide puay.

Yo toda espanchirada del viaje. Me acotejaba un poco las greñas y, calaveriando, ¿será algún garlero que ‘ta atalayando a ver qué jorastero dentra al pueblo?

¿O, de golpe, un acomedí’o que me va a ayudar a cargar la muchila?

Más que esa no pesaba mucho, yo la arriscaba a cargar.

De golpe pegó un berrí’o: “¡Uste, sogedionda, yo sé que es busté!”.

Yo atisbé pa’ la’o y la’o y no vidé nada.

Y le grité yo también: “Doy qu’én es busté...”.

Ay, ay, tentación. ¿Es el encanga’o que ‘tuvo con yo en la escuela, hijo de ñua Sinjorosa y ñor Estanislao, que venía de la vereda de Jupa, y era hasta bien roñero pa’ las tareas?

“Sí, sí”, contestó: “Yo soy ese mesmo, soy el Cándido, y habitábamos lejos. Yo era retoba’o, pos no teníamos onde caer muertos. Vivíamos, en la inopia, solo un mero carramán de vaca y un churrio de ternero, un chandoso perro, pulgoso. Y yo era petuse pa’ aprender a le’r y escribir con la m’estra Eva.

“Busté era zarca con esos candiles verdes. Güeno, tuavía se tienta y se halla. Juajuaa”.

En esas, a la tienda dentró La Rosenda, otra amiga de yo y del Cándido, que también ‘tuvo en la escuela. Y eso qué alegrón cuando me vidó.

Esa sí que era jachosa, pero me reconoció intualito, y me dijo: “Yo sí la atisbo puay a veces, en ese jeis-bu, allí ‘ta su retrato.

“Yo sí me quedé en el pueblo, me casé con el arremuesco del Jroylán y tenemos ya un bejigo y otro más volantón”.

También dentró el Jroilán y seguimos garlando.

Yo dije: “Sí, sí, güeno, pero con la garladera, jartemos algo”, pos ‘tábamos rejundíos todos.

“Toy un poco achacuanada y tengo y con gurbia”.

Pedimos una ‘guila, una gumarra sudada con unas dos cirguas y unas amargas.

En esas, se puso a chivirniar y nosotros, atortillaos, esperando que escampara.

Nos echamos un guaro, y había güena música de la tierrita. En esas, nos paramos a mover las quimbas y bailar, pues yo ‘taba jipatiada con ese almuerzo.

Garlamos de tuel mundo. En después yo dije me voy pa’ onde mi familia que estarán ajugia’os que no llegue.

Amalaya, yo poder habitar otra vez aquí, en la tierrita, y no tener que golver a la ciudad onde hay tanto baladrón y tanto ‘esocupado que van carantoñando a la gente.

Me despedí de esos gediondos, eso antes de berriar un poco, pus pasó el alegrón de tastasiarnos, otra vez.

Llegué ‘onde mi cuñada y me dio una jícara de cacao con una buruga de queso y una sema con jayacos de mazorca,

Me eché un rato en la cuja, me quedé dormida y, cuando me recordé, le hice una manda a la Virgen del Milagro, que me dé licencia a yo de golver a vivir a mi tierrita, antes de que me carranguié.

He garla’o.

MARCELA ACEVEDO MORENO

La mujer que nos llevó al viaje por Aguazul nació en Washington el 6 de septiembre de 1955. Por cosas del destino no le tocó una vida fácil y feliz. Fue la sexta hija de un matrimonio que al terminarse dejó sobre su corazón una carga emocional muy pesada que la llevó hasta el oscuro mundo del alcoholismo. Pidió ayuda a la comunidad Alcohólicos Anónimos. Logró salir hace 25 años de su problema y ahora vive en un Hogar para Adulto Mayor donde aprende muchas cosas del misterio llamado “ser humano”. Un día la gerontóloga Marcela Carvajal le invitó a la Escuela Virtual que para ella significó una gran experiencia contando sus historias tristes y alegres, y sobre todo obtuvo un aprendizaje: “venimos a este mundo para servir a otro, de una u otra manera”.

GIOVANNI CARMEN VIVEROS

El hombre que conoció y guarda en los caminos de su memoria a la Sultana del Valle nació allí el 28 de septiembre 1954. Tiene entre las fortunas poco comunes la de llevar en su identidad nombre de hombre y apellido de mujer, pocos son llamados Sr. Carmen. El trabajo con la familia, los negocios y los viajes hicieron parte de largos años de su vida; la familia, los amigos y la vida bohemia le dejaron huellas y rupturas incurables, sigue dando la lucha en lo físico y en lo espiritual para seguir alcanzando la paz del alma y la tranquilidad de la senectud.

DIANA CARVAJAL PINTO

El mundo de la papa, el frío y el trabajo inagotable en el campo lo conoció quien llegara al mundo el 21 de noviembre de 1979, en medio de una familia que por aquel entonces hacía el tránsito de la vida rural a la urbana. Leer, escribir, narrar, exponer y declamar fueron tareas no solo escolares sino personales que forjaron su gusto por las letras y el interés por una buena comunicación en todo el sentido de la expresión. A la Escuela Virtual Historias en Yo Mayor llegó gracias a la difusión por redes sociales que de la misma hizo la Fundación Saldarriaga Concha, resultó una experiencia llena de emociones, gratitud.

A TRES VOCES...

Por Marcela Acevedo, Giovanni Carmen y Diana Carvajal

Bienvenidos a la aventura de recorrer nuestras regiones, no físicamente ni en viajes virtuales, sino por los senderos de la memoria que, como viajero incansable, vuelve con pasión a hacer realidad los escenarios donde la vida se colmó de emociones que perduran. Haremos un recorrido llevados por olores, sabores y cantares para mostrarles por qué somos más que millonarios en historias.

Iniciamos el recorrido a 36° de calor en la Sultana del Valle para asistir a la preparación del manjar blanco: en leña y a fuego lento, se toma un caldero o paila de cobre, junto con su ayudante irremplazable, el mecedor de madera. Se vierte la leche, se agrega harina de arroz “para que dé punto”, luego de ser pasada por el cedazo con delicadeza. Siguiendo las manecillas del reloj se mezclan los dos ingredientes y, sin variar el sentido de rotación, debe seguirse hasta culminar su cocción. Es manjar por su insuperable sabor y blanco por sus tres componentes: leche, azúcar y harina de arroz. El cálculo respecto al tiempo se determina según la cantidad de leche, lo cual podía representar de 6 a 7 horas de labores en casa.

Estamos en el día anterior a la Navidad, es una fiesta anticipada. Comienza a las 10:00 a.m. y vemos llegar la tarde entre cerveza y aguardiente, “es que estamos de fiesta”. La salsa no solo es acompañante de cocina, sino la música que ameniza aquellos encuentros familiares de, por lo menos, 20 personas, en los que todos tienen una tarea.

Están listas las totumas, aquí conocidas como mate, que son de elaboración artesanal por las maestras manos de la Sra. Blanca de Pérez, a donde papá fue a comprarlas. Alcanzado “el punto” se vierte en las mate y el resto, que queda adherido a la paila, es el deleite de los más pequeños que, cuchara en mano, se apropian de quitar hasta el último rastro. Igual suerte corre el mecedor en manos de los pequeños.

Nos despedimos, para continuar el viaje de estos olores y sabores que los seguiremos extrañando y los llevaremos mezclados con la nostalgia de aquellos recuerdos de las épocas de “pasar rico”.

La memoria, como anfitrión de viaje, nos lleva a Casanare en Aguazul, a la casa de Hernando Acevedo López, capitán del ejército y veterano de la Guerra de Corea, compositor

de un alegre son alusivo al desprestigiado “chisme de barrio”. Este son fue creado para amenizar las reuniones de trabajo. Hernando se encarga de interpretar la guitarra, la dulzaina y encorar los versos.

Este caleño, papá de 8 hijos de sus dos matrimonios, nos invita a pasar a su casa para que escuchemos sus historias de aventura y dolor vividas en Corea cuando fue parte del batallón Colombia. Para el relato lo acompañan sus hijos más pequeños sentados a su alrededor y disfrutan tanto de la narración como de su cariño, porque este hombre madurado por la guerra mereció la pensión a los 45 años y disfruta el tiempo que pasa al calor de hogar.

Hernando interpreta la guitarra para amenizar varios momentos cotidianos y, de sus labios, se escuchan canciones como “Pescador, lucero y río”.

No es poca cosa verlo con Carolina Cecilia Arias de Acevedo, su segunda esposa, unidos en una sola voz para deleitar a propios e invitados. Escucharemos la composición de Hernando en voz de su hija Marcela, luego viajaremos a tierras boyacenses, porque allí nos esperan otros aromas y colores.

La memoria, nuestro anfitrión, nos invita a sentarnos al borde del cultivo de papa. Este páramo, conocido en la región como Alto Peñitas, hace parte de la zona rural del Municipio de Morcá. Sus habitantes son hombres y mujeres que han levantado sus vidas, familias, bienes y saberes con un azadón en la mano y con una fiel compañera, la papa; y es que la vemos en el cultivo, en el camión para ir a la ciudad y ser vendida, en el salón donde se almacena la semilla, en las cargas que llevan las bestias incansables y, desde luego, vemos no una, ni dos, ni tres, sino muchas papas en el plato de almuerzo que han servido para trabajadores e invitados porque, aunque usted no sea de acá, “sírvese comer, porque lo que la tierra da es bendito”.

Este cultivo tiene color verde y flor morada, tierra negra, suelta y fría. Aquí se respira un oxígeno que parece helar los pulmones. Las parejas se apilan para limpiar, empacar y vender; las chiquitas se escogen para semilla y las “rajadas” sirven para el almuerzo de hoy, si acaso hay algunas que no clasifiquen en la “separada”, se dejan en otro “montón”, porque “los cerdos también comen”.

De este paisaje donde la tierra está hecha de “retazos”, entre labranza de maíz, papa y pasto para el ganado, nos llevamos el recuerdo de gente que trabaja de sol a sol, que bebe

guarapo para calmar la sed, que toma café (agua de panela con café) y pan para soportar el frío y que viven en la solidaridad del trabajo, la fiesta y la fe.

Gracias por viajar con nosotros a la tierra que amamos y nos tiñe el alma de amor y gratitud.

LOS ANIMALES

Uos acompañan



Termina la quinta semana del Heptamerón y comienza la sexta en la cual las personas mayores, bajo el reinado de los animales, ladran, balan, relinchan, zumban y narran episodios de su vida en los que estos enigmáticos seres fueron protagonistas. El agreste Tony demuestra que jamás podrá ser educado; mientras tanto, Fidel intenta salvar infructuosamente a Dioniciano de su destino salvífico y Orlando, en verso, compone una oda a esos acolchados seres que, trasquilados, espantan nuestro frío. La curiosidad le cuesta la vida a Rogelio (y un dedo, además); en tanto, Rosillo, el titán de la familia, se despide con el cuerpo entre las aguas convertido en leyenda, justo cuando un visitante alado se adhiere al rostro del hermano de Yolanda y un hermoso caucho de la India despide a Negrita.

MYRIAM RUTH FERNÁNDEZ DUQUE

Nació en Guasca (Cundinamarca) en 1948. Vivió en varios municipios antes de llegar a Bogotá a los 12 años. De la madre recibió la capacidad de adaptación y del padre, la pasión por el cine y la literatura. En la adolescencia fue Secretaria y a los 22 años se enroló como Azafata Internacional de Avianca. Se casó a los 27 e ingresó a la Universidad a estudiar Psicología. A los 30 tuvo gemelas y luego de graduarse trabajó en el SENA y el ICBF. Desde 2016 está vinculada a “Historias en Yo Mayor” y de sus orientadores ha recibido el constante impulso para escribir.

BUENA EDUCACIÓN

Por Myriam Fernández Duque

La primera vez que Tony viajó, lo hizo con destino a Bogotá en el camión del trasteo, camuflado en el piso de la cabina y con el cuerpo apoyado en mis piernas.

Desde el primer día en Bogotá, Tony y yo salíamos en la mañana a los espacios verdes que rodean la Universidad de La Salle y, a las 5 p.m., al parque de la calle 56 con 4^a, ambos sitios frecuentados por el grupo habitual de personas con sus perros. Tony se mostraba cariñoso con las personas, pero no quería interactuar con ninguna perra ni perro de pedigrí o mestizos, grandes o pequeños; todos entre ellos eran juguetones y amigables entre sí. En las noches recorríamos las calles y avenidas alrededor del barrio y los domingos íbamos al Parque Nacional. Pese a su aspecto fiero, mezcla de Rottweiler y Doberman, Tony era muy asustadizo y escondía la cabeza entre mis piernas.

Un sábado en la tarde fuimos invitados al parque de la 56 a celebrar el cumpleaños de un perrazo lanudo lo más guau. Tuvimos bombas, helados, delicatessen caninos y muestras de concentrado para llevar. Tony no probó ningún bocado ni se movió de mi lado. Nuestros recientes conocidos no dejaron de señalar su comportamiento huraño y en esa ocasión creí conveniente buscarle un instructor.

Yo supe que Tony había nacido en la finca de un hombre de gran fortuna y que el hijo se llevó al cachorro para su apartamento en el municipio, pero que muy pronto se aburrió de él y lo sacó a la calle. Nunca más lo dejó entrar y lo trataba mal si lo encontraba en la puerta. En la finca tampoco lo recibieron, y la esquina en el asfalto, con vista a su antiguo apartamento, la ocupaba otro perro mayor también abandonado por la misma familia; allí encontró Tony su hogar y a su hermano de infortunio, Spy. Yo los adopté y llevé a casa con consentimiento del exdueño, cuando Tony tenía una edad aproximada de ocho años. Spy, vejado por los malos tratos, solo sobrevivió algunos meses más.

En nuestras caminatas bogotanas nos topábamos con un hombre identificado por su camiseta como instructor canino que caminaba delante de un grupo variopinto de cinco perros. Pedí referencias al vigilante de la cuadra y me aseguró que lo conocía de años atrás y le habían dicho que era buen instructor, así que lo contraté para que sacara a Tony tres veces

a la semana por una hora diaria en las mañanas. En la primera semana Tony esperó con alegría al instructor, pero su ánimo fue decayendo durante la segunda semana, en especial la mañana en que llegó a recogerlo en una camioneta, y los otros perros estaban tranquilamente instalados en el furgón trasero y cubierto. Me explicó que había planeado una salida a los cerros y que la caminata y la naturaleza serían beneficiosas para todos.

Estuve de acuerdo porque en nuestros paseos Tony olía flores, árboles, matas y pasto de los antejardines, también olfateaba el viento cuando le traía aromas de exquisitos manjares —para él—, pero no fui empática con el temor que expresó Tony: no quería cruzar la puerta y tuve que convencerlo en salir; tampoco quería subir a la camioneta y el instructor lo alzó en brazos. Tony, con su mansedumbre habitual, accedió, me dirigió una mirada triste y yo no detuve la partida. Me di ánimos pensando que él estaría feliz y yo estaba sufriendo por nada, así que esperé, pero al mediodía no habían regresado. Llamé al celular del instructor y me dijo:

—Doña, Tony se escapó apenas llegamos al cerro. Él estaba al lado de la camioneta cuando empezó a llover y cayó un tremendo rayo que lo asustó. Vi que iba hacia los árboles, le avisé al conductor para que se quedara con los otros perros y me fui a buscarlo. Di vueltas durante una hora y Tony no apareció. Regresamos preguntando a los lugareños al borde de la carretera y una pareja de campesinos dijo que lo vieron cerro abajo, corriendo a toda velocidad y arrastrando una correa.

—¿Dígame en dónde está? —le pregunté—. De inmediato pido un taxi para encontrarme con usted.

—Estamos en la 5.^a con 72, pero tengo que entregar a los otros perros y llevamos más de dos horas de retraso. Yo creo, doña, que hay que seguir buscándolo abajo de la séptima porque un amigo que vende dulces en la esquina de la calle 85 nos dijo que vio cruzando al occidente a un perro con las características de Tony. Si usted quiere, llegue hasta ahí y luego se devuelve.

Llena de angustia me fui en un taxi por la séptima. Le pedí al conductor que manejara despacio mientras yo vigilaba a lado y lado. Me quedé en la calle 90 y elegí caminar por la carrera 15 atravesando el Parque del Virrey, mientras que gritaba a todo pulmón el nombre de Tony, con la esperanza de que el viento le llevara mi voz y lo guiara de regreso, pues temía

que en su huida se hubiese desplazado hacia el norte de la ciudad. A la devuelta por la 72 rehíce los pasos que una vez Tony y yo recorrimos, continué por la 11 y llegué a la iglesia de Lourdes, les pregunté a los hippies del parque si habían visto a un perro negro arrastrando la correa, contestaron que no. Seguí hacia el parque de la 63 y se los pregunté a los agentes de Policía del CAI y dejé mis datos. Pasé por el Sena en la 57 y seguí gritando su nombre sin temor de parecer loca entre los otros locos que pueblan Chapinero.

Llegué a mi apartamento a las 8 p.m. Había empezado a perder la esperanza de encontrar a Tony. Serví comida a mis gatos, preparé la mía, me serví una copa de vino, puse la música y me arropé en el sofá. Pasada la medianoche, con temperatura bajo cero, los cerros cubiertos por espesas nubes, los gatos ronroneando, el cansancio y el vino me hundieron en un sueño profundo.

Desperté de improviso, alguien gritaba mi nombre. Miré el reloj: eran las 3 a.m. Por la ventana vi a mi vecino de la casa del frente y a Tony a su lado. El vecino lo ayudó a entrar porque Tony tenía muy inflamado un costado del cuerpo y las patas le sangraban; también me ayudó a limpiarlo y a darle los primeros auxilios. Contó que escuchó llorar a un perro, se asomó y vio a Tony frente a la ventana de mi apartamento y, temiendo que yo no escuchara o no estuviera, salió a buscarme, pero como ya había timbrado y yo no aparecía, se resolvió a gritar mi nombre.

Este Tony montañero que no conocía la ciudad logró guiarse con su increíble olfato y agudo sentido auditivo, y siempre he estado segura de que así fue como encontró su hogar; sin duda afrontó peligros y recorridos extenuantes, como lo evidenciaron lo que resultó ser una costilla hundida, un esguince de la pata derecha, heridas abiertas en las plantas de las patas y el pedazo de correa roída, aún sujeta por el collar. Desde luego que nunca más volví a intentar cursos para su “buena educación”.

FIDEL ESLAVA

Nació en Panqueba, Boyacá, en 1951. Dice que ese paisaje era entonces un paraíso de fuego y sangre: tiempo de trifulcas. Su mamá le puso ese nombre para que no se perdiera entre los tumultos, en sus manos todos los verbos y en sus pies todos los caminos. Por él hubiera sido aire para entender el canto de los pájaros. Sus títulos: dos años de primaria y obrero de la tierra. Un amigo lo condujo a Yo Mayor y esto le cayó como bocado en miel. Aspira a escribir un poema y fundirse en la última palabra.

OCHO DÍAS ESCONDIDO DE LA MUERTE

Por Fidel Eslava

Fue condenado a muerte por mi madre. Se llamaba Domiciano y hacía parte de nuestra familia, como las gallinas, las ovejas y todo animal de nuestra finca, que jugara con nosotros. Cuando mi madre tomaba una decisión, como esa, se cumplía el domingo de madrugada o el sábado por la tarde. Era hijo de la cabra pintada, la que se ganó ese nombre por tener pintas negras y blancas. Si el cabro Domiciano hubiera sido de otro color, hubiera vivido, lo que todo cabro: cuatro meses más los diez que ya tenía, pero era negro azabache y esto lo condenó a muerte anticipada. Era tan perfecto su color que de noche quedaba revuelto con la oscuridad y se nos perdía aun estando junto a nosotros. Lo acostumbramos desde bebé a recibir sorbos de nuestro plato y, a medida que fue creciendo, le fuimos enseñando a jugar: subir a la piedra y saltar, mover las manos como rajando leña, apostábamos carreras y nos acompañaba a hacer los mandados. Domiciano llegó a ser el cabro más inteligente de todos los que tuvimos, pero era cabro y su destino, cuando fuera adulto, cuando alcanzara el máximo peso, era ser vendido en libras de carne.

Mi madre se había quedado viuda a los veintisiete y, para hacer de madre y padre, debió agregar a los oficios de mujer que ya sabía, los saberes de mi padre que nos proveían el sustento. Mi padre era, entre muchas cosas, matarife, eso era comprador de ovejas vivas para matarlas y vender la carne, repetir el ejercicio, una cada domingo. Al fallecer mi padre, mi madre heredó ese oficio de hombre y esa clientela que compraba carne. A ella le daba miedo enterrar el cuchillo, le pagaba a mi tío con parte de la sangre del mismo animal, el oficio de degollarlo. Era así la costumbre en la región. Estaba establecido que los niños, a partir de siete años, ayudaran a matar las ovejas o cabras teniéndolas de las patas, mientras se les ejecutaba como a muchos condenados de casi toda la historia humana. Nosotros no éramos cuerpos gloriosos y cuando lo de Domiciano ya llevábamos más de dos años ayudando al oficio de matar ovejas y cabras. De eso me daban pesadillas que me duraron toda la vida. Con Domiciano ya nos nació un compromiso de salvarlo.

En el patio de cada casa había una piedra laja para ese ejercicio: se encerraban los niños menores de siete años para que no se enfermaran de ver. Nosotros teníamos la oveja o cabra,

mi tío cortaba el cuello al pobre animal y ese día comíamos un banquete de asadura. A Domiciano le faltaban cuatro meses para alcanzar el rendimiento de todo cabro de ceba, pero una vecina que tenía un hijo toca'o de dijunto se fijó en él y vino a nuestra casa a precipitar la muerte de nuestro compañero de juegos.

—Mana Lucía, vengo a pedirle un favor.

—¿Qué será?

—Como lo ve, mi hijo está toca'o de dijunto: no gatió, ni intenta caminar, mírele ese color tan amarillo. Está todo engalicao, más muerto que vivo.

—¿Y qué puedo hacer?

—Resulta que el único remedio es meter a mi crío una hora dentro del estómago de un chivo negro para que se le salga el frío del muerto que le pegaron y no hay en la vereda ningún otro chivo tan negro como este. Está que ni manda'o por mi Dios para el remedio.

Mi madre, que revolvía mucho los negocios con las obras de caridad, titubeó un poquito por lo de sacarle al animal todo el provecho en carne. Terminó dándole el sí y acordaron ese sábado, en la tarde, el sacrificio de Domiciano para hacer la obra de caridad y vender la carne. Dos pájaros de un tiro.

Enterados de la fatalidad, los tres hijos de mi madre echamos a andar el plan de esconder a Domiciano donde no lo encontraran por lo menos ese sábado. Había muchos lugares de cuevas y matorrales que servían para el propósito; a esos lugares huían los animales remonta'os, los que recordaban su lejana vida silvestre y huían de las manadas. Escogimos a “Los sitios” por ser el mejor escondite para un cabro negro y allá lo llevó mi hermano a escondidas de mi madre, mientras nosotros hicimos cosas para distraer. Allá se quedó el cabro: contamos con el favor de una cabra enamorada que lo retuvo. Llegó la hora de la ejecución y mi madre mandó a traer a Domiciano de donde ya no estaba. Ayudamos a buscarlo en muchos lugares cuidando de no buscar en donde estaba. Agotamos cuatro horas de la tarde y llegó la noche cómplice de nuestro plan. Ya era tarde para matar al cabro esa semana, solo se vendía carne el domingo en la mañana, el cuchillo se quedó afilado, las ollas de recoger la sangre listas, con los crespos hechos todos y mi madre debería disculparse con la vecina del toca'o de dijunto.

Solo aplazamos la condena ocho días, mi madre entró en sospechas, aplicó su autoridad y fuimos por Domiciano para traerlo a la finca, gracias a Dios no se lo habían robado. Pasamos

la última semana jugando con el Domiciano sin poder decirle que eran los últimos juegos. Llegó ese viernes y mi madre amarró el cabro cerca a la casa y asignó responsabilidades de cuidarlo. La vecina estuvo muy puntual ese sábado a las tres de la tarde con su crío que no daba señales de vida, dormía un sueño de enfermo grave. Maniamos a Domiciano y cada uno de nosotros lo agarró de una pata mientras mi tío hizo lo que tocaba. Nosotros cerramos los ojos y volteamos la cara pa' otro lado, pero teníamos oídos.

Había que hacerlo rápido para no perder ese último calor que guarda el animal. Se separó el vientre, lo apoyaron en un canasto, hicieron la abertura de meter al niño, entre el mar de excremento caliente que era yerba molida en plena digestión, dejando por fuera solo su nariz para que respirara y entre la madre y otra mujer lo sujetaron durante más de una hora para que recibiera todos los medicinales secretos. En otro lado de la casa, mi tío siguió el proceso de la carne limpia. El cabro, por ser negro, tenía más fuerte el calor de cabro, que es su medicina, es un vaho que hace sudar y arranca todo mal que tenga un cuerpo que sea sumergido entre los jugos gástricos de ese vientre. Cumplido el tiempo del remedio, sacaron al niño y lo sumergieron entre una vasija grande llena de leche tibia aromada de yerbabuena recién cortada. El niño entró en un sueño que, dicen, duró toda la noche, al otro día ya tenía otro color. Fue asombroso verlo cómo empezó a caminar, a crecer hasta no quedarle rastro de lo cerca que estuvo de la muerte.

Los tres hijos de mi madre, bandidos del amor en potencia, antes huérfanos de padre y de muchos animales que nos acompañaban y después pasaban por la piedra de degollar, quedamos huérfanos de Domiciano y soñando pesadillas.

ORLANDO ALBERTO MOLANO MORENO

Nació en Firavitoba, Boyacá, a finales de 1945. La Escuela Normal de Tunja lo preparó como docente, labor que desempeñó durante 45 años. Amante del deporte y el arte, también se tituló como arquitecto. Ha disfrutado de las expresiones literarias desde muy joven. En su cumpleaños número 70, su hija le publicó un libro con algunas de sus producciones en prosa y en verso. A través del periódico El Tiempo se enteró del proyecto de Historias en Yo Mayor, participando con gran motivación. Gracias a los gestores y profesores que dirigieron este importante evento.

LAS OVEJAS

Por Orlando Alberto Molano Moreno

El rebaño tapiza la verdosa pradera.
Cual capa de algodones en lento movimiento,
avanzan mansamente arrancando la yerba
y a la vez compartiendo el jugoso alimento.

El potrero es el centro del frondoso paisaje.
Muy cerca del estanque se ven dos casas viejas,
de allí sale una niña luciendo su sombrero,
saltando alegremente, llamando a sus ovejas.

Ellas muy obedientes devuelven la mirada
y esperan complacientes el encuentro pactado.
La niña abraza a algunas y entona melodías
y sigue pastoreando su patrimonio amado.

Hay algunas ovejas con sus pequeños críos
y estos están atentos a amorosos balidos
y corren presurosos buscando su alimento
y mueven sus colitas mamando agradecidos.

La pastora va arriando a aquel cordero lento,
disfrutando la vida ante tanta belleza,
y quiere a sus ovejas porque son obedientes
son seres amorosos y de una gran nobleza.

La tarde va cayendo y el corral las espera.
La niña se cobija con su típica ruana
que un día tejió su abuelo en el telar de casa
pues “sus niñas” le brindan con gratitud su lana.

La tierra está poblada de seres especiales
que al compartir con ellos, enseñanzas nos dejan.
Unos nos dan comida, nos ofrecen abrigo,
son buena compañía, como son las ovejas.

MIRTHA DÍAZ

La autora de este cuento es Mirtha Díaz Zaraza, quien nació en 1949 en Villavicencio. Desde niña fue traída a Bogotá, donde, después de su bachillerato, estudió Enfermería en la Universidad del Rosario. Toda su vida laboral, hasta que se pensionó, transcurrió en la Clínica de Marly, donde, durante los descansos, entretenía a sus compañeras con relatos de hechos vividos o leídos que las ayudaban a distraerse un poco del arduo trabajo con los pacientes. Un afortunado domingo leyó en el periódico El Tiempo que, por la cuarentena, se haría un curso virtual llamado Historias en Yo Mayor, y no dudó en inscribirse para intentar plasmar en papel las historias que tanto le gustaba contar.

CURIOSIDAD MORTAL

Por Mirtha Díaz

Cuenta la leyenda que Rogelio, avezado jornalero de la finca El Cimarrón, ubicada en una gran extensión de terreno en Los Llanos colombianos, era un hombre de mediana edad, fuerte, buen jinete y domador de caballos. Tan pronto arriaba el ganado por los pastizales o hacía los corrales, ayudaba a arar esa tierra fértil y agradecida donde sembraban grandes parcelas de palma africana, plátano, yuca y frutales como papaya, mango y piña.

Don Julio Castro, dueño de la finca y, por ende, de una gran fortuna, le tenía mucho aprecio a Rogelio por ser un gran trabajador, fuerte y honrado y porque llevaba muchos años trabajando en su propiedad, casi desde que era un adolescente, ayudando en todo lo que se iba ofreciendo.

Por eso, hacía unos diez años, cuando Rogelio le contó que se iba a casar con la Cecilia y que quería que él y su señora fueran sus padrinos de bodas, aceptó con mucho gusto y le dijo que de regalo le iba a dar un terrenito, allá abajo, cerca de la quebrada para que construyera su rancho y sembrara algunas cositas.

Rogelio brincaba de felicidad, se veía “más contento que marrano estrenando lazo”, y como solo faltaban tres meses para el casorio, puso manos a la obra. Ayudado por sus hermanos y algunos amigos, construyó, entre los domingos y los ratos libres que le dejaba el trabajo, su casita como la quería, “con la habitación pa’ ellos dos y otra grande pa’ cuando llegaran los chinos, una salita con su comedor y la cocina de carbón con buitrón pa’ que la Cecilia cocinara bien güeno. El baño ajuera de la casa, porque era un pozo séptico y pa’ bañarse y lavar la ropa, pues ahí taba la quebra’a”.

Así que cuando se casaron, se fueron a vivir a su ranchito y, al año, llegó el primer hijo y luego otro y, finalmente, haría seis años, su Marianita, la niña de sus ojos.

Así transcurría su vida, entre el trabajo en la finca y en su parcelita de yuca y plátano. Un sábado le dijo a su mujer:

—Mija, voy a cazar un chigüiro al monte pa’ que hagamos un asa’o mañana.

Diciendo esto, cogió su machete y subió por el caminito hasta perderse de vista.

Llegó hasta el río que alimentaba la quebrada cercana a su casa y empezó a caminar

entre el ramaje y la orilla en busca del animal, creyó ver cerca a unas piedras lo que parecía el excremento, un mojón seco y de forma oval; al agacharse para corroborarlo, resbaló, cosa de medio metro, pero, al agarrarse del rastrojo para no caer más, sintió un dolor insoportable como de un fuerte lancetazo en su mano izquierda. Logró ponerse de pie a tiempo para ver y oír el cascabel de la serpiente que acababa de morderlo y que huía con gran rapidez.

Sabía que el veneno era mortal, que no disponía de mucho tiempo antes de que circulara por su cuerpo y, sin pensarlo dos veces, colocó su mano sobre una piedra, separó su dedo índice, el que había sido mordido por la serpiente, y de un solo tajo se lo cortó.

Con el machete al cinto y haciendo gran presión con su mano derecha y su pañuelo sobre la herida, echó a correr por el camino hasta llegar a su rancho, mareado por la pérdida de sangre y la angustia. Alcanzó a decirle a su esposa que una cascabel lo había mordido y perdió el conocimiento.

Su hijo mayor salió gritando por ayuda, y unos peones que estaban cerca corrieron a donde su amigo y otros le avisaron al patrón quien, con la ayuda de todos, lo subió a la camioneta. Salieron con él y Cecilia, a toda velocidad hacia el pueblo.

Cuando Rogelio despertó notó que se encontraba en el hospital, el doctor le informó que estaba fuera de peligro, su rápida acción lo había salvado. Ya le habían colocado el suero antiofídico, la vacuna contra el tétano y también suturado el muñón de su índice izquierdo, para detener la hemorragia.

—Es usted un hombre fuerte, Rogelio, ahora tiene que alimentarse bien, tomar unos antibióticos que le voy a formular, reposar y volver en diez días para retirarle los puntos.

Cuando volvió al hospital, el doctor lo encontró muy recuperado, le quitó los puntos de la herida y lo dio de alta.

El sábado en que cumplía quince días del accidente, tomó su escopeta y, sin decirle nada a nadie, echó a andar por el camino arriba; cuando llegó cerca a las piedras se movió con cuidado, lentamente... escudriñó el terreno y la vio, enroscada y quieta. Entonces cogió la escopeta, apuntó y le disparó certeramente a la cabeza.

Satisfecho por haber acabado con esa “alimaña”, como él le decía, iba a cogerla para llevarla a mostrar como un trofeo, cuando vio su dedo sobre la piedra, hinchado como una morcilla. Se le ocurrió coger un pequeño palito y chuzarlo a ver qué pasaba y, entonces, aquel

dedo explotó y el veneno que contenía llegó directo a los ojos de Rogelio, causándole la muerte en pocos minutos.

Esa tarde, cuando lo encontraron, estaban juntos los dos cadáveres y entendieron que la curiosidad lo había matado...

LUIS BECERRA PARRA

Nació en Gámbita, Santander, el 11 de enero de 1949. Es el octavo de un hogar de 9 hermanos. Desde niño escuchó las lecturas de sus padres y la declamación de sus poemas. Sus relatos en orden cronológico son veraces de lo vivido entre los tres y veintiún años. Estudió Administración Agropecuaria, en la que se desempeñó. Siempre leyendo y escribiendo crónicas y poesía. Su mayor pasión: el hogar y compartir en familia. Su hija, escritora, lo vinculó a la Escuela Virtual Yo Mayor, donde presentó capítulos de su libro inédito “Contra la adversidad”, escrito con el seudónimo de ROSEBEL, en honor a su padre.

ROSILLO

Por Luis Becerra Parra

Está presente en mis recuerdos de infancia. Fue el Titán de la familia. Como Babieca del Cid, Bucéfalo de Alejandro Magno o Rocinante de Cervantes, merece ser personificado en mi narrativa. “Fuerte subiendo, seguro bajando y poderoso en lo plano”, de carga o de silla, hasta 4 niños a pelo cabíamos sobre su lomo, muy inteligente y noble. Bastaba silbar o llamarlo por su nombre y salía del monte, bajaba la cabeza para que un niño de 5 años le pusiera el cabezal, se dejaba arrimar a un barranco o tronco para montar. Si uno se dejaba caer, paraba y esperaba. Se le cargaban 3 bultos de papa de 5 arrobas hasta por 2 horas y llegaba a paso firme. En el corredor se le quitaba la carga o nos desmontábamos, nunca lo sacábamos acalorado a la llovizna. Mi padre mismo lo herraba con las herraduras que se mandaban a hacer, era fuera de serie. ¿Cómo llegó a ser parte de nuestra familia? Una maestra de nuestra vereda le pidió a un negociante un caballo de silla para movilizarse. El del encargo se lo trajo en la noche aperado y recibió su pago, el domingo siguiente estaba demandado ante el alcalde con estos términos: “Señor alcalde: Vengo a demandar a este hombre que a deshoras de la noche vino y me metió semejante matacán”. El alcalde entendió que se trataba de un caballo, le ordenó recibirlo y devolverle el dinero. Volvió a don Raimundo, su anterior dueño, que se lo entregó a mamá por el arriendo de un año de potrero para yeguas de cría. Desde mis seis años, mi lugar era en ancas, teniéndome del arco de la montura. Mi hermana Judith fue su mejor “chalana”, su vehículo para llevar alumnos a misa. En una hora devoraba un camino de 3 horas a pie. Una tarde lluviosa, pasó por una guarapería de campo que llamaban “El Ajuste”, paso obligatorio, un callejón angosto, dos ranchos de hoja de caña con una ramada para escampar y tomar desde a caballo. No teníamos por qué entrar, entonces salió al paso del caballo un hombre al que apodaban “Juan Diablo”. “Entre, señorita”, dijo tomando a Rosillo por la rienda. Con los talones, recibió la orden de continuar el viaje, el hombre lo jaloneaba interpuesto en su camino, arriscó las orejas, se alzó de manos, se las puso en el pecho, lo derribó y pasó de un salto sobre él. Se oyó la burla de los presentes. Rápido descendimos y a galope llegamos al alto de La Carrera, de donde se veía la casa a dos kilómetros de distancia. Si alcanzaba a otra cabalgadura, le ponía la mandíbula sobre

el anca pidiéndole paso. Donde otros se enterraban, pasaba avante, sus cascos anchos y su estatura eran su mejor poder.

La última vez que recorrió esos caminos, lo hizo cumpliendo la misión de sacar a nuestro padre enfermo, con Rosillo cabestreando, y de regreso el niño de 10 años montado. Lo soltó a potrero, se le cayeron las herraduras, le crecieron los cascos y le dio un hormiguillo de ambas manos, le resultó una gusanera en el prepucio. Su amazona murió, su amo enfermó, una anciana y una niña no pudieron curarlo. Murió de pie, se metió a un pantano a refrescarse sus partes afectadas y no volvió a salir. Se quedó con el pantano a la barriga, hasta que clavó su cabeza.

Se fue enterrando solo por su propio peso, a su derredor, fue creciendo un bosque de sietecueros floridos, arrayanes y moros, diversas aves hacen sus nidos y cantan a toda hora. A ese lugar lo llamamos el Hoyo de las Mirlas. La muerte se transforma en más vida.

YOLANDA CAMACHO DE ORDÓÑEZ

Hace trece lustros y dos otoños, AdnaloY OchamaC SetneraM, bogotana, dio sus primeros chapuceos en el mar de las letras, aferrada al timonel más amoroso. Su progenitora sembró en ella esa pasión y vocación que le llevaron a extender sus brazos y lanzar a muchos nautas por los mares de la ensoñación, siendo maestra, madre, tía y abuela. Cierta tarde, con las pupilas cargadas de horizonte, llegó al muelle “Yo mayor”. Allí se dijo: “la creatividad no entra en Cuarentena”. Su imaginación rebosó de remembranzas y, con pluma en mano, arrancó de su alma este fruto, para ti, amigo navegante.

ESCALOFRIANTE IRRUPCIÓN

Por Yolanda Camacho

La maravillosa naturaleza nos da muchas alegrías, pero a veces somos sorprendidos por acontecimientos que dejan una marca en nuestras vidas. En mis recuerdos de un pasado ya lejano se asoman dos divertidos niños, mi hermano y yo, unos alegres infantes que pasaban gran parte del tiempo jugando con toda clase de elementos, algunos contruidos por nosotros mismos y juguetes como muñecas y muñecos, camiones, pistolas. También nos divertíamos con animales que encontrábamos en el hermoso jardín que adornaba un costado del frente de mi casa y donde María Auxiliadora sonreía con nuestros juegos.

Correteábamos queriendo alcanzar las multicolores mariposas; recogíamos lombrices y las echábamos en frascos o sobre papeles o cajas de cartón para llevarle a las gallinas que mi madre cuidaba con esmero; atrapábamos cucarrones que para nosotros eran camiones que se desplazaban por las carreteras que les fabricábamos y que algunas veces depositábamos en nuestras manos, sintiendo las cosquillas que ocasionaban sus articuladas patitas; seguíamos también el rastro de los caracoles llevando su casa a cuesta y no se escapaban algunas hormigas que osaban llegar en largos caminos hasta la cocina donde mi madre preparaba deliciosos manjares.

También entonábamos lindas canciones alusivas como “Sol solecito caliéntame un poquito por hoy por mañana y toda la semana...”; “Mariposa vagarosa, primorosa que vas de rosa en rosa...”; “Caracol, caracol a la una sale el sol...”; “Luna lunera cascabelera, cinco toritos y una ternera...”. Nos acompañaba el trinar de los lindos pájaros que iban y venían en las cercanas palmeras y nuestro perro Tony con sus ladridos, ¡Guau Guau!, y las gallinas con su alegre cacareo, ¡Caracará! ¡Caracará!, cuando descargaban en el nido aquellos huevos que mi madre utilizaba en diferentes y creativos platos.

Mi madre, en su tiempo libre, nos contaba lindas historias y nos enseñaba a leer y escribir en medio de los quehaceres propios del hogar. Entre ellos estaba el preparar los alimentos, desayuno muy temprano, almuerzo para el mediodía y cena para las 5:30 p.m., cuando mi padre llegaba después del trabajo. Acostumbrábamos a cenar aproximadamente a las 5:45 p.m. y, luego, nos quedábamos hablando un ratito o escuchando los cuentos y leyendas que

contaban nuestros padres o la abuela Juana cuando venía a visitarnos, lo cual era de mayor deleite.

Una de aquellas tardes, después de cenar, encontrándonos degustando un delicioso y exquisito arequipe que mi madre nos había dado a degustar como postre, la puerta se encontraba abierta de par en par. Delante de esta, se hallaba la mesa donde se encontraba mi hermano en la silla de frente, yo de espaldas mirando a mi compañero de juegos, en la cabecera de la mesa mi padre y, en el otro extremo, mi madre. Una brisa violenta entró y hubo un ruido de alas zumbadoras. Un enorme ser irrumpió consternando el ambiente, un escarabajo sorprendentemente se depositó sobre la nariz de mi hermano. Yo, que estaba frente a él, vi horrorizada semejante e increíble visión, fuertes patas se movían, se clavaban, se anclaban sobre el rostro de mi hermano; sus cachos apuntaban a cada uno de sus aterrados ojos y su cuerpo cubrió toda su nariz y boca. ¡Oh, Dios!, la cara de mi hermano oculta por tremendo arcaico y descomunal ser. Mi hermano gemía y manoteaba a punto de enloquecer, mis padres acudieron en su ayuda, trataron de quitarlo, pero sus terribles patas se clavaban más y más sobre la piel de las enrojecidas mejillas. Yo estaba petrificada por tremendo espectáculo, mi madre respiraba hondo y trataba de calmarlo. Mis padres se miraban y, sin musitar palabra como poniéndose de acuerdo, actuaron. Mi padre, por detrás, sujetó la cabeza de mi hermano y mi madre comenzó con sus delicadas manos a fracturar una a una las patas del escarabajo, el cual no emitió ningún sonido de dolor.

De esta forma, el indeseable invitado terminó en la caneca de la basura, sin poder remontar su vuelo. Pagó cara su osadía, el haberse depositado en el puerto equivocado.

Mi hermano, angustiado y con su rostro arañado producto de la presión ejercida por el extraño personaje, duró llorando casi toda la noche y por semanas durmió sobresaltado. Nunca quiso volverse a sentar de frente a la puerta y siempre la cerraba.

Yo sigo petrificada e inundada por el pánico hasta el día de hoy, pues lo experimento en presencia de un inofensivo cucarrón que llegue a cruzarse en mi camino. Esto me causa tal conmoción y escalofrío, sin importar el lugar donde esté, que he creído hasta perder el conocimiento. Quienes conocen mi historia acuden en mi ayuda librándome de cualquiera de estos enormes monstruos para mí, pero de gran admiración para la humanidad.

AURA ENCINALES

Hace unos sesenta años, una niña, a quien bautizaron Aura Encinales, descubrió la magia de las palabras cuando aún no había pisado las puertas de la escuela. Encontró que ellas le hacían salir alas para volar a conocer mundos que estaban más allá de las fronteras del pequeño pueblo del Caquetá a donde había llegado. Más adelante, ayudaron a despertar el asombro ante lo insondable de la condición humana y el abismo de la incertidumbre, al tiempo que le brindaban refugio y compañía. Publicó relatos en la quinta y sexta edición de Historias en Yo Mayor, y ganó el concurso “Fusagasugá, cuna de la palabra mágica”.

LA NEGRITA

Por Aura Encinales

Miro la foto de La Negra por los días en que llegó a nuestra casa y aún me causa asombro la manera como se transformó y transformó nuestras vidas.

El pelo ralo, que por partes se apelmazaba, permitía adivinar sus costillas y las puntas de sus caderas. Su cola, apenas cubierta por unas crenchas hirsutas, dejaba algo expuesta su piel reseca y oscura. Llamaba la atención sus orejas cortas siempre levantadas y sus vivaces ojos cafés. Se percibía claramente que era aún cachorra. Sus ganas de jugar con todo lo que encontraba se sobreponía a su hambre.

Mis hijos fueron los primeros en advertir su presencia en los alrededores de la casa. De inmediato y sin ninguna dificultad la bautizaron “La Negra”. Fue amor a primera vista. Yo acostumbraba, siempre que podía, pararme frente a la reja del antejardín cuando calculaba que era la hora del regreso de ellos del colegio. La Negra me miraba echada al otro lado de la calle, pero cuando los veía asomar a la esquina corría desenfrenada a su encuentro. Caminaba mordisqueándoles los zapatos y, luego, la muy atrevida, continuaba con los míos. Le ofrecíamos algo de comer en un plato de icopor y siempre, igual que ocurría con lo que le daban en otras casas, tomaba el plato entre sus dientes para llevarlo hasta el frente de la casa de una vecina. Ahí, a ese mismo sitio, también llevaba los objetos que encontraba tirados y que le llamaban la atención para convertirlos en sus juguetes. Nos parecía muy curiosa la rigidez de sus hábitos y decíamos “qué cuadrículada es La Negra”

Un par de meses después descubrimos que sus costillas ya no se veían tan marcadas. “¡Jesús, La Negra está embarazada!”, pensé de inmediato. Efectivamente, su vientre fue creciendo, sus movimientos se hicieron cada vez más pesados, en tanto la racha de lluvias que azotaba la ciudad por esos días no daba tregua. Nos partía el alma verla mirando hacia la casa en medio del diluvio y los relámpagos. Mis hijos y yo empezamos a dejarle una caja de cartón con trapos entre la pared y la jardinera para que pudiera refugiarse un poco. Sin embargo, eso generalmente no era suficiente y la caja amanecía humedecida. Pero tan pronto nos veía aparecer en la puerta, dejaba de tiritar y su cara y su cola expresaban la más

pura alegría. A escondidas de mi esposo, empezamos en las noches a meter su cajita debajo de un escritorio que estaba en el garaje. La dejábamos bien comida y abrigada, esperando que permaneciera todo el tiempo sin ladrar. Por varias noches funcionó así y las pocas veces que él la oyó, pensó que estaba afuera.

El lío era que La Negra odiaba a los ciclistas y mi marido ama el ciclismo. Así que un día que él llegaba o salía a su entrenamiento, ella no tuvo ningún reparo en salir de su escondite a amenazarlo con morder su tobillo. Se escapó de ganarse un golpe con la bomba de inflar, gracias a la intervención de una vecina que había llegado a quererla mucho. Unos días después, en medio de un torrencial aguacero, La Negra empezó a parir corriendo de un jardín a otro. Nacieron nueve gigantescos cachorritos del color de todos los perros que había encontrado en cada esquina. La vecina compasiva la acomodó, entonces, con toda su camada en un baño que tenía en su patio. Un mes después, empezó a regalar los cachorros uno a uno y La Negra volvió a la calle.

La primera conclusión a la que nosotros llegamos era que La Negrita debía ser esterilizada y “después ya se verá”, le dijimos mis hijos y yo a mi marido. Un amigo veterinario generoso se ofreció a llevarla a la clínica de una amiga que nos cobró muy poco por la cirugía y la hospitalización. “Recuerden que no la pueden dejar en la calle hasta que no esté totalmente recuperada”, nos dijo ella. De hecho, yo ya le había forrado la espuma del que sería su colchón, le había hecho una almohada, le armé sábanas y cobija en tela térmica, le compramos jabón, champú, toalla, cepillo, plato, taza para el agua, traílla y, por supuesto, su paquete de comida.

Rápidamente a La Negra se le empezó a ver su cuerpo más redondeado, adquirió una manera de caminar bamboleando sus caderas y su pelo se volvió largo, sedoso y brillante. Todos coincidimos en que tenía un ligero parentesco con el collie de la frontera, aunque mi esposo decía que no nos hiciéramos ilusiones, pues solo era un cruce de calle con carrera. A la hora de las comidas poníamos su plato entre el asiento de mi esposo y el mío. Al otro lado, ubicábamos el de Apolonio, un lindo gato blanco que llegó un poco después de ella. Yo me convertí en su traductora y narraba a los demás lo que supuestamente ella quería decirles, con un tono de voz que ella ya identificaba como el suyo. A veces cuando la familia iba llegando, yo me quedaba callada esperando su reacción. Entonces me miraba y los miraba a ellos en una actitud contenida, de espera. De “diles algo”. Y ya para ese entonces, el ciclista

que vio amenazada su integridad ahora le permitía ir en el carro en el asiento de adelante, sentada muy erguida con el cinturón terciado.

Cuando mi hijo mayor se despedía para su partida a México a un intercambio que duraría un semestre y que en estos días completó veintidós años, mantuvo ante nosotros una actitud de buen humor y la apariencia de tomar esa decisión sin darle mayor trascendencia. Así, con ese aire de “frescos que en poco tiempo vuelvo”, se despidió de la familia. Solo se quebró cuando le llegó el turno de hacerlo con La Negra. Luego de un interminable abrazo, sus lágrimas dejaron humedecida su cabeza y su cuello. Definitivamente ella se había convertido en una hija y en una hermana. Una que nos amaba sin condiciones, sin reclamos, sin altibajos. Una que sabía dar compañía y que no tenía problema en adaptarse a lo que fuera, siempre y cuando estuviéramos a su lado. Una que complementaba eso que empezó con nuestros hijos verdaderos: el proceso que nos hacía más sensibles y más conscientes del prodigio que significa la vida y la naturaleza.

Se convirtió en la maestra que nos permitió entender mejor todo lo que tenemos en común, la que hizo posible que visualizáramos cómo es de grande ese animal que llevamos dentro y que nos empeñamos en negar. Luego, el otro hijo también se fue y entonces quedó como hija única, como refugio, como testigo silencioso y comprensivo de lo que implicaban esas ausencias en nuestras vidas.

Un par de años después enfermó de cáncer y murió en los brazos de su “papá”. Fue él quien cavó un hueco en el separador de la calle cincuenta, frente al Parque de Los Artesanos, y sembró encima un hermoso caucho de la India que saludamos y abrazamos cada vez que pasamos por ahí. El desgarramiento que sentimos fue tan profundo que aún no termina de sanar y que, además, no encuentro palabras para describir. Unos días después de su muerte soñé que la veía salir de ese hueco donde quedó, que se sacudía la tierra y corría delante de mí jugando a morder mis zapatos, como cuando la conocí. Y, ahora, mientras escribo esto y vuelvo a llorar como lo hice en esos momentos, lo único que puedo decir, es gracias, Negrita, por haber llegado a nuestras vidas. Gracias por habernos dado tanto.

Somos NUESTROS VIAJES



Termina la sexta semana del Heptamerón y comienza la séptima y última, en la cual las personas mayores, bajo el reinado de los viajes, conmemoran las más intrigantes y amargas travesías. En época de Rojas Pinilla, Tina enfrenta amenazas para regresar al Malabar; años después, el esposo de María recobra la libertad tras ser secuestrado por la guerrilla y Walter emprende, contra todo pronóstico y en compañía de ilustres personajes, una extraña carrera de ciclismo. Tras escalar el Nevado del Ruiz nace una nueva amistad por un plato de lentejas (con sazón de madre); a kilómetros de distancia, Carlos enfrenta heroicamente, como náufrago, las inclemencias del mar del sur, Fernando ignora las señales de lo que será un “sufrido regreso” y Magda esquiva, con fortuna, la tragedia de Armero.

MARÍA L. MORENO “TINA”

En el Tolima, Municipio de Venadillo, Vereda Malabar, donde se decía “nacían muchos y se criaban pocos”, un 2 de septiembre de 1932 llegó a este mundo María Moreno “Tina”. Estudió cinco años básicos en su pueblo; ya radicada en Ibagué, se dedicó al trabajo comunitario. A nivel nacional, obtuvo la medalla “Honor al Mérito Comunal”. Se pensionó en un hogar infantil del ICBF. Le gusta mucho la lectura, además de componer coplas y sonetos, entre otros. En una noche de desvelo, por radio, escuchó acerca de las Historias en Yo Mayor. Fue la oportunidad de cumplir un sueño.

VIAJE CON RETORNO A MEDIAS

Por María L. Moreno de Murcia (Tina)

En pleno mandato del General Gustavo Rojas Pinilla y con miras a que mis tías María Romelia y Ana Bolena cumplieran el sueño de toda la vida, como era conocer la capital del Tolima, la hermosa ciudad de Ibagué, yo también haría parte del viaje y les serviría de acompañante. La noche previa al viaje, un admirador me llevó una serenata muy bonita con música de cuerda, inolvidable recuerdo.

Bien temprano en la mañana, procedimos a despedirnos de todos nuestros familiares, sin saber qué nos depararía este viaje que pensábamos hacer en una semana y luego retornar a nuestra cotidianeidad de la finca en la vereda Malabar. Mi tía Ana Bolena, la mayor, se colocó su elegante briche (traje que solían llevar las mujeres para montar a caballo de una manera cómoda y discreta, para diferenciarse de los hombres por aquello del pudor). Además, la silla se denominaba galápago en la cual la dama podía poner una pierna sobre la otra quedando totalmente cubierta por el largo del atuendo. Mi tío Vicente ensilló los dos caballos que tenían por nombre Manzanillo y El Conejo, que fueron para mis dos tías. Cada una de ellas tenía cinco hijos, que oscilaban entre los cinco y trece años, ellos también hacían parte del viaje y, como no había más bestias, nos tocó hacerlo a pie. Fueron más de cuatro horas hasta llegar al pueblo más cercano, Venadillo.

Llegamos a este pueblo y, allí, en casa de otros parientes se dejarían los niños (diez en total), donde tomaríamos el transporte que nos llevaría a nuestro destino. Mis tías eran jóvenes, no superaban los treinta años, y ya estaban viudas, pues les habían asesinado a sus maridos por el solo hecho de declararse seguidores del partido liberal. El tan anhelado viaje tenía como propósito recorrer todas las calles de la ciudad musical de Colombia y buscar familiares que sabíamos vivan allí, pero no teníamos dirección; preguntando los ubicaríamos sin ninguna duda. Igualmente, haríamos un recorrido por todo el Cañón del Combeima y, en fin, pasarla de lo “lindo”. La estadía en esta población duró más de diez días, pues tocó mandar a hacer ropa para todos.

Estando todo listo para irnos, ahora sí para Ibagué, llegó a la casa de mi tía Matilde, donde estábamos alojados y donde quedarían los niños a su cuidado, un “propio” o razonero

de la época, desconocido por todos, joven, delgado y aspecto desagradable diciéndonos: “Les mandan a decir que procuren no volver ahora pronto a la vereda Malabar, porque la cosa está jodida. Hay gente que viene del llano y están unidos con la chulavita (policía) de Santa Isabel”. Nos causó extrañeza que tuviera la dirección de donde estábamos hospedados.

A pesar de todo esto, no desistimos del viaje, pero la situación se complicó ante esta noticia. Ya no teníamos casi plata, pues fueron muchos los gastos en vestuario y calzado para lucir en la capital. Optamos por ir a comentarle al cura párroco de la Iglesia de Santa Bárbara. Todo un periplo para que nos atendiera. Al fin logramos ubicarlo, mi tía Ana Bolena tomó la vocería y le dijo: “¡Padre, se nos dañó Malabar!”. No se inmutó y simplemente respondió: “Como ustedes quieren viajar a Ibagué, les voy a dar una recomendación escrita para que en las oficinas de La Reina del Norte (así le decían a la empresa de transporte terrestre que cubría esa ruta), Rápido Tolima, los lleven gratis”. También manifestó que fuéramos donde el señor Alcalde y le dijéramos que íbamos de parte de él y, así, nos daría otra recomendación. Llegamos allí y efectivamente nos dio una constancia donde se podía leer que éramos “exiliados”; continuó diciendo que cuando estuviéramos en Ibagué nos dirigiéramos a buscar, a la entrada de la ciudad, un sitio llamado “Albergue de Paz”, que allí nos darían alojamiento gratis. ¡Qué dicha!

Obtuvimos el visto bueno de la empresa de transporte y emprendimos la travesía en flota. Mis tías decidieron, al final, que nos lleváramos los niños también al viaje, en vista de que era gratis.

Y por fin llegamos a nuestro destino, ¡sueño cumplido! Nada de nada, la odisea apenas comenzaba. Caía un torrencial aguacero y la tarde estaba oscura. En la portería un señor nos negó la entrada. Había mucha policía cuidando, pues eran muchas personas; no comprendíamos el porqué de tanta gente, después nos enteramos de que eran muchos exiliados de diferentes partes del Departamento. Después de más de dos horas allí, completamente empapados de la lluvia y un cansancio inexplicable, una señora salió a la portería y nos dijo que nos fuéramos para el centro de la ciudad, cerca a la alcaldía municipal, y preguntáramos, por ahí, por un señor de apellido Tribín para que autorizara nuestra petición. Todo un verdadero viacrucis, mis dos tías se fueron a hacer la diligencia y yo me quedé con los diez chinitos, a un costado de este albergue, porque no nos permitían ingresar. Tarde de la noche ellas regresaron y

habían logrado nuestro cometido, entrar al albergue de paz. Ya casi era media noche, pero valía la pena.

Era una gran extensión de terreno; toda una manzana lo conformaba el tan mencionado albergue. Hoy día existe un colegio oficial en el sitio, llamado Santa Teresa de Jesús. Nos asignaron dos pequeñas piezas para los trece que éramos. Estas consistían en tejas de zinc que hacían de pared y de puerta, otra encima que hacía las veces de techo. La cocina era comunal. Todas las habitaciones eran iguales, decían que éstas las había construido el ejército enviado por el presidente de la República. De vez en cuando nos visitaba la hija del General Rojas Pinilla, María Eugenia (la capitana). Ella, con otras damas, nos hacían la situación más llevadera a los centenares de exiliados, más de tres mil, que temporalmente vivían allí, prácticamente hacinados. Nos daban cantidades de alimentos importados. Fue allí donde conocí los enlatados, la leche en polvo, entre otros manjares. Ayudaban a conseguir trabajo de acuerdo a las capacidades de cada persona; a los niños les enseñaban a leer, a escribir. Entre otras cositas, a mí me consiguieron trabajo en una fábrica de camisas; me pagaban seis pesos por la elaboración de una docena de camisas, prendas finas para almidonar, de manga larga y cuello para corbata de color blanco; requerían mucha delicadeza para su confección. Era la moda para los caballeros de la época. Se vendían en el almacén más exclusivo y elegante de la ciudad: El Para ti.

Pasó el tiempo, llegó el 10 de mayo del año 1957. Estando en mi lugar de trabajo escuché, en un pequeño radio transistor que colgaba de una pared, el siguiente estribillo:

“Oh gloria inmarcesible
Oh júbilo inmortal
Cayó Rojas Pinilla
El que robó un platal”
¡Se cayó Rojas Pinilla!!

Al llegar al albergue en la noche, después de la jornada de trabajo, mis tías estaban muy preocupadas y me contaron que durante el día habían estado unas personas del gobierno y que les habían manifestado, a todos los que se encontraban en ese momento, que era mejor se

fueran alistando para irse definitivamente de allí, porque esa institución iba a ser demolida por el nuevo gobierno. Pasaron más de seis meses antes de que esto se diera. Fue aprobado el plebiscito, hubo un pacto entre Alberto Lleras Camargo y Guillermo León Valencia para turnarse el poder acordando que tomara la presidencia el primero y quien, al posesionarse como tal, mandó derribar con buldócer el campamento, dando a cada familia \$100.00. y la orden perentoria de 24 horas para desalojar, de lo contrario muchas tejas se les vendrían encima, lo cual hizo efectivo al pie de la letra.

A viajar de nuevo, pero ahora de regreso a nuestro terruño Venadillo (Tolima), pero no a nuestra finca en la vereda malabar.

A mí me gustó este viaje
Que tanto dio de qué hablar
Aunque parezca mentira,
¡Quiero volver a viajar!

Godos como Liberales,
Allí podíamos dialogar
Contrario a lo que pasó
En la vereda malabar

Nací en una cordillera por cierto muy liberal,
Campesina de pata al suelo,
Pero fieras para bailar.

Las fincas de mis ancestros
En manos de extraños están,
Después de que a mis pobre viejos
Les tocó mucho monte derribar.
De tumbo en tumbo hemos llegado

A este emotivo final,
Un abrazo para todos
¡Y no dejen de viajar!

En mi parecer, Rojas Pinilla fue el que menos hurtó de todos los sinvergüenzas que han manejado este país.

MARÍA MERCEDES LUNA

Su esencia es como su tierra santandereana, donde la recibió una partera hace 65 años. Estudió Dibujo de Arquitectura porque el arte y sus complementarios le apasionan. Muy inquieta siempre, es intensa en su investigación y en querer aprender a todo momento en el transcurrir de su vida. Profundiza en las artes y en el ser humano llegando al centro del SER. La lectura es su mejor compañía y escribe cuando quiere expresar algo que se queda entre líneas. Sus mejores maestros y a quien adora son los niños. Se enteró de Yo Mayor desde su creación y la invitación a participar en la Escuela Virtual en cuarentena le pareció una oportunidad única.

EL PASEO ECOLÓGICO

Por María Mercedes Luna

Empezamos subiendo la montaña desde una casa campesina, donde tomé una sopa de desayuno que me ofreció la persona que estaba a mi lado cuando desperté de un largo sueño... No sabía dónde estaba, empezaba el día y sentí dolor en mis muñecas y tobillos, me encontraba amarrado de pies y manos con alambre.

De pronto llegaron tres tipos vestidos de camuflado y fuertemente armados. Me ordenaron seguirlos con otros tres hacia las montañas donde empezaría una gran pesadilla de 6 meses en las montañas de Colombia.

Conocer la cordillera oriental en estas circunstancias nunca había pasado por mi cabeza, pero el empezar el trayecto con ropa citadina y zapatos de cuero fue difícil por las largas horas que caminamos. Llegamos a un campo de caña de azúcar. Me dieron un pedazo pelado con la machetilla que llevaban colgada a la cintura. Esta fue mi segunda y última comida del día.

Todavía hacía calor, pero a medida que subíamos se iba enfriando el clima. A los pocos días me dieron un camuflado, chaqueta y botas pantaneras que me acompañarían durante este viaje ecológico, como lo suelo llamar cuando recuerdo aquellos días contándoles a mis amigos y familia.

Caminábamos en la noche para que no notaran nuestra presencia. Los guerrilleros eran 6. Entre ellos había una mujer joven que cocinaba y era la novia del comandante. Todos eran jóvenes, atléticos y parecían gatos en la noche por la agilidad y porque veían perfectamente en la oscuridad. Nunca les vi la cara, siempre estaban ocultos. Me decían 'El cucho', porque tenía un poco más de cincuenta. Afortunadamente siempre me gustó el deporte y pude aguantar el ritmo que llevábamos.

Cuando veían que había algo de agua, parábamos cuatro o cinco días. Poníamos una carpa con puro techo y bolsas plásticas negras de cama. Yo trataba de poner algunas ramas debajo para que no fuera tan duro el piso donde descansaríamos.

Dormía entre dos guerrilleros, y el frío era espantoso. Muchas veces llovía y granizaba, dejando todo blanco. Las nubes tapaban las montañas, pero otras veces estaba despejado y

se veía el cielo todo estrellado iluminando nuestro camino.

Había días soleados con viento frío, pero era reconfortante recibir los rayos del sol.

Comía en una taza de plástico y con cuchara, pues me decían que era mejor así para que no intentara nada contra mi vida. Con esta misma taza me bañaba a totumados en los riachuelos que encontrábamos. Solamente una vez encontramos un pozo con un poco más de agua donde por primera vez me pude sumergir.

Me daban miedo los desfiladeros porque en la noche no se veía nada y no sabía si iba a quedar en alguno de esos precipicios. A pesar de todo, pude disfrutar de lo bello que es nuestro país. Eran imponentes los paisajes y la riqueza de fauna y flora. Creo que nunca hubiera conocido a Colombia de esta manera. Qué riqueza la que tenemos y no la podemos disfrutar por la violencia que hemos vivido.

Este grupo estaba muy bien organizado, sabían dónde parar exactamente, para recibir provisiones o ir a buscarlas cambiando su atuendo por campesinos inocentes que bajaban a algún pueblo con costal al hombro a comprar comida de primera necesidad.

Volvían después de un día y teníamos provisiones para 15 días o más...

Al mes y medio de estar en estos andares, llegó la Navidad (estas fechas pasaron desapercibidas) y, para año nuevo, me dieron un radio donde empecé a oír los mensajes de mi esposa, mis hijos, mis hermanas y amigos.

Me preocupaba mi esposa y mi hijo menor porque, cuando íbamos para la finca en el Tolima, un viernes en la noche, nos interceptaron en el camino tres carros y nos llevaron al monte con amenazas. A la media noche me separaron de ellos y no sabía qué había pasado.

Los primeros mensajes que mandaba mi esposa repetían que estaban bien y que estaban haciendo lo posible por regresarme pronto. Pero mis queridos acompañantes me hacían lavado de cerebro diciendo que mi familia no quería cooperar.

Mi ánimo cambiaba muy rápido dependiendo de lo que pasaba cada día.

Así fueron pasando los días y, cuando regresé, finalmente me quedé sin voz, porque tenía que hablar en susurros para no producir eco en las montañas. Al salir a la libertad me dejaron en un pueblo en Santander. Llamé a mi casa y mi esposa contestó, y le dije quedamente: “Soy yo, Marcos, estoy libre... ya voy para allá”.

Para mi familia fue la locura recibir esta llamada y me esperaron ansiosamente. El

reencuentro es difícil de describir en palabras, pero fue una alegría infinita.

Regresé con 10 kilos menos, el colesterol alto por tanto estrés y, al encontrarme con mi familia y amigos, fue emoción tras emoción. Pensé que no iba a volver a verlos de nuevo.

Hoy, 18 años después, este viaje ecológico siempre lo estoy recordando por lo que vi y pude apreciar, por todos los caminos en esas montañas tan hermosas.

WALTER NAVARRETE

Nació en Bogotá hace 67 años en el condado (barrio) de San Fernando, como diría Fiol. Sorprendió gratamente a su mamá cuando aprendió a leer, después del mucho tiempo que empleó para que lo lograra. Enseguida todo llegó por añadidura. Fue en su temprana adolescencia cuando algo de Salgari, Verne, Dumas, selecciones del Reader Digest y una miscelánea de autores lo enviciaron a la lectura. Siempre había pensado que la escritura no era lo suyo, salvo la técnica y comercial, compañeras durante el ejercicio profesional. El taller de literatura cambió su vida, soltó la mano y publicó. “Sorpresas te da la vida, la vida te da sorpresas”.

VIAJE AL SUROESTE

Por Walter Navarrete Jiménez

Dedicado a mis compañeros ciclistas.

Ese día amaneciste como amanecemos todos los ciclistas antes de una competencia, independientemente del clima y de lo mucho o poco que hayamos dormido; tensos y con la garganta seca por haber estado, un buen tiempo, con la boca abierta en medio del sueño, tratando de aspirar todo el aire que inconscientemente presentimos nos faltará en la carrera.

El desayuno de los ciclistas sabemos que no debe ser tan abundante, que tiene que ser liviano y, por eso, serviste un buen plato de pasta sin ningún condimento y un vaso de una malteada de mil cosas, que la noche anterior te ayudó a preparar tu mujer. Trataste de no despertarla cuando te levantaste antes de las cuatro de la madrugada, dejando tu ropa preparada para no hacer ningún ruido; aunque sabías de sobra que estaría fingiendo dormir cuando partieras, ya que ella, igualmente, estaba contagiada de los nervios precompetencia que a todos nosotros nos hace movernos y hablar diferente desde el día anterior. Para ella no era tan importante si ganabas o no, únicamente que nada te pasara y regresaras entero y sano a tu casa. Saliste con el maletín al hombro y la bicicleta limpiecita al lado, intentando cerrar la puerta muy despacio y con todo el cuidado del mundo para no despertarla. Sin embargo, el maldito cerrojo se disparó con el ruido de un cañonazo que el silencio de la madrugada se encargó de multiplicar por mil. El coro de los perros no se hizo esperar.

Cuando llegaste al sitio de la reunión a siete cuadras de tu casa, ya estaba el bus de la empresa de turismo estacionado a la entrada del polideportivo y, a su lado, el camioncito que iba a transportar las bicicletas. Fuiste de los primeros en llegar.

—Buenos días, Gilbertico —te saludó Vicente, el viejo y regordete chofer del bus que durante tantos años los había transportado por todo el país, en las carreras y entrenamientos que tuvieran y a quien ustedes querían como a un papá, porque era un adorable hincha de todos y cada uno, sin importar el sitio que ocuparan en las competencias. Además, era

aguatero, entrenador empírico, mecánico de bicicletas y un cuentero encantador que animaba con sus anécdotas, a veces exageradas, de sus tiempos pasados de ciclista, las noches en los hoteles donde se alojaban. Él les ayudaba a calmar los nervios que cada uno tuviera por sus posibles triunfos o derrotas.

Salieron a tiempo, cerca de las cinco. Una hora después, la mañana del suroeste antioqueño aclaró plena, luminosa y poco a poco las montañas en el horizonte pasaron de un verde profundamente oscuro a un esmeralda brillante y casi transparente. Tú, mi querido Gilberto, venías acomodado en la ventana de la segunda fila de asientos, a la derecha, con la cabeza recostada contra el vidrio y separada de este solamente por la chaqueta de la sudadera, en un duermevela que no era otra cosa que el repaso metro a metro y curva a curva de la ruta de la carrera y de los posibles sitios favorables a un ataque. La conocías muy bien, pues habías crecido en la región y era una de las rutas de tu entrenamiento.

El bus reptaba por la carretera con el sonsonete casi imperceptible e hipnótico del motor; parecía como si no quisiera alterar la somnolencia de los 35 ciclistas, que viajaban rumbo a la raya de salida en la plaza principal del municipio de Jardín, a dos horas y media de Medellín.

Las gargantas empiyamadas, poco a poco y cada vez con mayor intensidad, se fueron aclarando y agrupando en el comentario de la dureza del recorrido y del mayor o menor entrenamiento que cada uno había tenido previo a la carrera. Los veteranos de esta sentenciaban, con aire de sapiencia, la dureza de los diferentes tramos, de los cuidados que había que tener en los descensos, sobre todo en las curvas de la Herradura y el Despeñadero. Tú sabes, Gilberto, cómo somos los ciclistas de competitivos, pero también conoces la hermandad y el cariño que hay entre todos nosotros, lo que nos lleva a cuidar con mucho afecto a quienes van a llevarnos casi al desmayo en las carreras.

De pronto, intempestivamente y casi sin ningún motivo, te levantaste de la silla y gritaste como un loco:

—Esta me la gano, el año pasado la perdí porque Rigoberto me arrancó cuando pasó la moto y me cogió con los calzones abajo —y lanzaste una carcajada, la cual me pareció que disfrazaba el temor que tenías de volver a llegar después que él.

—¡No soñés, güevón! —te contestó de inmediato Rigoberto, con ese estilo tan propio de su forma de ser—. ¡Te falta comer mucha arepita pa' que me des en la mula! —dijo mientras te

daba un cocotazo cariñoso en medio de las carcajadas de todos.

En ese momento estábamos entrando en el pueblo, ya se veían las primeras casas. Inesperadamente el bus se fue orillando y, cuando paró totalmente, se subió un policía, que posiblemente era el comandante de la estación.

—Señores deportistas, buenos días. Qué pena con ustedes —dijo sin preámbulos—. Por motivos de fuerza mayor, lamentablemente la carrera de ciclismo programada para hoy queda cancelada.

Después de un corto silencio y como si tuviera que dar una explicación añadió:

—El motivo: la fiscalía acaba de detener al señor alcalde del municipio, quien, como ustedes saben, era el organizador y director de la competencia...

Vino un silencio largo, nadie decía nada. Por primera vez la bulla de Rigoberto y la tuya se acallaron.

Un viaje tan largo, con tantas semanas de preparación se veía truncado por un hecho que no tenía nada que ver con el deporte. La cara de todos denotaba la desazón y la rabia. El mismo comandante de la policía permanecía parado agarrado a la varilla junto a la escalerilla desde donde dio la noticia, callado, como tratando de justificar la notificación...

De un momento a otro, Rigoberto con esa seriedad que acompaña con una mirada de picardía cuando va a tramar a alguien, le dijo al policía:

—Oíste, hombre, yo sé que vos tenés que cumplir con tu deber y lo estás haciendo divinamente, pero quisiera, con todo respeto, hacerte una pregunta... tú, como primera autoridad de este municipio en ausencia del alcalde, y aprovechando la venida del Papa hace no mucho tiempo a nuestro país, y en aras del acercamiento de los colombianos, la consolidación de la paz y la hermandad de todos nosotros como él nos predicó... ¿Sería posible que vos nos pudieses autorizar a hacer la competencia, acompañarnos como director de la carrera y, de paso, hacer la entrega de la premiación?

No se me podrá olvidar la cara de sorpresa de todos ustedes incluyendo la del oficial, el largo silencio que siguió y las risas y aplausos de todos cuando él accedió.

CARLOS ROLANDO GALLO GÓMEZ

Nacido un 4 de julio de 1953. Amante de las artes y de los deportes. Contador Público. Desde niño componía acrósticos a sus amores platónicos, que su timidez le impedía publicar. En su juventud, a su primera ilusión le escribió poemas, versos y acrósticos, que no fueron leídos y sí terminaron en la basura. Su insomnio lo lleva a escribir en las madrugadas cuentos e historias basados en el diario acontecer, así conoció la Escuela Virtual Yo Mayor y decidió participar de esta experiencia, con el objeto de conocer a grandes escritores y novicios como él.

LENTEJAS MINGAS

Por Carlos Rolando Gallo Gómez

Aquel 18 de enero del año 68, en plena época del hipismo, ingresé al seminario con el objetivo de ser sacerdote, huyendo más del maltrato paternal que por vocación sacerdotal. ¡Y estaba feliz! Además, era la mejor opción para salir de la casa por la puerta de enfrente y sin resentimientos.

Me registré con el cura director, el cual manifestaba rudeza en su forma de interactuar con las personas. Sus ojos verdes irradiaban disciplina y templanza. Sentí, al comunicarme con él, que no fui de su agrado, sin embargo, no le presté atención a la situación. Cenamos sobre las 6 de la tarde y, seguidamente, él nos dio la bienvenida.

Ya en las horas de la noche, cuando todos nos encontrábamos en nuestros recintos para dormir, me sentía ansioso y escuchaba a mis compañeros llorar, unos por los recuerdos familiares, otros por el incipiente amor y una minoría porque estaban obligados a ser curas, a pesar de que tenían otra vocación.

Al llegar las 5:00 de la mañana, levantada y bañar nuestro cuerpo con agua fría, asear el dormitorio y asistir a misa. ¡Qué pereza! Luego desayunar y escuchar la organización general con el dinamismo del cura director. Seguidamente, llegando las doce, la hora del almuerzo y recreo de dos horas, organización del partido de fútbol de integrantes nuevos, “Los Yucas”, así nos bautizó el cura, contra integrantes antiguos, “Los Papas”, a este equipo lo capitaneaba el cura director. ¡Jugaba de 10 y qué calidad! Recibía el balón, lo consentía, lo acariciaba, miraba para todas partes y distribuía la pecosita con mucha precisión. Mi posición en mi equipo de “Los Yucas” era de arquero.

Fue un partido emocionante con marcador apretado. Íbamos ganando 2 a 1, al final, penalti a favor de Los Papas. El cura acomoda el balón, se impulsa y lo pateo al poste izquierdo; yo vuelo, lo toco con la mano, éste pega en el palo y rebota al tiro de esquina. Suena la campana, dando fin al recreo, y todos a las duchas. ¡Ganamos! Ya en las horas de la tarde el cura dicta al final el horario de clases.

Al día siguiente, clase de matemáticas a las 8 de la mañana, con el sacerdote director. ¡Uy, Virgen Santísima! Llama a lista y, cuando le respondo, me clava sus ojos amenazantes, se

acerca y me dice: “¡Lo salvó el palo!”. “No creo”, le respondí con una risita nerviosa. Y en ese tire y afloje pasaron cinco años, pero aprendí de él, mucho de matemática. Fue mi profesor de álgebra, geometría, cálculo y trigonometría. En el fútbol unas veces ganaba él, otras yo, pero siempre distanciados. Lo respetaba mucho, siempre fui un buen estudiante y me destacaba mucho en su área de conocimiento.

El seminario organizaba todos los años el grupo de Scouts, se llamaba Grupo 70 Mosquera: ¡Siempre Listos! Me integré y empecé como scout raso. El sacerdote era el jefe de tropa, pero siempre delegaba esa función en el mejor alumno del seminario. Las excursiones al monte eran una vez por mes y aprendíamos de todo. Los nudos y amarres, la filosofía scout, ética, principios y valores, encender el fuego con dos fósforos como máximo y algo que mi madre me enseñó desde antes: ¡a cocinar!

En vacaciones de mitad de año, se realizaba la excursión más larga que duraba diez días por el monte. En junio del 72, se acordó explorar la ruta al nevado del Tolima. Íbamos de Bogotá a Ibagué, haríamos base en el Salesiano San Jorge. El sacerdote director, como jefe de tropa, encabezaba, el desafío; aunque nosotros no sabíamos nada de viajar a una zona tan fría y con situaciones climáticas tan adversas.

Después de tres días de apertrearnos de alimentos, ropa y calzado, emprendimos la subida. De Ibagué salimos para un caserío en bus, se llamaba Juntas, de ahí a pie monte arriba y, después de caminar dos horas, arrimamos a un hotel rural y rústico, construido con madera sin tratar y que tenía como atractivo una piscina de aguas termales: caliente y de olor nauseabundo a azufre. Los campesinos nos comentaron muchas historias, anécdotas de las personas que subieron y bajaron en extenuantes caminatas. Nos dieron las recomendaciones del caso, las que seguimos casi que al pie de la letra.

En esta salida ecológica yo era guía de patrulla. Tenía a cargo una tropa de 10 compañeros, los más pequeños, estudiantes de quinto de primaria y primero de bachillerato, el estudiante mayor tenía una edad de 12 años. Para llegar a la nieve había que caminar alrededor de 6 horas a buen paso por la cordillera, éramos como 50 personas en esta caminata.

Se inició la ascensión con oraciones y cantos, a las cinco y media de la mañana, cuando aparecieron las primeras luces del amanecer. Nosotros, los más pequeños, íbamos atrás, pero manteníamos el ritmo. El día estaba lluvioso y una densa neblina cubría el ambiente,

escasamente nos veíamos unos a otros. El sacerdote con su brújula guiaba la marcha y el frío nos calaba los huesos. Todos llevábamos puestos dos pantalones, dos pares de medias, zapatos tenis y, uno que otro, bufanda, el morral a la espalda, un bordón de apoyo para subir, cuchillo al cinto; los más grandes llevaban machetes para señalar el camino y para cortar el rastrojo.

A las dos horas de camino nos encontramos con un fuerte aguacero. Sabíamos que a 300 metros había un refugio que los anteriores visitantes al nevado habían construido bajo dos inmensas piedras; pero no era fácil llegar. Las corrientes de agua nos dificultaban el avanzar.

¡Al fin llegamos! Las piedras eran gigantescas, más grandes que las que hay en el municipio de Faca. En el lugar había mucho frailejón que tapizaba el suelo de madera rústica y que servía para dar calor a la gente, una hornilla y una despensa con café y azúcar. Existía la costumbre de dejar al regreso víveres sobrantes para futuros exploradores.

Las cuevas tenían dibujadas, en sus tablas, innumerables letreros y mensajes, uno grande: ¡Aquí Juan y Rosa consumaron su amor! Ya eran las nueve de la mañana. El sacerdote dijo: “Si no escampa, nos toca regresarnos”. A las 10, amainó la lluvia y arrancamos, pero ya los pequeños empezaban a sentir fatiga. Según nuestros incipientes cálculos nos faltaban tres horas de camino.

A la hora de camino el cura me llamó al frente y me ordenó: “Devuélvase para el refugio con su patrulla y descansen mínimo una hora; después se regresan al campamento y van preparando la comida. Anoche dejé en remojo unas lentejas; prepárenlas de comida para cuando lleguemos”. Sin chistar palabra, me devolví con mi patrulla. Descansamos lo mandado y nos devolvimos, siguiendo las pistas señaladas por los mayores. Realmente no tuvimos mayor dificultad, nos habíamos preparado bien para este momento. Las pistas se hacían con hojas entrecruzadas y flechas rasgadas en árboles y piedras; además de referencias veredales, como un hueco, una enorme piedra o un inmenso árbol con hojas y flores raras.

Siempre me gustaron las lentejas y fue lo primero que me enseñó mi madre a cocinar. Me dio su receta secreta. “¡Nunca la divulgue!”, me advirtió.

El resto de la tropa cumplió su hazaña y llegó hasta la nieve. El cura solo permitió acercarse y tocarla, no ingresar a ella. Fotos y diversión por media hora y regreso al campamento. Había que llegar antes de la 6 de la tarde, pues, más noche, la oscuridad nos podía traer

dificultades. Sobre las cinco y media el objetivo se logró. ¡Lo habíamos cumplido! Y nuestra tarea, también. La comida estaba lista.

Alrededor del fuego, orando y entonando cantos celebrábamos nuestro triunfo. “No es más que un hasta luego, no es más que un breve adiós, muy pronto y junto al fuego, nos reunirá el Señor”. Lágrimas de orgullo rodaban por nuestras mejillas y abrazos iban y venían. Servimos la sopa, después la papa, el arroz y las apetitosas lentejas. Una limonada para bajar lo comido y a dormir. El sacerdote dio las buenas noches y a descansar.

Me quedé solo en la cocina lavando la loza y cuando escuché la voz del sacerdote: “Hermano, ¿le quedaron lentejas?”. Contesté: “¡Sí, señor! ¡Quedó el raspado!”. “¡Ah... qué rico! ¿Cómo las sazonó?”. “¡Las hice como mi mamá me las hacía!”. “¡Lo felicito! Hacía tiempos que no comía unas lentejas tan bien preparadas. ¿Quién le enseñó a hacerlas?” “¡Mi mamá!”, le contesté orgulloso y agradecido. Y nos sentamos a hablar por más de una hora sobre nuestro futuro, pues yo terminaba el bachillerato y a él ya le habían comunicado su traslado a otro colegio salesiano. ¡Las lentejas nos hicieron mingas el resto del año escolar!

CARLOS ÁLVAREZ LEÓN

Álvarez León nació en Pasto en 1943. Desde su infancia recibió una educación esmerada. Aun siendo niño su familia se trasladó a Bogotá. Egresó de la Universidad Nacional y luego estudió en la Universidad de Lovaina en Bélgica. Es especialista en Derecho internacional en Colombia. En Europa se apasionó por la navegación a vela y la construcción de veleros; después de haber tripulado varios viajes de crucero por el mundo, sigue siendo su pasión. Como integrante del grupo literario Soles y Lunas de la Biblioteca del Deporte, participó en concursos en “Historias en Yo Mayor”, vinculándose así a la Fundación.

NÁUFRAGOS EN LOS MARES DEL SUR

Por Carlos Álvarez León

Solamente tengo un vago recuerdo del momento en que el mástil del velero se me vino encima. Estaba aturdido y semiinconsciente, por fortuna, atrapado en una rendija de la cubierta del bote, entre el tambucho de la cabina y la botavara que se había desprendido junto con la vela del palo de mesana. Se había formado un estrecho canal que me protegió y salvó la vida cuando aquel mástil se desprendió de la base. Quedó atravesado por encima de la rendija protectora, sobresaliendo las puntas por las dos bordas.

La tormenta arreciaba cada minuto. Nos tomó de sorpresa a mi tripulante y a mí, únicos a bordo. Zarpamos a las cuatro de la tarde del puerto de Oakland en Nueva Zelanda el día anterior, con destino a Ciudad del Cabo sin que se presagiara nada grave en la “meteó”. Solamente fuimos advertidos de un chubasco en formación al sur de los “cuarentas” en la zona antártica, a cientos de kilómetros de nuestro rumbo noroeste. Antes bien, nos alejábamos de los rugientes cuarenta grados de latitud sur, terror de los marinos.

Cuando la mar se puso gruesa, eran las dos de la tarde del día siguiente al zarpe del puerto, o sea que habían transcurrido 22 horas de navegación tranquila. A esa hora, el Servicio de Guarda Costas de Ciudad del Cabo alertó del mal tiempo en la ruta que llevábamos. Navegábamos en un bote a vela de 32 pies, con vela mayor, foque y un pequeño trinquete en la proa. Era un barco muy marinero que se deslizaba rompiendo el agua, produciendo un bramido con chasquidos y espuma que parecían una caricia a nuestros oídos de marinos atrevidos.

Sin el palo mayor, por consiguiente sin velas, la situación se tornó crítica. El mar estaba enfurecido con olas de seis metros en cuyo seno desaparecía en bote y volvía a la cresta espumante, muy marinero. Bajé a la cabina con mucho esfuerzo para encontrar a mi tripulante, pero lo primero que vi fue que estaba inundada y Tom permanecía aferrado al pasamano del camarote de proa para no ser barrido por el agua que entraba y salía.

La suerte del barco estaba echada. Se iría a pique sin remedio. Ayudé a Tom a salir para ir en busca del bote salvavidas que se encontraba en la proa. Pero no lo podíamos hacer sin arnés o estaríamos en el agua en menos de un abrir y cerrar de ojos. Así que, en medio de

la confusión por la bravura del mar, enganchamos los arneses a los imbornales para tirar el bote amarillo naranja al agua, maniobra que se debería hacer en menos de tres minutos que, según mis cálculos, bastarían para que el velero se fuera a pique. Desaseguramos el inflable con mucha dificultad, porque el movimiento era tan fuerte que apenas lo logramos cuando el velero hundió su popa y levantó la nariz de la proa, como si tomara la última bocanada de aire. En ese momento, con el cuchillo que llevaba siempre para las faenas de abordaje, corté las amarras que sujetaban un bulto que imprudentemente estaba encima del salvavidas, halé de la manilla que automáticamente tiró e infló la embarcación de emergencia al agua, quedando unida con unos cabos para que nos aferráramos de ellos, en el último momento de agonía de nuestro barco. Al tiempo que el casco se sumergía como una ballena majestuosa de 32 pies de eslora, nosotros dos forcejeábamos con lo que daba la tensión de los músculos para subir a bordo de una cáscara que se bamboleaba estremecedoramente en medio de la tormenta grado 10. Por fin logramos meternos en el bote de goma, que tenía un tambucho para quedar al abrigo de los remesones de las olas.

Quedamos tendidos en los costados casi sin aliento. Tom tenía una herida en el hombro izquierdo, sin saber dónde se la había causado. Yo tenía magulladuras por todo mi cuerpo y un intenso dolor de rodillas, seguramente por haber estado expuesto al golpe de la marejada y por golpes que apenas venían a mi conciencia. Después de un tiempo que no tengo presente, me reincorporé para hacer un inventario de lo que había a bordo, que hacía parte de la dotación reglamentaria para caso de emergencia como éste. Teníamos alimentos enlatados para sobrevivir una semana, anzuelos y carnadas para pescar, linterna, pistola de señales, mantas, agua, binoculares, medicinas básicas, cuchillo, una estufa con una sola boca alimentada con alcohol y un paquete con banderas de señales. Mi tripulante se reincorporó con mucho dolor de todo su cuerpo, pero también revisó las vituallas de emergencia.

Tom descubrió en un bolsillo hermético un radio y cartas de navegación en papel inmune al agua.

Le dije que poco nos serviría sin una potencia para movilizar el bote. Recordábamos la última posición del velero. Habíamos elegido una ruta pasando por el sur de Australia, para luego tomar nornoroeste con el compás apuntando a Ciudad del Cabo en Sud África. Así que probablemente estábamos saliendo del Océano Indico y aproximándonos al Atlántico. La

tormenta continuaba zarandeando la embarcación. Apenas habían transcurrido tres horas del naufragio sin darnos cuenta. En el mes de febrero la claridad se extiende a más horas. Fue entonces cuando nos percatamos y tomamos conciencia de que estábamos a la deriva en el inmenso océano Índico. La embarcación parecía tan débil que pensé que se iba a destrozarse por el azote del mar. Cerramos la cremallera del toldo, lo cual nos aisló del agua, pero tuvimos que achicar aquella que entró cuando la bajamos del Aurora antes de que se refundiera en el mar.

A pesar del zangoloteo muy intenso, nos quedamos dormidos por el cansancio toda la noche y nos despertamos a las 5 de la mañana del día siguiente, con una mar menos agitada, con signos de amainar. Abrimos el cierre delantero para otear el océano a las 8 de la mañana después de preparar un frugal desayuno con lo que teníamos disponible. La mar estaba más tranquila sin tormenta, pero las corrientes en el sur de África donde se dividen los mares Índico y Atlántico determinaban una mar gruesa. Solamente había un horizonte en 360 grados. Nuestra soledad era espantosa agravada por no conocer nuestra posición. Solo teníamos la certeza de que, donde probablemente nos encontrábamos, era una ruta marítima frecuentada por grandes buques cargueros. Este hecho constituía un gran aliciente de ser rescatados, pero también un gran riesgo de ser embestidos e irremediablemente hundidos.

Así transcurrió el primer día y noche de nuestro desastre. A las cuatro de la tarde de ese día divisamos en dirección noroeste un barco que cruzaba el mar. Inmediatamente hicimos señales desesperadas con los trapos que teníamos disponibles y disparamos dos cartuchos de señales luminosas con la pistola para el efecto, pero el buque desapareció en poco tiempo en el horizonte. No nos vio.

Después del frugal desayuno, no habíamos comido nada excepto unos tragos de agua que habíamos determinado racionarla. Teníamos los labios secos y comenzaban a partirse por el salitre de la brisa marina y por el tiempo que permanecimos mojados, durante la tarde del hundimiento. Llegó la oscuridad de la noche con un agite de olas que claramente no eran de tormenta, pero sí probablemente por las corrientes marinas que chocan al sur del Cabo de Buena Esperanza donde se tocan los dos océanos.

El segundo y tercer día, no avistamos nada. Al atardecer, mi compañero de infortunio descubrió un bolsillo pegado a la lona del tambucho que había pasado inadvertido todo

el tiempo. Al abrirlo sacó un paquete impermeable muy bien protegido contra el agua. Contenía un GPS y un compás, lo que significaba conocer nuestra posición y saber la deriva que llevábamos. Durante tres días no sabíamos dónde nos encontrábamos ni para donde nos arrastraban las corrientes. La estima que teníamos era equivocada porque estábamos muy lejos de entrar en el Atlántico. Eso fue lo que nos dijo el GPS.

En la noche nos estiramos en la balsa; transcurridos unos minutos cuando empezamos a dormirnos, sentimos que algo golpeaba el fondo. Esta sensación se repitió a intervalos de más o menos 15 o 20 minutos, hasta que resolví abrir la cremallera e inspeccionar que sucedía. Al principio no observé nada excepto la espuma que salía de la turbulencia del mar. Me dispuse a estirarme nuevamente, cuando vi la aleta dorsal de un enorme tiburón blanco que patrullaba nuestro rededor. Solamente confiamos en que no se le ocurriera morder el bote salvavidas y desinflar las cámaras de aire que hacían que flotara. La noche transcurrió tranquila sin oír más roces del escualo en el fondo.

Al amanecer utilizamos el GPS nuevamente, que por la tensión que aún nos agobiaba, lo habíamos olvidado. Nos situaba entre Australia y el sur del continente africano pero a muchas millas de tierra. Estábamos más o menos en la mitad del camino, arrastrados por la corriente del Índico. Haciendo cálculos con los dos instrumentos de navegación nos dirigíamos al oeste a una velocidad de 3 o 4 nudos, unos 5 o 6 kilómetros por hora. A medio día avistamos en el horizonte un buque que apenas sobresalía, o sea que debería estar a unas 8 millas náuticas. De nuevo como en la vez pasada agitamos trapos y disparamos una bengala, pero el barco desapareció de nuevo.

Vimos al atardecer varios tiburones que olfateaban dándole la vuelta al bote salvavidas, lo que nos puso nerviosos. En caso de perder la embarcación por cualquier circunstancia, por la mordida de un tiburón a las cámaras inflables, seríamos la cena de los escualos; tendrían un banquete en medio de la soledad del océano; mi compañero refiriéndose a esto mismo dijo: “¿Es como paradójico no?”. No entendí lo que quiso decir.

Esa noche dormimos poco por la tensión que nos producía la presencia de los tiburones, pero al amanecer del día siguiente nos relajamos, porque ya no estaban y hacía un buen día con una mar tranquila relativamente, porque la corriente agitaba más el mar y el zangoloteo de la embarcación. Desayunamos con lo disponible y consumíamos agua muy racionada,

no más de medio vaso cada 6 horas. A media mañana nos acordamos de los anzuelos con carnadas de emergencia y las tiramos al agua. Tardamos una media hora cuando se ensartó un dorado de unos 5 kilos. Teníamos el almuerzo y nos alcanzaría para la cena y para el día siguiente poniendo a secar la carne al sol para su conservación. En la tarde vimos pasar una manada de orcas con dirección nornoroeste de lo que dedujimos que se dirigían a las costas de África para cazar focas y leones marinos. La noche transcurrió sin mayor novedad porque logramos dormirnos a pesar de los turnos de 3 horas como vigía cada uno, en caso de avistar un salvamento, pero no vimos nada hasta las 6 de la mañana cuando cambiamos de guardia.

A esa hora avistamos un carguero en la lejanía. Dábamos por hecho el rescate, pero otra frustración se nos vino encima. Por más señales que hicimos, siguió su curso virando al noroeste. A las cuatro de la tarde apareció a 50 metros de la balsa una ballena jorobada con su ballenato. Las conocíamos como amigables por los avistamientos que habíamos visto en las costas colombianas. Poco a poco se fueron acercando con su resoplido respirando, emergiendo y volviéndose a hundir. De pronto la madre levantó la cola majestuosamente y la aplastó contra el agua jugando con su cría. En el rato menos pensado se acercaron a la balsa, el vallenato hizo lo mismo que su madre con la cola y nos aplastó como se aplasta una mosca. El tambucho quedó como una arepa y nosotros dos tirados en el fondo cual largos éramos, nos preguntamos mutuamente si estábamos bien. Yo tenía un fuetazo en mi muslo derecho que se puso rojo. Mi amigo solo tenía aturdimiento. Lo primero que deberíamos hacer era reparar nuestra casa marina cuya cubierta se vino abajo. El problema era que se erguía inflándola y el coletazo había hecho un hueco por donde se escapó el aire como un balón reventado por una potente patada.

Al día siguiente, nuestra balsa era una calamidad aplastada. La flotación no estaba afectada pero la falta del tambucho hacía que el sol, la brisa y el agua, nos torturaran inclementemente porque no pudimos izar de nuevo el tambucho. El agua comenzaba a escasear y pronto estaríamos deshidratados con muy pocas posibilidades de sobrevivencia. El dorado que pescamos alivió un poco lo referente a la comida, gracias a la hornilla de alcohol. Estábamos saturados de enlatados que afectaron nuestros estómagos.

A las 11 de la mañana nos quedamos dormidos por cansancio, desatendiendo el turno de vigilancia, en un sueño profundo a merced de los elementos. De pronto nos despertó una

bocina atronadora. El susto fue indescriptible, porque no sabíamos qué era. De inmediato nos incorporamos parados en el piso del bote. Instintivamente lo primero que pensé fue que un tiburón había taladrado de un mordisco la cámara de aire del bote con lo cual nos iríamos a pique en segundos irremediablemente. Lo que vimos enseguida fue una inmensa sombra negra a nuestro costado. Los marinos de un carguero gritaban para hacerse oír habiendo detenido el buque. Nos abrazamos con Tom de felicidad sacando sus últimas fuerzas. Estábamos salvados. Bajaron un bote dirigiéndose hacia nosotros y nos subieron a bordo. Solo recuerdo ese momento final. Cuando desperté en la enfermería del buque, estaba conectado con una manguerita a una botella de suero. Mi compañero Tom yacía todavía inconsciente en otra camilla en el mismo recinto rodeado de hombres de blanco y gorras de hospital. Todavía tardaría unas horas en pronunciar las primeras palabras: -“¿Dónde estamos?”. Una voz respondió en inglés con acento oriental: “A bordo del Hiroshima Maru, le habla el capitán y nos dirigimos con rumbo a Japón”.

FERNANDO DÁVILA GALLEGO

En Medellín, en medio de las escarpadas montañas antioqueñas, el 14 de octubre de 1954, arrancó su periplo por el mundo este aficionado a la lectura, a la astronomía, a los viajes y a la observación detallada de lo que se movía a su alrededor, en medio del verdor y el colorido de la geografía paisa. En su juventud se paseó como locutor y periodista empírico por los micrófonos y cabinas de las principales cadenas radiales de Colombia, durante 25 años. Pensionado ya, incursionó en la docencia, en la actuación y en la escritura. A través del periódico El Tiempo conoció la escuela virtual Historias en Yo Mayor, que le abrió el más fantástico mundo de oportunidades para soñar en grande y proyectarse a futuro como un gran autor.

SUFRIDO REGRESO

Por Fernando Dávila Gallego

Cuando estaba a punto de terminar mi bachillerato, ya en las postrimerías del año, el rector del colegio, después de hacernos soñar profusamente con los mágicos lugares que visitaríamos, propuso a los estudiantes de grado once una excursión a las ciudades de Cartagena, Santa Marta y, finalmente, llegar a Maicao, en la Guajira, que por esa época era una localidad muy llamativa para la compra de mercancía a muy bajo costo. Luego de muchas luchas y ruegos, obtuve el dinero para embarcarme en ese viaje, por largo tiempo deseado y que ahora se materializaba ante mis ojos incrédulos. Iba a conocer, al fin, el mar y a gozarme unos paisajes, solo apreciados en postales y fotografías de amigos y familiares, que anduvieron por esos lares en viajes de trabajo o de placer.

Fuimos citados para partir de nuestra ciudad un viernes a las cinco de la tarde, pero, con los consabidos retrasos de algunos compañeros de excursión y los olvidos de última hora de profesores y conductores, arrancamos a las siete de la noche. Al comienzo todo era jolgorio, canciones y risas por doquier, pero, con el paso de las horas y ya en carretera, todo se fue diluyendo, pues lo sinuoso del camino, el frío y la noche reinante, pasaron factura a quienes éramos primerizos en desplazamientos largos, con los lógicos mareos y todas sus consecuencias. Esa noche fue la más larga y tortuosa que había vivido, hasta ese instante, en mi corta existencia, solo interrumpida por el sueño, que me asaltó ya bien entrada la madrugada.

La llegada a Cartagena, la belleza marina, el ambiente tropical, los lugares históricos y la estancia en esa ciudad hicieron olvidar rápidamente los padecimientos del viaje y revivir mis expectativas. La visita deslumbrante a Santa Marta y sus atractivos turísticos impregnaron en mi mente el deseo de volver muy pronto a la que sus habitantes llamarían más adelante “La bahía más linda de América”. Pero no imaginaba que ese nuevo sueño tardaría en concretarse más de treinta años; ya que los recovecos del destino nos tienen, a veces, preparados cambios de planes y situaciones inesperadas, para tirar por la borda lo que hemos deseado con vehemencia. Completamos el resto de nuestro periplo en medio de paisajes de ensueño, regresamos, terminé mis estudios secundarios y, en mi mente, permanecía el deseo

constante de regresar a la costa, pero hubo hechos que dilataron ese anhelo: mi matrimonio temprano, la llegada de los hijos y el trabajo en un medio de comunicación recortaban mi tiempo de descanso y desde luego mi presupuesto económico.

Pasaron los años, crecieron los muchachos, llegaron los desencantos y las aventuras y, luego, una dura y traumática separación y, como puntillazo final, una viudez que irónicamente fue el punto de retorno a la capital del departamento del Magdalena. Conocí en la ciudad, de manera fortuita, a quien sería mi nueva compañera de vida y que para mi sorpresa es de la ciudad de Santa Marta.

Como mi esposa es hija única, al finalizar cada año, íbamos a esa ciudad a pasar las fiestas de navidad con mi suegra, así lo hicimos durante unos seis años, hasta que ocurrió algo insólito, que rompió la rutina de los desplazamientos anteriores y que, realmente, es el motivo de este relato. Nuestro viaje era siempre por carretera, ida y regreso, en interminables 16 horas para cada trayecto; previo a nuestro último regreso, se empezaron a presentar inconvenientes, que solo ahora entiendo como advertencias providenciales que, rebeldemente, desacatamos y que casi nos cuestan la vida. La madre de mi esposa empezó, en la víspera, a acusar severos dolores en la zona abdominal, pero se resistió a la atención médica y disimuló su problema con algunas bebidas caseras, que la calmaron temporalmente. Luego, al siguiente día, me desplazé a la terminal de buses a conseguir los tiquetes, pero en la empresa por la que habitualmente viajábamos no tenía cupo para el horario que buscábamos, indagué por otras compañías, pero, por ser temporada alta, solo se conseguía pasaje para tres días después. Entonces, me senté descorazonado en una banca y fue cuando me invadió un desasosiego y un mal presentimiento, a los que les hice poco caso, pues consideraba que eran producto de la frustración y el calor. Compré una botella de agua y volví a tomar asiento, observé por un momento el movimiento de los afanados turistas, que ansiosos abordaban los buses para salir a sus destinos; fue, ya a punto de irme del terminal, cuando un funcionario de la empresa transportadora, por la que usualmente viajábamos, se me acercó preguntándome si ya había conseguido tiquete y, ante mi negativa, me informó que tuvieron dos cancelaciones de último minuto y que si deseaba, me vendía ese par de cupos. Acepté, realicé la compra y me fui feliz a anunciarle a mi compañera que saldríamos a las cinco de la tarde para nuestra ciudad.

Después de preparar nuestro equipaje, un succulento almuerzo y las despedidas de rigor, nos fuimos de nuevo al terminal para emprender nuestro regreso, nos acompañaban mi suegra y una prima de mi esposa. Al momento de entregar nuestras maletas y subir al vehículo, nuevamente el agudo dolor abdominal aquejó a la mamá de mi esposa y se puso en duda nuestra partida, pero mi suegra “haciendo de tripas corazón”, le insistió a su hija para que se marchara, que no se quedara, que ella se iría de inmediato para el hospital y que más adelante telefónicamente nos informarían del diagnóstico. Total, hicimos retrasar la partida del bus 15 minutos y, al fin, nos fuimos, con mucha incertidumbre y la nostalgia de mi esposa, que no paraba de llorar, ante la terquedad de su madre. No habían transcurrido tres horas de viaje, cuando el bus a una gran velocidad sufrió el desprendimiento del cardan y la rotura de un eje del tren trasero, lo que a los pasajeros nos generó un gran susto, que afortunadamente no terminó en tragedia. Luego de estar casi cuatro horas en la oscuridad de la carretera y soportando un calor de mil demonios, arribó el bus relevante y reemprendimos la marcha con la esperanza, ahora sí, de llegar a nuestro destino; pero estábamos equivocados, pues el nuevo vehículo empezó a presentar fallas, se apagaba súbitamente y, tras muchos esfuerzos, el conductor lograba encenderlo de nuevo y ponerlo en marcha. Ya clareando el siguiente día arribamos a Aguachica, en el sur del Cesar, y allí se pudo subsanar la falla. Reemprendimos la marcha. La fatiga del largo viaje y el trasnocho por los constantes inconvenientes hicieron que la mayoría de los pasajeros durmiera plácidamente, pero faltaba una más. Arribando a tierras antioqueñas, en la localidad de Porce, el aire acondicionado del bus se recalentó e incendio de inmediato y, de no ser por un bebé que iba a bordo y lloró angustiosamente, por la inhalación del humo, habríamos muerto calcinados. Como pudimos, nos apeamos y el ayudante del conductor abrió desesperadamente las bodegas y empezó a sacar equipajes y a ponerlos en la carretera, ya que el incendio había comenzado en el techo del bus, donde estaba el aire acondicionado, y solo dio tiempo de eso. Con otro susto mayúsculo encima y a la vera de la carretera, vimos con inmenso pesar cómo se consumía el bus que casi se convierte en nuestra tumba.

Dos horas más de espera mientras arribaba otro vehículo que nos pusiera en Medellín. Llegaron los bomberos de localidades vecinas a apagar el incendio, pero ya todo se había consumido y de ese carro solo quedaba el esqueleto metálico. De nuevo en camino, llegamos

al terminal de nuestra ciudad, abordamos un taxi que nos llevara a nuestra casa, pero como tenía el sistema de gas, no pudo completar la carrera, ya que nuestro barrio está en una de las lomas de nuestra capital y no pudo subirla. Total, nos tocó echarnos las maletas al hombro y subir bastante agitados y sudorosos la empinada cuesta. Así termina este SUFRIDO REGRESO.

MAGDA BECERRA

Escribió este relato una mujer nacida en Bogotá, Colombia por el año de 1948, un mes después del famoso Bogotazo. Luego de sus estudios secundarios se trasladó a Duitama, en Boyacá, y se hizo Profesional en Psicología Social. Dedicó gran parte de su vida a trabajar por la niñez y adolescencia en un colegio de esa ciudad como maestra y dirigente de grupos Scouts y Juventud Colombia. Su pasión por las letras le permitió enviar escritos a concursos en “Yo Mayor”, gracias a esto fue invitada a la Escuela Virtual, a la cual llamó “Bendita ventana que se abrió en el encierro”.

EL VIAJE IMPREDECIBLE

Por Magda Becerra

Empiezo mi relato con toda la intención de contar las cosas agradables que pueden suceder en un viaje, pero no sé si, por el contrario, la nostalgia saque a flote la tristeza y melancolía por saber que lo planeado no fue en verdad la realidad vivida.

Corría el mes de noviembre del año 1985 y, como todos los años, la alegría de visitar la casa paterna empezó a producir en mis hijos la ansiedad por visitar a ese abuelo que, como ellos a él, los extrañaba y anhelaba su llegada.

He tenido el privilegio de conocer muchas tierras y, con absoluta seguridad, afirmo que los paisajes de Boyacá son tan hermosos que, al verlos en la lejanía, parece como si fuese una pintura, como retazos con diversos colores, como si la luz del sol diera intensidades a los verdes campos y los cultivos con sus flores; sus frutos completan los cuadros que la naturaleza nos pinta de colores. Esto hace que cualquier viaje sea agradable a la vista y relaje los sentidos. Ya sabíamos que el destino final estaba muy lejos y que disfrutaríamos no solo de estos paisajes, sino también de la sabana de Bogotá, las montañas de Cundinamarca y el famoso Plan del Tolima, donde el clima ardiente permite despojarnos de nuestra querida ruana para darnos la oportunidad de recibir el calor de nuestro astro rey.

Cuando llegábamos a la ciudad blanca (Armero), era la hora del descanso, la alegría de su gente contagiaba y obligaba a dar la vueltica por el parque y tomar el helado, la avena helada y una cervecita fría; también nos llevaba a sentarnos en una de las bancas de cemento en el parque, frente a la Iglesia blanca e imponente, situada en la esquina de la calle más transitada e importante, para ver lo hermoso del atardecer, con la llegada de bandada de pájaros de muchas clases y colores, entre ellos los pericos escandalosos que buscaban sus nidos para pasar la noche. Ahí estaba presente la alegría de la tierra tolimense, rocolas a todo volumen con la música que anunciaba la llegada de diciembre.

Proseguir el camino antes de anochecer era nuestra meta. Al dejar esa tierra maravillosa, entrábamos en el camino hacia El Líbano, destino final. Cuando empezábamos a subir la cordillera se sentía también, en el ambiente, aquel olor a maleza y hierba fresca característico en todo el recorrido. Cuarenta y cinco minutos y, allí, a lo lejos las torres de la Iglesia que nos

anunciaba la llegada.

¿Qué nos esperaba? Más que lo que nos esperaba era quién nos esperaba, un abuelo que era el culpable de que nuestras vacaciones no fueran a la orilla del mar o, quizás, en una ciudad donde las comodidades de un hotel fueran las vacaciones perfectas. Pero no, era la algarabía, los juegos con los vecinos y la elaboración de toda clase de arreglos navideños para adornar la cuadra, cosas tan sencillas, pero que llenaban el corazón de ese espíritu navideño que inicia desde noviembre.

No podía ser distinto. Serían otras vacaciones que sin mucho lujo se disfrutarían como en años anteriores. Bueno, eso lo pensábamos, pero lejos estábamos de predecir los días que de colores y alegría se convertirían en oscuros, fríos, apagados y llenos de sinsabores.

Ese trece de noviembre desde las horas de la mañana se presagiaba el desastre, el día se tornó gris, caía ceniza y los campos y avenidas se veían como sacados de una tarjeta navideña, como si fuera nieve sobre el paisaje. Con el avance de las horas también aumentaba la angustia de los habitantes del pueblo, porque se escuchaban rumores de una posible erupción del volcán Nevado del Ruiz, pero los boletines informativos en las emisoras daban parte de tranquilidad, aunque no todos creyeran las noticias.

Muchos quisieron salir del pueblo, pero parecía tarde y no dejaban salir ninguna clase de vehículos por la gran cantidad de ceniza que caía. Tratamos de tranquilizarnos, pero solo pudimos refugiarnos dentro de las casas y esperar. Nueve y treinta de la noche, tres explosiones que se escucharon a muchos kilómetros a la redonda. En ese momento no había límites de vecindad, todo el pueblo fue uno solo, había un lugar por donde el río Lagunilla pasaba cerca del pueblo y ese era el temor: que por allí se desbordara y provocara una avalancha que terminaría con todo lo que encontrara a su paso. El ruido de las sirenas, los pitos de los carros, el apagón, en fin, todo fue confusión y caos. La espera fue interminable. De pronto, río abajo, un ruido ensordecedor, la bravura de aquel hilo de agua que, rápidamente, se convertiría en el caudal más espantoso antes visto por los habitantes de las riberas que huyeron hacia el pueblo para preservar sus vidas.

A las diez y media todo quedó en calma, con el ruido río abajo, y aunque el apagón duró mucho rato, ahora el temor se fijaba en Armero que era el vecino más próximo y, por el cual, el Lagunilla pasaba muy cerca. El horror que se vivió allí lo han narrado innumerables

personajes y sobrevivientes que dicen haber visto el fin del mundo.

Con mucha tristeza termino mi narración, pero también con un agradecimiento al Todopoderoso que protegió la vida de aquel pueblo que ha visto pasar de cerca el peligro en la furia de la naturaleza. El Líbano se había salvado. ´

Adiós a la vueltica por Armero, adiós a las aves que adornaban su cielo, adiós a su algodón y sus arrozales. La tierra de tanta algarabía y blanca belleza solo guarda en sus entrañas los seres que alguna vez tuvieron ilusiones y esperanzas. Hoy un camposanto tan olvidado como olvidadas sus tumbas y su gente.

Aquí termina la séptima y última jornada del libro titulado Heptamerón: memorias de una cuarentena creativa, llamado también Historias en Yo Mayor 7.

CONCLUSIONES

Nobles damas y mozos a quienes hemos dedicado estas páginas para consolarlos; creemos haber cumplido nuestro propósito y, por ello, damos gracias. Antes de dar reposo a nuestra pluma, queremos hacer algunas aclaraciones.

Los relatos aquí contenidos, siguiendo lo propuesto por Giovanni Boccaccio, pueden ser buenos o malos, según las personas que los lean. “Porque el vino haga daño a los enfermos, ¿hemos de decir que sea malo?... Si una mente no está sana, no puede interpretar sanamente las cosas”. Esto ocurre con estas historias, si alguno quiere sacar mal consejo, puede hallarlo, pero el que sepa sacar buen fruto, encontrará utilidad.

Por demás, se trata del esfuerzo de más de ciento treinta y cinco personas que, durante siete semanas, compartieron en virtualidad encomendados al arte de escuchar y contar historias por el simple y generoso placer de hacerlo. Más de ochocientos textos fueron depurados y, finalmente, cincuenta y dos seleccionados para componer este volumen.

Las páginas de este libro digital responden al trabajo colectivo que aquí se describe, como también se reconoce, a continuación, el nombre de cada uno de los integrantes de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor. Nada de esto sería posible sin su confianza y complicidad. Este es su libro.

LISTA DE PARTICIPANTES

Grupo A

Beatriz Jeannette Navas
Dora Luz Muñoz De Cobo
Gustavo Alonso Ramírez Jaramillo
Jorge Enrique Mantilla
Lucía Sarmiento
Luis Alberto Pachón
Luis Eduardo Gama Díaz
Luis Felipe Trujillo Parra
Luis Fernando Estrada Valencia
Luis Fernando Dávila Gallego
Luz Marina Natalia Cediél León
María Cristina Olaya De Acosta
María Inés Sarmiento
Martha Inés González Sánchez
Nora Ulloa Restrepo
Rocio Peñiela Traslaviña
Yolanda Del Socorro Gómez Cerón
Jorge Enrique Orozco Castro

Grupo B

Alberto Rafael Alandete Carballo
Juan José Baena Restrepo
Luis Becerra Parra
Luz Marina Torres Rodríguez
Margarita López De Calderón
María Gladys López Ávila
María Del Socorro Gómez Estrada
Ana Josefa Sandoval Dávila

Rita Julia Sandoval Dávila
Yolanda Camacho De Ordóñez
Esperanza Mejía

Grupo C

Dora Jiménez Gallego
Edelmira Jesús Carbajal Armas
Edgar Hernán Tarazona Ángel
Elida María Garcerant Quiroz
Eugenia Margarita Téllez Martínez
Graciela Rueda De Velosa
Julia Reina Durán
Ligia Jiménez
María Lucy Perico Camargo
Martha Lucía Forero Robayo
Mirtha Yaneth Díaz De Zaraza
Nora Choperena Ramos
Nubia Muñoz Welfar
Orlando Alberto Molano Moreno
Jorge Forero
Daniela Díaz

Grupo D

Arnulfo Arias García
Aura Encinales Ardila
Jorge Enrique López Ramírez
Luis Alfredo García Rey
Luis Eduardo Ramírez Barreto
María Nohemy Salazar De Pérez

Martha Idolly Amariles De Ortiz
Myriam Rosa Pinzón De Tang
Ricardo Dangond Pinilla
Walter Humberto Navarrete Jiménez

Grupo E

Alberto Contreras Rojas
Conchita Fernanda Ramírez Arias
Elvira Restrepo Perdomo
Gloria Ismenia Suárez Navarrete
Isidro De Jesús Mora Barrios
Jaime Ramiro Ortiz Rodríguez
José Roberto Jaramillo Moreno
María Elena Silva
María Victoria Álvarez Restrepo
María Victoria Bermúdez Lozano
Mauricio Vesga Rivero
Vicente Javier Giraldo Velásquez
Cecilia Filizzola Arzuaga
Marcela Acevedo Moreno
Yovany Carmen Viveros
Diana Carvajal
Katika De Estrada

Grupo F

Ana Dávila
Ángela Jaramillo
Bertha Lucía Munévar Molano
Carlos Rolando Gallo Gomez
Fabio José Saavedra Corredor
Fernando Mario Valencia Rojas

Fidel Eslava Bernal
Luis Enrique Vanegas Holguin
Luis Fernando Díaz Berkowitz
María Duque Gutiérrez
María Claudia Peralta Gómez
María Helena Neira Rojas
Ofelmina Herrera De Moreno
Margarita Torres González
Myriam Fernández

Grupo G

Carmen Emilia Candela Anaya
Fernando Arturo Rojas González
Gloria Wilches
Hanna De Angarita
Jaime Sarmiento Burgos
José Alirio Duque Campo
José Tomás Castro Rico
Julieta Orrego De Duque
Julio César León Rodríguez
Magda Becerra
Martha Ignacia Vega Farro
Miguel Alfonso Rivera López
Uriel Quiroz Caro
Gilberto Zuleta
Enrique Álvaro González
Álvaro Pineda
Myriam Zuleta
Wilma Chira Coronado

Este libro se terminó de realizar en octubre de 2020, en el marco de una de las pandemias más fuertes que ha enfrentado el mundo en los últimos siglos.

